

OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT

A.C.N. DE P.

AÑO XXXV

1-15 enero — 1-15 febrero 1959

NUMS. 649 al 652

Depósito legal: M. 244-1958

Nuestro homenaje a S. S. Pío XII

CON el presente número pretendemos de A. C. N. de P. rendir un homenaje a la memoria del inolvidable santo Pontífice Pío XII, que durante casi veinte años ha sido maestro de verdad y de caridad para el pueblo cristiano y para el mundo entero. El magisterio de Pío XII iluminará, sin duda alguna, durante largo tiempo la vida y la acción de la Iglesia. Por eso nos ha parecido que ningún homenaje mejor podríamos rendir al Papa maestro que recoger en nuestras páginas una síntesis de su enseñanza. Y, entre sus enseñanzas, ninguna quizá más adecuada que aquella que constituye la esencia del espíritu cristiano: la caridad. La renovación de la sociedad cristiana por obra del amor fraterno.

El Centro de la A. C. N. de P. de Lérida ha llevado a cabo este estudio, que recoge el pensamiento de Su Santidad Pío XII. En la asamblea nacional de la Asociación celebrada en Loyola durante el mes de septiembre se expuso un resumen de tal estudio. Ahora lo publicamos íntegramente, precedido por una presentación de monseñor Juan Alonso Vega, director del Centro Pío XII por un Mundo Mejor, con el deseo y la esperanza de que sus ideas penetren hasta el fondo de la inteligencia y el corazón de cada uno de los propagandistas para que todos nos sintamos movidos a trabajar eficazmente en la construcción de una nueva sociedad. De una sociedad auténticamente cristiana, cuyo fundamento sea el amor universal a los hombres por amor de Dios. Una sociedad constituida bajo el suyo imperio de la caridad que hermane a todos los hombres. Será el mejor homenaje que podamos rendir a la memoria queridísima de Pío XII y el fruto más provechoso que podamos recoger de su riquísima sembradura.



PIO XII, MAESTRO DE LA CARIDAD

Por Mons. Juan ALONSO VEGA

Prelado doméstico de Su Santidad, Director del Centro Pío XII por un Mundo Mejor.

Durante mucho tiempo, en la vida de la Iglesia, será el magisterio de Pío XII una fuente potentísima de luz y un punto de referencia constante para el esclarecimiento de innumerables problemas de orden religioso, moral y aun simplemente humanos. Con razón Su Santidad Juan XXIII, evocando su imperecedero recuerdo en el bello mensaje navideño de 1958, el primero de su intrépido pontificado, glosó, a propósito de su gran predecesor, la antifona que la Iglesia dedica a sus doctores. Y ciertamente no es difícil augurar que si un día el Papa de la Asunción subiera a los altares lo haría entre el número de los grandes maestros adornados con esta aureola.

La misma teología dogmática ya no podrá ser estudiada en adelante en casi ninguno de sus tratados fundamentales sin continuas alusiones a las intervenciones de su fecundo magisterio.

Pero con ser tan decisivas sus precisiones dogmáticas en la mariología, o en la doctrina del Cuerpo Místico, por ejemplo, lo más característico de su labor docente, que no encuentra precedentes en la obra personal de ninguno de sus antecesores, consistió en la aplicación continua y acertadísima de los grandes principios del dogma y la moral a los problemas cotidianos y concretos de la vida pública y privada de los hombres de su época. No es fácil, ni casi posible, señalar una sola cuestión vital para el mundo de hoy, desde las relaciones internacionales hasta las íntimas y minuciosas tareas de la vida del hogar, sobre la que no proyectara un rayo de luz certero y transparente.

Pues si hubiera que buscar, en tan rico y variado patrimonio de doctrina, una idea fundamental, principio de cohesión y de armonía entre todos sus elementos, habría que señalar, sin género alguno de duda, el que él mismo se trazó, como lema de su pontificado, ya en su primera encíclica al orbe católico: "Veritatem facientes in caritate" (Ef. 4,15. Encíclica "Summi pontificatus").

Pero esto, no sólo en el sentido de que fué su gran corazón el que le impulsó constantemente a no negar el regalo de sus luminosas orientaciones a ninguno que a él se acercara durante los cuatro lustros de su prodigiosa actividad de Pastor supremo, por pequeño y humilde que pudiera

ser, sino en el de que señaló indefectiblemente en el amor el único remedio para un mundo que vive "una de las horas más resolutorias de la historia humana" (mensaje a los romanos del 10 de febrero de 1952). "El demonio ha invadido con el odio la tierra; es necesario reconstruir prepotente el amor" clamaba el día 8 de diciembre, como otro Bautista en el desierto del mundo, "señalando los inmensos cementerios que el odio organizado y armado ha extendido sobre los continentes" (radiomensaje del 10 de febrero de 1952).

Nada tiene, pues, de extraño que la caridad, con sus innumerables facetas y aplicaciones, ocupe un lugar central y acaso único en todo su mensaje. Y que, puestos a estudiarlo, ella aparezca en cada una de sus páginas como el alma que todo lo alienta y vivifica.

Pero si quisiéramos todavía señalar un aspecto más preciso y original de su concepción de la caridad, habría que decir que Pío XII la consideró no sólo como la virtud distintiva del cristiano, sin la cual todas las demás carecerían de valor y de provecho (cf. I Cor. 13), sino como el principio y la fuerza que han de animar y sostener la complicada máquina de la socialidad humana en toda su amplitud, convirtiéndose así en verdadera dinámica de la historia.

Fué, sin duda, esta visión del sentido colectivo del amor la que le llevó a insistir reiteradamente en la necesidad de "reconstruir el mundo desde sus cimientos", sobre unas bases nuevas y diferentes de las que se le han querido dar en la concepción individualista y colectivista de las últimas centurias, "ambas tan tristes por tan inhumanas" (4 de junio de 1935). Y fué por esto, asimismo, por lo que comprendió y recaló con tanto énfasis, casi en las últimas horas de su vida, que "si es cierto que toda verdad tiene su momento propio, ésta de hoy puede decirse que sea la hora de la Iglesia considerada como Cuerpo Místico de Cristo", y que "el mundo de hoy está preparado como nunca para entenderla" (exhortación a los párrocos y cuaresmeros de Roma, 10 de marzo de 1958; discurso del 19 de marzo de 1958).

No fué una pura coincidencia el que su primera gran encíclica de carácter dogmático—y ciertamente, en lo doctrinal, uno de sus documentos

de más largo alcance—fuera la "Mystici Corporis". Apenas puede estudiarse cualquiera de sus intervenciones en los más diversos campos sin tener que recurrir constantemente a los sólidos fundamentos colocados por él en aquella vigorosa síntesis del dogma central del cristianismo, único esquema válido, en la presente economía divina, de la convivencia entre los hombres. Como fué algo deliberadamente pensado y conscientemente reiterado el empeño manifestado de mil formas diferentes, hacia el final de su fecunda vida, por movilizar a toda la cristiandad y a todos los hombres de buena voluntad para la reconstrucción de un mundo mejor querido por Dios, del que se proclamó solemnemente heraldo y pregoneero en el impresionante mensaje del 10 de febrero de 1952.

Esta fórmula, que él mismo acuñó y puso en circulación en el lenguaje de la pastoral moderna, que la ha adoptado con unanimidad y rapidez sorprendentes, se fué perfilando cada día más, en el último lustro de su pontificado, como la exigencia de un mundo que ha de tener por base y fundamento la caridad en todas las relaciones de los individuos y de las colectividades.

De esta forma se hermanan y confluyen en una sola línea la trayectoria de su magisterio teológico y los afanes de sus realizaciones apostólicas.

Ningún otro aspecto de su preciosa herencia podía haber elegido con mayor acierto la A. C. N. de P. al querer dedicarle un homenaje de agradecimiento en las páginas de su Boletín, que siguió siempre con ejemplar fidelidad las directrices de su magisterio, que el de "la renovación de la sociedad por obra del amor fraterno".

Al estampar mi pobre firma en el frontispicio de estas densas páginas, cargadas de rica y sólida doctrina, pido a Jesús y a la Madre del Amor Hermoso que quieran bendecirlas ampliamente, ya que se deben considerar, sin disputa, una valiosísima e inapreciable contribución—entre tantas como ha prestado en nuestra Patria la A. C. N. de P.—a la obra urgentísima de la construcción de un mundo mejor.

La Granja, San Ildefonso, en el Centro Pío XII, fiesta de la Conversión de San Pablo de 1959.

RENOVACION CRISTIANA DE LA SOCIEDAD POR OBRA DEL AMOR FRATERO, SEGUN EL PENSAMIENTO DE PÍO XII

PRIMERA PARTE

Revisión del panorama desolador del mundo actual

CAPITULO PRIMERO

Situación del mundo de hoy

Si examinamos, en una rápida ojeada, el panorama actual del mundo en todos y en cada uno de sus aspectos, nos encontramos con un cuadro no precisamente halagador para el género humano, sino que, por el contrario, nuestro espíritu se lleva una impresión de desolación y desánimo al comprobar que el enorme progreso material alcanzado en el presente siglo, como resumen y meta lógica, obtenida por la elaboración tenaz y paciente de siglos de laboriosidad y estudio, no corre pareja con un perfeccionamiento espiritual como era de esperar después de tantos años de análisis de las ideas y de los sentimientos del ser humano.

a) En el plano individual

De un modo general observamos que el hombre, el individuo, lejos de haber mejorado, ha ido descendiendo y degradándose hasta profundidades jamás alcanzadas anteriormente. En vez de acentuar su dominio del espíritu por medio de la voluntad y obtener un control de sus más bajas tendencias e instintos, por medio de los buenos hábitos y practicando las virtudes cristianas, auténticas y verdaderas lecciones del buen obrar y del buen vivir, se abandona, en cambio, en la molición y se deja llevar por todo vicio y pecado capital, sin sentir ya en la gran mayoría de las ocasiones ni el rubor de la falta cometida ni el pesar de la acción mal hecha; en una palabra, que ya no distingue el bien del mal ni le importa, llegando hasta la desfachatez, pergeñar teorías que intentan justificar su conducta, y a veces... ni eso (15).

Estamos, pues, frente a una descristianización progresiva, frente a una relajación de las buenas costumbres, que poco a poco ha ido extendiéndose, como una mancha de aceite, por toda la Tierra, en forma de una decadencia moral y merced a una semilla de fácil fructificación: el culto a los sentidos, el bienestar, el placer y la vanidad (181). Esta difusión se verifica no sólo en superficie, llegando hasta los lugares más apartados del orbe merced a los modernos sistemas de comunicación y difusión de las ideas como son la prensa, la radio; hasta los países más apartados y menos desarrollados, que, iniciando su despertar en esta época, beben ávidamente estas enseñanzas, por serles fácilmente comprensibles a sus poco desarrolladas personalidades; sino también en profundidad, alcanzando todas las capas sociales, incluso las más humildes, y contagiando zonas tradicionalmente inmunes como eran el campo y la tierna infancia (39-104); y manifes-

tándose en todas las actividades humanas, sobre todo en forma de un lujo provocativo, ignorante de todo pudor (182), que se agita continuamente como señuelo ante los ojos de los que, menos favorecidos por la fortuna o quizá con más escrúpulos morales, no han podido alcanzar todavía la meta deseada.

El mundo está sumergido en un materialismo a menudo hábilmente enmascarado (112). Camina con la mirada en tierra, obsesionado por el ansia de placer y el goce de los sentidos (67); envilecida su dignidad y faltando a sus propios deberes, pone su ingenio y su arte al servicio del error, de la impiedad y de la sensualidad (29).

Se vive en un mundo sin ideales, sin una mirada a lo alto, considerando el trabajo no como una fuente de salud o como un medio de restablecer el equilibrio armónico entre cuerpo y espíritu, sino como castigo inevitable por el momento, como una plaga necesaria que le permita el disfrute de las horas libres dedicadas a halagar los sentidos.

Contemplamos los días festivos no dedicados al Señor, sino ocupados por una oleada de placeres sexuales (146). Observamos la cada vez más profunda indiferencia por todas las cosas de Dios, cuando no hostilidad e incluso odio (12). "Laicismo" que se está insinuando en el alma de pueblos tradicionalmente católicos (13). El hombre, en plena vorágine de progreso material, ensobrecido por sus victorias sobre los secretos de la Naturaleza y su dominio sobre las fuerzas del cosmos (11), fascinado por sus propios resultados, ha caído en el más estúpido narcisismo, cerrando los ojos a las grandezas de Dios (221), olvidándose de toda verdad metafísica (153); sólo sintiendo una absurda admiración hacia sí mismo, lleno de embriaguez por las modernas conquistas de la ciencia (221), llevado del culto de falsas divinidades cuyo servicio es incompatible con la libertad moral y la dignidad (106).

El preponderante progreso material ha descompuesto el todo armónico y feliz del hombre, el sano equilibrio entre mente y cuerpo, mutilándole en su sensibilidad con relación a los valores morales, perfeccionándole en una sola dirección, pero atrofiándole en la otra, debido a las condiciones contrarias a su natural desarrollo (221).

Este equilibrio, este caos existencial, surgen al hombre en la amargura del desaliento (221), al comprobar que no ha conseguido más que disonancias, un estado de cosas intolerable y agotador; de este desorden reinante que inclina a un pesimismo total que se resuelve en un juicio condenatorio de toda la obra de la creación, como si éste tuviera la culpa de las innegables incoherencias que presenta el mundo (221).

Oprimido por la angustia, moderna plaga afectiva, fruto de las contradictorias situaciones y de estos momentos de tan grande disipación y confusión (108-59); cargado con sus miserias y sus errores (108), la humanidad se refugia en el egoísmo más acendrado. La desconfianza toma el lugar de la amistad, la cobardía y la codicia el de la generosidad (151), y el hermano llega a odiar al hermano cuando en su egoísmo monstruoso cree que puede mermarle su mezquina ración de placer (107-110).

Por último, el mundo agitado y desengañado, saciado de todo, al darse cuenta de la futilidad e inutilidad de sus esfuerzos, se deja caer en la más fatídica sensibilidad y apatía y en el más funesto de los escepticismos (165).

b) En el plano familiar

En el ámbito familiar, el panorama es igualmente sobrecogedor; en el terreno de este elemento esencial de la sociedad que se llama familia (210) observamos, de un lado, la progresiva disolución de la vida conyugal, disolución que amenaza envenenar y corromper también las costumbres de las poblaciones católicas (44). El ajetreó de la vida moderna y el nuevo estilo de existencia, haciendo cada vez más difícil la vida familiar. De una parte, los lugares de trabajo, cada vez más alejados de los puntos de residencia; de otra, la profusión de medios de diversión, que ocupan plenamente las restantes horas libres del día, llegando en algunas ocasiones a conseguir que los miembros de una familia sólo se reúnan en las horas de ciertas comidas.

Muchos de los daños son consecuencia de las guerras, siendo preciso que pasen muchos años antes de que puedan ser cicatrizadas las heridas producidas por la guerra en las familias (132B).

También la crisis actual de la vivienda, así como el azote de la desocupación y el salario familiar insuficiente, son otros tantos males que aquejan a la familia moderna; esto último, obligando a sus miembros a dispersarse para ganar sueldos suplementarios que contribuyan al sostenimiento familiar; a veces es la madre la que debe abandonar el hogar en busca de ocupación, con todas las consecuencias que esta situación trae consigo en problemas tan importantes como la educación de los hijos (210).

Otro aspecto de los peligros que acechan los núcleos familiares y que arranca de mucho tiempo atrás, pero que se manifiesta ampliamente en el momento actual, es la perturbación de la moral conyugal en toda su extensión (127). Veamos si no el progresivo aumento de los divorcios. La infidelidad de los conyuges, cada vez más extendida y menos disimulada. La esposa, con un espíritu de independencia excesivo, que no puede soportar ningún freno ni ninguna autoridad (210). La limitación y el control de la procreación, que como una maligna y virulenta epidemia se va extendiendo rápida y progresivamente por muchos hogares, convirtiendo el sagrado vínculo del matrimonio en un simple instrumento de placer, "convirtiendo a la

mujer en algo bien distinto de esa cosa tan sagrada que es una madre" (210).

"Pero hay una miseria más profunda aún, de la cual es necesario preservar a la familia; es decir, la envilecedora esclavitud a que la reduce una mentalidad que tiende a hacer de ella un puro organismo al servicio de la comunidad social para darle una masa suficiente de "material humano" (132B).

c) En el plano social

Desde el punto de vista social, el panorama no es más atrayente. La complejidad de la vida moderna obliga a una centralización, a la creación de organismos y entidades que controlan y rigen las diversas actividades de un país o simplemente de un conglomerado humano, con todos los peligros que esto entraña. Característica de esta sociedad nuestra son estas mil redes que dejan a la familia y al individuo colgando de los poderes públicos, de los controles técnicos, económicos y sociales, de las centrales y organizaciones (158).

Es como si todo se hubiese conjurado para dificultar y hacer imposible al hombre y al cristiano la conservación de su dignidad personal (158); éste se va convirtiendo poco a poco en un elemento de producción, en un número, en algo desprovisto de todo atributo humano. A este respecto dice Pío XII: "En el campo social, el disfraz de los designios de Dios se ha llevado a cabo en la misma raíz, deformando la imagen divina del hombre. Su real fisonomía de criatura que tiene origen y destino en Dios se ha sustituido con el falso retrato de un hombre autónomo en la conciencia, legislador controlable de sí mismo y responsable hacia sus semejantes y hacia el complejo social, sin otro destino fuera de la tierra, sin otro fin que el goce de los bienes finitos, sin otra norma que la del hecho consumado y de la satisfacción indisciplinada de sus concupiscencias" (96). Para añadir en otra ocasión: "De aquí ha nacido y se ha consolidado durante varios lustros, en las más variadas aplicaciones de la vida pública y privada, aquel orden demasiado individualístico que ha caído hoy en grave crisis casi en todas partes. Pero nada mejor han aportado los innovadores sucesivos, los cuales, partiendo de las mismas equivocadas premisas y torciendo por otro camino, han conducido a consecuencias no menos funestas, hasta la total subversión del orden divino, al desprecio de la dignidad de la persona humana, a la negación de las libertades más sagradas y fundamentales, al predominio de una sola clase sobre las otras, al servicio de toda persona y cosa: al Estado totalitario, a la legitimización de la violencia y al ateísmo militante" (96).

En la cuestión de la distribución de bienes, el problema es de una magnitud realmente extraordinaria y el caballo de batalla de toda política social desarrollada con mayor o menor éxito hasta este momento. Este problema ha adquirido, a raíz de la posguerra, una notable agudización; se plantea y se agrava con las nuevas aspiraciones, que despiertan en el corazón de las masas un sentido más vivo de desigualdad de condición entre los pueblos, entre las clases, incluso entre los miembros de una misma clase (155).

Por otro lado, el incremento intolerable de los gastos de lujo, de los gastos superfluos e irrazonables, que tan duramente contrastan con la miseria de un gran número, ya entre las clases proletarias de las ciudades y de los campos, ya entre la multitud de los llamados económicamente débiles (115-140), trae

como consecuencia un malestar económico, agudizado a veces por los egoísmos de muchos y por la propaganda de doctrinas falaces que empujan a las clases indigentes hacia peligrosas crisis sociales y morales (177).

Pero además de los males económicos, los daños morales son todavía más graves; la inmoralidad, la delincuencia infantil, la pérdida del gusto por la vida y por el trabajo, la rebelión interior contra una sociedad que tolera semejantes abusos, ignora y deja de esta forma en un grave envilecimiento a seres humanos transformados poco a poco en seres desahuciados (211), son otros tantos aspectos de ese daño moral.

d) En el plano político

En el orden político, la trágica característica de nuestros días consiste en la disparidad entre los principios jurídicos, que proclaman como meta anhelada la pacífica convivencia de los pueblos, y la realidad política, que parece cerrar el camino, poner la meta cada vez más remota y hasta hacer correr el peligro de no alcanzarla nunca (136). ¿Y qué decir de las luchas políticas empleando como arma primordial la mentira y la falacia?

En lo referente a los asuntos públicos, el aspecto es igualmente deprimente; unos cuantos que abusan de sus prerrogativas frente a la tolerancia, cuando no la complacencia, de los demás. Referente a estos últimos, dice Pío XII: "¿No se nota acaso también alguna vez en sus filas una especie de cansancio, de resignación, de pasividad, que les impide afrontar con firmeza y perseverancia los arduos problemas del momento presente? Algunos de ellos, ¿no dejan acaso que a veces los acontecimientos corran a merced de la corriente, en vez de dominarlos con una acción sana y constructiva?"

"¿No es, pues, urgente movilizar todas las fuerzas vivas y ahora en reserva, estimular a aquellos que no tienen aún plena conciencia de la peligrosa depresión psicológica en que han caído?" (185). Y más adelante, en el mismo discurso, añade: "Ojalá que nuestra invocación a la realeza de la Madre de Dios pueda obtener para los hombres conscientes de sus responsabilidades la gracia de vencer el abatimiento y la indolencia en un instante de descanso, cuando en tantas regiones la justa libertad está oprimida, la verdad ofuscada por los ardides de un propaganda engañadora y las fuerzas del mal como desencadenadas sobre la tierra" (40). Y, sin embargo, pese a todo ello, cualquier atento observador que sepa considerar y ponderar las circunstancias presentes en su concreta realidad se siente necesariamente impresionado a la vista de los graves obstáculos que se oponen al apostolado de la Iglesia. La ola devastadora del espíritu del siglo avanza amenazante y se propaga a todos los campos de la vida y en todas las clases de la sociedad (120).

e) En el plano nacional

En el orden civil, obsérvese a pueblos gobernados por leyes que van haciendo al Estado cada vez más dueño del individuo. La autoridad convertida en tiranía (174), transformándose en totalitarismo, "el cual, por su misma naturaleza, es necesariamente enemigo de la verdadera y libre opinión de los ciudadanos" (99). La ley y el derecho no son más que instrumentos en las manos de los círculos dominantes (126). En otros, la libertad se interpreta como desenfundada licencia, cuando "la libertad es algo del todo diferente: es templo del or-

den moral, que se alza sobre líneas armónicas; es el conjunto de derechos y deberes de los individuos y de las familias, imprescriptibles algunos, aunque un aparente bien común se les pueda oponer, de los derechos y deberes de una nación o Estado".

Existen estados sin prestigio moral, los cuales, con la excusa científica de la eugenesia, se han sumergido en el error del racismo, promulgando el control de nacimientos, la obligación del certificado prenupcial y el aborto provocado, llegando en ciertos casos hasta la esterilización eugenésica, la prohibición del matrimonio y la inseminación artificial (172). Otra plaga actual es el divorcio legal; referente a él, dice Su Santidad: "Creo oportuno exhortar a los católicos a una mayor vigilancia ante los factores del divorcio, los cuales preparan nuevos ataques, adelantan pretextos siempre más urgentes y, lo que es peor, encuentran menor resistencia que en el pasado en la pública opinión" (183). Otro aspecto que llena de tristeza y de aprensión es la prohibición de la enseñanza religiosa en ciertos países, con todas sus desastrosas consecuencias, falta de amor a la patria y carencia de paz por falta de fe y ley moral. "Porque cuando la Iglesia consigue ejercitar su benéfico influjo, automáticamente se difunde un clima donde el amor a la patria y el ansia de progreso y de justicia social estrechan con verdadero espíritu religioso una fecunda alianza" (135B). La religión católica "no contradice ninguna doctrina que sea verdadera, ninguna institución pública o privada que tenga como fundamento la justicia, la libertad y la caridad, sino que todo ello resulta atendido, realzado y perfeccionado por ella" (137B).

f) En el plano internacional

En el ambiente internacional observamos el nefasto espectáculo de la discordia entre los países pobres, que, cada vez más, se forman plena conciencia de sus necesidades, y las naciones ampliamente provistas de lo necesario e incluso de lo superfluo. En estas regiones infradesarrolladas el progreso es deseado, buscado a veces con violencia y no sin amenazas para la paz internacional (198). Todo ello debido a una política persistentemente egoísta que retrasa y bloquea el entendimiento entre todas las naciones del orbe.

De una parte, el mundo respira un ambiente de mutua desconfianza, de recelo y de recíproco pavor, que han abierto un abismo de separación muy difícil de salvar. Está dividido por un auténtico conflicto de ideas y fines. Dice Pío XII: "La línea de fractura que en el mundo externo divide en opuestos bandos a la eterna comunidad internacional se ha hecho cada vez más profunda, poniendo en peligro la paz del mundo. La historia humana no ha conocido nunca una discordia más gigantesca, cuyas dimensiones se miden con la misma superficie de la Tierra" (120). En otra ocasión insiste: "La Humanidad parece un cuerpo infecto y llagado, en el que la sangre circula con dificultad, porque los individuos, las clases sociales y los pueblos se obstinan en seguir divididos, y, por lo tanto, no se comunican mutuamente. Y cuando no se desconocen, se odian y conspiran, luchan y se destruyen" (208). Observamos el absoluto desprecio de algunos, incluso por los más imprescindibles derechos de los demás, rindiendo un exaltado culto a la violencia. "El mundo entero está justamente estremecido ante un apresurado recurso a la fuerza, mil veces execrada por todos como medio pa-

ra componer las diferencias y asegurar la victoria del derecho. No se puede dudar que el mundo, ante el paroxismo de estos días de violencia, se encuentra desorientado y disminuida su confianza porque ha asistido a la repetición de una política que, de diferente modo, pone sus arbitrariedades y los intereses económicos por encima de las vidas humanas y los valores morales" (203).

Por otro lado, hace ya demasiados años que la Humanidad y la cristiandad oscilan a lo largo de la línea vertiginosa que separa el deseo de la paz del temor de la guerra; temor de una guerra que, aunque parezca inminente por un explicable reflejo psicológico, impulsa a todos, gobernantes y gobernados, a la carrera de los armamentos, con derivaciones económicas y sociales que deben aterrar a cualquier espíritu clarividente (136).

Existen tantos problemas que angustian e inquietan a la generación presente, tantos peligros que amenazan el porvenir del universo entero, y estamos tan lejos de caminar hacia una solución, si no feliz y satisfactoria, al menos parcial y provisional, que éstos se agravan de día en día, hasta el punto de temer un choque definitivo y fatal. No se trata de problemas limitados a los intereses de una nación, sino de problemas universales que enfrentan a bloques formidables, cuyo choque podría implicar desastrosas consecuencias (134).

Pero no es sólo la visión aterradora de la guerra, la grande enemiga, la profanadora y la devastadora de la obra de los hombres, como la llama Su Santidad (69), la que se nos ofrece en perspectiva, con todo el horror de sus indecibles dolores y calamidades, sino el espectáculo de la violentísima tempestad de persecuciones que desde hace ya demasiado tiempo azota con crueldad a la Iglesia. Esta se halla privada de libertad en muchas partes de la Tierra, afligiéndola durísimamente con calumnias y angustias de todo género, haciendo correr también a veces la sangre de sus mártires (132).

Por último, contemplamos el espectáculo de tantos países que, en su egoísmo exacerbado o debido a un deplorable orgullo de estirpe, siguen encerrados en las estrecheces de nacionalismos patrioterros, incompatibles con el enérgico esfuerzo de apertura hacia la comunidad mundial propugnada por los últimos Papas (170). Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta aislacionismo cuando es testigo de las necesidades y de las miserias de su hermano (78). Ingentes, amplias y profundas son las calamidades que hay que lamentar como consecuencia de los delirios del nacionalismo (76). Nacionalismo y orgullo de estirpe que va en ocasiones abocado hacia un virulento racismo, cuyas terribles consecuencias no ha mucho tuvo el mundo ocasión de contemplar.

CAPITULO II

Análisis de las causas de esta situación

Al iniciar un análisis de las principales causas de ese estado actual del mundo moderno, destaca preferentemente como causa primaria y raíz, por tanto, de todas las demás el alejamiento de Dios.

Pío XII dice textualmente: "Este alejamiento de Dios es el fundamento de los males que afligen a la Humanidad. Dondequiera que él prende, es como un

incendio que todo lo devasta; no solamente seca las almas y las despoja de su eterna dicha, sino que además llega hasta destruir la seguridad, el sosiego y el orden de la vida pública de los Estados" (7).

Este alejamiento de Dios, y en su forma más aparente la irreligiosidad, está invadiendo de una manera progresiva el mundo entero, con las tremendas consecuencias de que hemos sido todos testigos y a las que estamos asistiendo en la actualidad, progresión que se efectúa cual un contagio que perturba el alma de los pueblos (14), que se ha extendido en profundidad a todas las capas sociales, pero quizá de un modo preferente y más virulento a las capas intelectuales, provocando, según el Papa, la aparición de uno de los ídolos de nuestro tiempo: la soberbia científica.

Existen hoy cultivadores de las ciencias que creen poder obrar como si el espíritu no existiese o no tuviese, por lo menos, nada que proponer, fiándolo todo al resultado del experimento y en la investigación. Impregnados de materialismo y de sensismo, sólo hacen caso de sus instrumentos y de sus cálculos, de la comprobación y coordinación externa de los fenómenos, sin tener en cuenta para nada ni a Dios ni a su Divina Providencia (14). ¿Cómo no alarmarse ante esta actitud si la comparamos con la de tiempos ya transcurridos en los que incluso los que alardeaban de agnosticismo no llegaban nunca a poner en duda la existencia de Dios!

En cambio, hoy ¿quién se afana por conocerle o buscarle? Dando una simple ojeada en la vasta obra científica del mundo actual, leyendo sus escritos o simplemente interrogando a los investigadores de los misterios de la Naturaleza, de los acontecimientos de los pueblos y del espíritu humano observamos la más absoluta indiferencia, cuando no ignorancia, frente a todo lo relacionado con Dios y con la única verdad. Para muchos, Dios no es, de nuevo, sino el Dios desconocido de los atenienses (14).

La separación entre la religión y la vida es una de las señales de la decadencia de la cultura cristiana (146). Al separarse la cultura de la religión, al disgregarse su unidad, base fundamental de la civilización cristiana, la irreligiosidad ha ido penetrando como una mancha de aceite en la vida pública, siendo la causa de su malestar y de su inquietud (75). Este ateísmo ha alcanzado ya un grado tan intenso en algunas partes del mundo que se ha convertido paulatinamente en un auténtico odio hacia Dios, al destruir totalmente todo lo que es virtud, amor, esperanza y hermosura en la vida interior del hombre (75).

Así, en este proceso rápido de laicización a que es sometida la Humanidad y que ha tomado carta de naturaleza y estado oficial en algunos países de esta negación o, al menos, olvido y en el desprecio de todo lo que es religión, cristianismo o sumisión a Dios y a su Ley, ha ido sumergiéndose el mundo en un materialismo (86), en una civilización que, no contenta con apoderarse del control absoluto de las fuerzas de la Naturaleza, intenta incluso llevar esta ambición hasta el nivel humano, bien sea de modo insidioso o violento, pretendiendo encerrarle en un determinismo sin resquicio, acabando con su verdadera libertad, reduciendo las inteligencias y los corazones a una esclavitud inexorable (188).

Esta falta de respeto incluso para lo más querido y apreciado por el hombre, su libertad, se encubre bajo la excusa del progreso científico. Nuevo ídolo que sirve de salvoconducto para atacar al hombre en lo más íntimo de su personalidad. Este peligro lo pone de relieve el mismo Papa diciendo: "El progreso material mediante la búsqueda y el aprovechamiento de las fuerzas naturales continúa sin reposo su camino y la Iglesia aprueba esta evolución, incluso en sus principios; pero os hace una advertencia urgente: cuando el progreso material no está contrabalanceado por fuerzas religiosas y morales poderosas, aquél pelagra de convertirse en cáncer de la sociedad humana. ¿Dónde deben buscarse estas fuerzas, sino en la Iglesia Católica y entre sus fieles? (178). El aviso no puede ser más claro. Sin embargo, hay ocasiones en que el orgullo y el error pueden más que la verdad en el obrar de los hombres y así se nos ofrece la oscura visión de una Humanidad en la que el materialismo, en lugar de resolver, envenena sus problemas fundamentales, íntimamente unidos con la paz y el orden del mundo entero (174). A causa de esta concepción totalmente errónea y materialista del problema de la paz, son estériles todos los esfuerzos encaminados a una auténtica distensión de los pueblos, europeos principalmente. Esta concepción materialista de la vida que considera la existencia de los individuos desde un punto de vista técnicoeconómico y que juzga la cuestión de la paz ligada exclusivamente al progreso económico mediante un incremento constante de la producción del trabajo y del tenor de vida, amenaza con ser la norma de conducta de los encargados de lograr una paz duradera, cayendo en un error parecido al que sufrieron los estadistas de hace un siglo con la norma de: comercio libre, paz eterna (174). "Descartando el respeto al Sumo Legislador y Juez Divino, lo justo y lo injusto no son más que vanas palabras. Se derrumba la ley moral; si nada hay que temer, la maldad se atreve a perpetrar cualquier exceso, y aquellos hombres para quienes el único y bien miserable placer es el goce de los deleites y la crueldad, se lanzan como fieras a matarse mutuamente" (81).

Aparte de que ningún materialismo ha sido jamás medio idóneo para instaurar la paz, por ser ésta más que un equilibrio armónico de fuerzas externas, como se pretende que sea; por ser, en realidad, una condición del espíritu. En nuestros días estamos viendo cómo este pretendido equilibrio lleva en realidad a la desconfianza, cómo el costosísimo potencial de fuerzas técnicas y económicas, aunque sea distribuido más o menos igualmente entre las dos partes, impone un temor recíproco. De lo que resulta en realidad una paz falsa, una paz nacida del temor, con ninguna seguridad para el futuro; una paz precaria en constante peligro, al fluctuar de un modo continuado las encontradas fuerzas que la determinan (174).

¿Y qué fuerzas! ¿Es que se distinguen en nuestros días gran cosa de las armas bélicas propiamente dichas? Mientras la humanidad no renuncie a la autonomía falaz de estas fuerzas y a la existencia y amenaza de las armas modernas; mientras se desprecie la esencia del orden cristiano, no habrá verdadera garantía de paz (134B), porque para ello falta y ha faltado el espíritu evangélico del sacrificio, falta

de caridad hacia los demás, fruto de este materialismo ateo; y este espíritu falta porque al debilitarse la fe acaba prevaleciendo el egoísmo, que destruye y hace imposible la felicidad en común.

Para volver a encontrar la paz, precisa que vuelvan de nuevo los hombres a aprender lo que siglos ha les predicó Cristo y su Iglesia: hacer el sacrificio de las propias aspiraciones y de los propios deseos, si son incompatibles con los derechos ajenos o con el interés colectivo (10). Es un error acusar a la ley natural de las actuales miserias del mundo, cuando resulta bien claro que éstas derivan de la falta de solidaridad mutua entre los hombres y los pueblos (242).

Fruto de este egoísmo y falta de solidaridad es la estridente discrepancia que existe en nuestros días entre los bienes superfluos y los gastos lujosos, "que crecen de manera intolerable y que tanto contrastan con las aflicciones y la miseria de la mayoría" (115). El desmedido afán de dinero y una creciente ambición hacen girar las cosas en torno de sí mismo al no saber distinguir las auténticas necesidades de las ficticias (239).

La gran miseria del orden social está en que no es profundamente cristiano ni realmente humano, sino únicamente técnico y económico, y en que no descansa precisamente sobre lo que debería ser su base y el fundamento sólido de su unidad; es decir, el carácter común de hombres por la naturaleza y de hijos de Dios por la gracia de la divina adopción (138 B).

Bajo la superficie de indudables dificultades políticas y económicas se esconde, pues, una más grave miseria espiritual y moral: el gran número de espíritus estrechos y corazones mezquinos, de egoístas y "arrivistas", que corren tras del que está más en auge, que se dejan mover—ilusión o pusilanimidad—por el espectáculo de las grandes masas, por los clamores de las opiniones, por la ebriedad de la excitación. Ellos solos no darían un paso, según es deber de cristiano de fe viva, para avanzar firmes, guiados por el espíritu de Dios, a la luz de los principios eternos, con imperturbable confianza en su divina providencia. Esta es la verdadera, la íntima miseria de los pueblos (120).

Otra consecuencia de la negación de la Ley de Dios y del alejamiento de la Verdad, y no la menos grave, es la inmoralidad que se está enseñoreando del mundo. En efecto: según las enseñanzas pontificias, la raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna es la negación y el repudio de una norma de moralidad universal, regla y fundamento no solamente de la vida individual del hombre, sino también de la vida social de los pueblos y de las naciones (4). Por lo cual, olvidada y despreciada la ley de la caridad y de la solidaridad, que une a todos los miembros del género humano con el vínculo de su origen y de una naturaleza común, así como con el vínculo superior de la redención obrada por Jesucristo, fácilmente se recurre a normas puramente terrenas, basadas solamente en la arbitrariedad y sobre una moral interesada y subjetiva (72).

No puede dejarse de ver, pues, el calamitoso espectáculo de un mundo en decadencia porque se ha arruinado la estructura moral básica de la vida (104).

Esta inmoralidad está penetrando en todos los estratos sociales, pero es indudable que donde más daño está ocasionando es en las conciencias en plena

formación, en esa época de la vida en que el instinto y las pasiones pugnan por adueñarse de la personalidad aún inmadura, es decir, en la juventud. Es unánime el juicio de que la moralidad de gran parte de la juventud está en continua decadencia. Y no sólo de la juventud en las ciudades, sino que también la de los pueblos, en donde antiguamente florecía una sana y robusta pureza de costumbres. En éstos la degradación moral es muy poco inferior, ya que todo lo que excita en las ciudades al lujo y al placer ha obtenido entrada libre hasta en las aldeas más apartadas.

Es superfluo recordar cuánto se ha usado y abusado de la radio y el cine para la difusión de este materialismo y cuánto ellos han contribuido a aumentar la superficialidad, la mundanidad, la sensualidad de la juventud, juntamente con los malos libros, las revistas ilustradas licenciosamente, los espectáculos vergonzosos, el baile inmoral y la inmodestia de las playas.

Las informaciones que llegan de las más diversas regiones señalan nuevas ocasiones para originar el abandono religioso y moral de los jóvenes. También puede atribuirse este relajamiento moral de la juventud al desmoronamiento del matrimonio moderno, del que es índice y funesta consecuencia (86).

En efecto: esta inmoralidad afecta de un modo fundamental a esta célula viva de la sociedad cristiana que es la familia. Esta rotura o esta relajación, esta debilitación o esta degeneración de la familia se produce con todas sus funestas consecuencias, siempre que se atenta contra la santidad o la indisolubilidad del matrimonio, contra la fidelidad o la fecundidad conyugal; siempre que se pone en peligro la autoridad paterna por abdicación de los padres o por insubordinación de los hijos (25). Es decir, siempre que una política ciega y suicida produce un eclipse, una crisis de la autoridad de los padres.

Pero no son éstas las únicas causas que se podrían citar de los males actuales del mundo; éste, como si quisiera retroceder veinte siglos hasta las aberraciones de la decadente sociedad pagana, pone sobre sus altares los ídolos vanos de la lujuria, de la soberbia, de la codicia y—como consecuencia natural—el odio contra todo lo que pueda disputarle su ración mezquina de placer, su miserable parcela de dominio o una gota que pueda apagar aquella que no es sed de agua, sino de metal (55).

Pero aún podríamos citar una causa más: el estigma que lleva nuestra época estampado en la frente, causa de su disgregación y decadencia; la tendencia cada vez más clara a la insinceridad. Dice Su Santidad: "Lo que nos parece no solamente el mal mayor, sino la raíz de todos los males, es que, no raramente, en lugar de la verdad se pone la mentira y se la usa como instrumento de lucha" (103).

De hecho, en no pocos países, no es la verdad, sino la falsedad, lo que se presenta con una cierta apariencia de razón (111). Falta de veracidad que no es solamente un expediente ocasional o un refugio para salir del paso en momentos de dificultades inesperadas o de obstáculos imprevistos, ¡no!, sino que parece casi elevada a sistema y realzada al grado de una estrategia, la mentira, y el desvirtuamiento de las palabras y los hechos. En fin, el engaño se ha convertido en clásica arma ofensiva que algunos esgrimen con maestría, orgullosos de su habilidad; hasta tal punto, que el olvido de todo sistema moral es a sus ojos parte integrante de

la técnica moderna en el arte de formar la opinión pública, de dirigirla, de someterla al servicio de la propia política, resueltos como están a triunfar, cueste lo que cueste, en las luchas de interés y de opiniones, de doctrinas y de egoísmos (60).

Vemos, pues, que la causa primera de todos los males y de la que son consecuencia todos los demás es el alejamiento de la Humanidad de la Ley divina. Es decir, la verdadera causa, la única, es la progresiva descristianización del mundo; descristianización no producida por desconocimiento de esa Ley divina, sino por abandono de la misma. Dice Pío XII: "Quede bien claro, amados hijos, que la raíz de los males presentes y de sus funestas consecuencias no está, como en los tiempos anteriores al cristianismo o en las regiones paganas, en la invencible ignorancia de los eternos destinos del hombre o de los caminos reales para conseguirlo, sino más bien en un letargo del espíritu, en una anemia de la voluntad y en una frialdad de los corazones. Los hombres contagiados de peste tal, como para justificarse, intentan envolverse en las antiguas tinieblas buscando una disculpa en los nuevos y viejos errores. Es preciso, por tanto, actuar sobre su voluntad" (165).

Hay que acudir y electrizar las sanas energías que todavía yacen en lo profundo de la conciencia de los hombres, ya que de otro modo no se podrá evitar el hundimiento de la Humanidad actual en la oscuridad sombría de una civilización sin Dios, a causa de una indolencia tan extendida que impide a muchos emprender aquella vuelta a Jesucristo, a su Iglesia y a la vida cristiana que tantas veces se ha indicado como único remedio y solución de la crisis total que agita al mundo (165).

CAPITULO III

Necesidad de una renovación de la sociedad

Es, pues, del todo punto conveniente, absolutamente necesario y urgente, el renovar de una manera inmediata la actual sociedad (100, 113, 114, 176, 212, 225, 227).

Hablando de ello, dice Pío XII: "Considerando seriamente las gravísimas necesidades de nuestro tiempo, debemos esforzarnos por atraer al cumplimiento de los deberes cristianos a los hermanos que se han apartado del verdadero camino o están cegados con la niebla de las pasiones" (113). "Urge siempre y cada vez más impelente la necesidad de promover y construir una civilización nueva que funde su estabilidad sobre Dios y los principios cristianos" (102).

El mismo Pontífice, ya en 1939 y con motivo de la consagración de doce Obispos misioneros, decía: "Es de todo punto necesario, venerables hermanos y amados hijos, que todos los cristianos hagan cuanto sea posible para la realización de tan grave empresa, y ello de modo especial en nuestro tiempo" (5).

Hay que llevar a la práctica los mandatos de Jesucristo, "es necesaria la grandeza de un cristianismo (46) que oponga las virtudes cristianas, la honradez, la justicia, la dignidad humana, la concordia, la paz y la caridad (2, 31) a los vicios y pecados del mundo actual".

Es preciso conservar una humildad que nos haga amables a Dios y a los

hombres (217) contra el espíritu de soberbia e independencia. No es este el momento de discutir ni de buscar nuevos principios, pues éstos ya están determinados en esencia por Jesucristo, aclarados por la elaboración secular de la Iglesia y adaptados a las circunstancias inmediatas por los sumos pontifices; sólo falta el hacerlos efectivos (165).

Es menester, pues, que despierte quien todavía posea un fondo de espíritu cristiano (66), que sacuda el funesto letargo (165) de largos años de tolerancia y abandono para apretar las filas contra el enemigo de Dios, pues la gran hora de las conciencias cristianas ha sonado (61). No podemos quedar mudos e inertes ante un mundo que progresa inconsciente por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos. El sentimiento de nuestra responsabilidad delante de Dios nos exige que lo intentemos todo, que lo emprendamos todo para ahorrar al género humano tan tremenda desgracia (139).

CAPITULO IV

Medios para esta renovación

Esta renovación debe ser total y completa, debiendo abarcar, por tanto, todos los planos de una sociedad orgánica.

En el plano individual

Incrementando, en primer lugar, el respeto del hombre hacia Dios y reforzando su fe, una fe viva y vigorosa, consciente (23, 25, 89, 165). Que defienda su personalidad de hombre (65, 98), hijo de Dios, y que fortifique sus convicciones religiosas. Fe plena, incrementada por la oración y los sacramentos (84, 121, 131, 139, 154, 188), que dé lugar a hombres de vida interior (221) que piensen en cristiano (68, 85, 90, 94, 105, 155) y estén llenos de Dios. Hombres-baluartes contra la marca de inmoralidad actual (53, 57, 146), fieles a la Ley divina y llenos de abnegación y desinterés (56), de coraje y sin miedo (48, 194), que den testimonio de Cristo en todas partes (50), en el trabajo y en los días de fiesta, en las iglesias y en la oficina, en las diversiones y en los deportes, en la vida tumultuosa de las calles y en la intimidad del hogar (146). Que hagan valer la verdad y el espíritu de la Ley de Dios en su vida personal, profesional, social y pública (142, 152) con un sentido ejemplar de responsabilidad. Hombres de competencia profesional, cívica y social (243). Hombres de estudio que busquen más bien la formación que el número de conocimientos (83), concededores de los progresos de la ciencia y la técnica, pero cristianos piadosos que difundan el bien y sepan dirigir a los demás con claridad de principios (90). Hombres que dediquen su vida a Dios o formen familias cristianas.

En el plano familiar

Formando familias cristianizadas por la eucarística (79) y por la oración (132, 157), en las que reine la paz y concordia entre sus miembros; de esposos bien avenidos, fieles, sin rencores ni litigios. Familias en las que reine como Señor absoluto el Corazón de Jesús. No se puede hablar de orden cristiano en una sociedad que no haya hecho todo lo necesario para que todas las familias tengan la posibilidad de una vida digna de seres humanos (145).

"La familia no existe para la sociedad, sino la sociedad para la familia." La familia es la célula fundamental de la sociedad, el elemento constitutivo de la comunidad del Estado. El Estado debería, por tanto, en virtud misma, por decirlo así, del instinto de conservación, cumplir todo aquello que esencialmente, y según el plan de Dios Creador y Salvador, es su deber primordial, a saber: garantizar absolutamente los valores que aseguren a la familia el orden, la dignidad humana, la salud y la felicidad (133). Sólo así es posible a la familia el cumplir su función primordial: la procreación de nuevos miembros de ese Estado (91) sanos de cuerpo y espíritu, educados en el temor y en el amor de Dios, en la veracidad, imprimiendo en ellos el concepto de la libertad, enseñándoles a distinguirlo del desenfreno y de la disolución, entrenándoles en el dominio de sus propias facultades, sobre los instintos y sobre los acontecimientos (141); hacerles capaces de discernir entre la verdad y el error, el bien y el mal, el derecho y la injusticia; plantando firmemente en su alma los puros sentimientos del amor, de la fraternidad y de la fidelidad; imbuyéndoles de la necesidad de la oración, pues no se olvide que a esta meta no se puede llegar sin la potente ayuda de los sacramentos de la confesión y de la Santísima Eucaristía, cuyo sobrenatural valor educativo jamás podrá ser apreciado debidamente (73). Darles, en fin, una educación física, intelectual, moral y religiosa (130), poniendo de acuerdo las conquistas seculares del cristianismo con los progresos científicos modernos (139), enseñarles aquellos principios inmutables (231): el de la moral cristiana, etc.

En el plano social

El mundo moderno se encuentra en una Babel moral. Los hombres, aun cuando pronuncian las mismas palabras, no se entienden, pues éstas tienen para ellos diferentes significados; es como si hablaran diferentes lenguas o idiomas morales. No existen principios jurídicos y morales de validez universal que sirvan de base a la discusión y a la orientación para resolver sus conflictos (249). Han olvidado las obligaciones y derechos contenidos en la ley natural que tiene su fundamento en Dios y formulados en la ley positiva (186). Falta, pues, una norma de moralidad universal que ponga fin al actual desastre social; sin esta norma no existe una idea básica sobre la que apoyar los derechos de las diferentes partes.

El colectivismo marxista ha intentado dar satisfacción a estos anhelos y aspiraciones nuevas de las clases trabajadoras ante la imperfección de las presentes soluciones, estableciendo como base fundamental de toda cultura humana el interés de clase y la situación económica social. Según él, la estructura económica determina la superestructura mental del individuo. El marxismo rechaza los conceptos jurídicos y morales, asentados en la tradición, por considerarlos creación del capitalismo y de sus intereses egoístas. Para él sólo es bueno y justo lo que es útil para el partido y al estado marxista. El hombre es reducido al mero papel de instrumento del Estado como elemento de producción o componedor de un ejército (249).

El individualismo agnóstico también niega la existencia de una ley anterior a la voluntad humana y afirma que toda norma es un producto convencional a

merced de las voluntades libres, de las circunstancias y de la aptitud para satisfacer ciertos fines. Su peculiaridad es el particularismo y relativismo, o sea la proclamación de tantos principios como intereses o clases existan (249).

La solución cristiana se funda en el universalismo, es decir, en un código moral y jurídico de validez universal, como puntal básico y punto de referencia para toda discusión y acuerdo (249). La Iglesia católica está a igual distancia de los errores del individualismo agnóstico que del estatismo marxista (155); refuta tanto la actitud de uno como del otro y establece que "en materia social no una, sino muchas y gravísimas son las cuestiones, o meramente sociales o político-sociales, que tocan de cerca el orden ético, la conciencia y la salvación de las almas, no pudiendo, por tanto, decirse que caen fuera de su autoridad y vigilancia" (185). Sólo ella está en disposición de proporcionar los elementos esenciales para una solución de la cuestión social.

El programa social de la Iglesia descansa sobre tres columnas importantísimas: la verdad, la justicia y la caridad (103, 123, 200).

No puede subsistir una paz sin orden y éste sin la justicia en fraterna armonía con la caridad (1, 125, 224).

Los puntos fundamentales de su doctrina social son:

1.º Reconocer los sacrosantos derechos de libertad y dignidad del hombre (122, 193, 198). Defender esta libertad contra la absorción de la masa o del Estado. El señor del mundo debe ser el hombre, en medio de la familia y de la sociedad, con su trabajo, según expresa la ley natural (129). Esta defensa de la persona humana exige superar tres peligros fundamentales: frente al poder abusivo y absorbente del Estado; frente a la disolución moral del medio ambiente, y frente a la opresión económica del frío egoísmo. Hay que darle razonable satisfacción a sus necesidades.

Para su protección en el plano político se necesita (249):

a) Orden jurídico, en el que se le garantice el disfrute de sus derechos personales y familiares.

b) Poder judicial para juzgar con imparcialidad y justicia que sea realmente libre de positivismo y utilitarismos subordinados al servicio de determinados grupos, clases o movimientos.

c) Reconocimiento del principio según el cual también el Estado está obligado a revocar o modificar las medidas que lesionen la libertad, la propiedad, el honor, el progreso y la salud de los individuos.

d) Sistema educativo, intelectual, técnico, moral y religioso para hacer del individuo un ser sólido capaz de hacer frente a las dificultades de su medio ambiente, dándole acceso a la cultura.

2.º El derecho natural del individuo a la propiedad privada (122, 125). Es necesario evitar confusiones a este respecto. Defender el derecho de la propiedad debe ser motivo fundamental que inspire el reformismo cristiano contra la inercia de las tendencias conservadoras.

"Al defender el principio de la propiedad, la Iglesia no pretende sostener pura y simplemente el estado presente de cosas, como si en él contemplase la expresión de la voluntad divina, y proteger por principio al rico y al plutócrata contra el pobre y el indigente."

Una cosa es el derecho de propiedad y otra muy distinta el régimen actual de propiedad. El primero es una meta ideal que aspira a que todo hombre y familia tengan la propiedad necesaria para llevar una vida digna y desahogada. En cambio, el régimen indica la zona real en que vivimos, alejada en realidad de esa meta ideal por el egoísmo y costumbres de pasadas centurias (249).

3.ª Una justa redistribución de los bienes (122, 155, 193). La primera letra del régimen actual de propiedad es la concentración en minorías, como en la actual sociedad capitalista o en las manos del Estado, como ocurre con el comunismo.

La distribución es el camino de la liberación del hombre y del fortalecimiento de la vida familiar. "Toda sabiduría política social ha de tender a crear una amplia clase media fundada en la propiedad, eliminando los extremos que hacen que la sociedad viva en una situación de continua inestabilidad, propicia a toda clase de revoluciones."

Pío XII señala los caminos para conseguir esa dicha mejor distribución de los bienes de producción y consumo. Una sabia reforma agraria que tienda a poner en manos del agricultor la propiedad de sus tierras e instrumentos de trabajo. Una reforma industrial, dando participación en la empresa a la mano de obra, fomentando la artesanía y las pequeñas empresas en las que el trabajador pueda ser, al mismo tiempo, propietario de sus instrumentos de producción (249), para que de este modo la aparente contradicción entre empresario y trabajador se transforme en una unidad superior (88, 186), en una cooperación orgánica de ambas partes (51, 120, 122, 193).

De este modo se dará pleno curso a las aspiraciones de la clase trabajadora (63); no habrá lucha de clases, sino superación y armonía de los contrastes sociales (146, 160), subordinando los intereses particulares al interés general de la comunidad cristiana (119, 230). La Iglesia no promete, empero, igualdad absoluta (74), pues siempre habrá graduaciones y diferencias en lo físico y lo intelectual.

Estos son los puntos principales en los que se basa la doctrina social católica, sin que ello signifique que terminen aquí sus aspiraciones en el plano social. La Iglesia propugna, además, la necesidad de las participaciones de todo individuo en las decisiones políticas, económicas y sociales (199, 230). La promulgación de las leyes sabiamente formadas que miren los estatutos humanos según las normas del derecho divino, único para lograr la moralidad, nobleza y estabilidad que tanto se echa de menos; poniendo de acuerdo los conjuntos seculares del cristianismo con el progreso científico. Estableciendo condiciones de vida que protejan los derechos del hombre. Teniendo en cuenta que la ley es siempre fría y que lo esencial es el espíritu que a sus promulgadores guía. Teniendo en cuenta también que la miseria del actual orden moral es que no es humano ni cristiano, sino técnico y económico exclusivamente. Todo lo bueno en las legislaciones de los diferentes países está contenido en la doctrina social de la Iglesia católica.

Ahora bien: ¿será capaz la Humanidad de engendrar y poseer la fuerza moral necesaria para llevar a cabo tal programa social? (71). Sólo con hombres que vivan su fe y que sean fieles

cumplidores del espíritu de Cristo será esto posible (62, 122, 178, 180).

En el plano internacional

Es necesario que los hombres responsables de las distintas naciones de la Tierra se hagan conscientes de las obligaciones de un Estado cristiano para ir a una reordenación del mundo por medio de una mejor convivencia de las naciones (6), reaccionando contra las dos tendencias extremas del egoísmo humano (240), manteniendo el contacto entre los cristianos de cada nación que buscan la verdad (42), con lo que aprenderán a conocerse mejor (179), teniendo en cuenta que sólo una comunidad de intereses espirituales puede agrupar duraderamente a los hombres (220). Solamente un pensamiento y una fe cristiana pueden dar al mundo la verdadera paz y los valores espirituales (35), que sólo pueden ser alcanzados en esa fe en Dios y en el reconocimiento de la ley moral del cristianismo (61, 165).

Hay que ir, pues, a una colaboración universal de los pueblos y Estados, contribuyendo con sus riquezas de materias primas, capital y mano de obra (109) a la formación de la gran familia humana (96). Asegurando el derecho a la vida y a la independencia a todas las naciones, grandes y pequeñas. Que la voluntad de vivir de una nación no signifique la muerte de otra (6). Son precisamente las pequeñas naciones las que aguardan el despertar de un espíritu nuevo que las li-

bre de la codicia desenfadada de los poderosos (138).

No se debe gobernar con la violencia de las armas, sino con la majestad del derecho (156), basando, además, las relaciones internacionales no solamente en la justicia, sino en la caridad (9, 30, 38, 109, 120, 156, 226). Las naciones poderosas no deben oprimir, sino ayudar a las débiles (226).

Los pueblos deben ir hacia una cooperación económica, política y cultural en plena libertad civil y religiosa (156), con buena voluntad y recíproca confianza (24), contribuyendo, si se cree conveniente, a la creación de instituciones internacionales (184) para terminar con el totalitarismo (24), con la fuerza bruta que intenta apagar la innata apetencia del espíritu humano por Dios. Para liberar de la esclavitud aquellas libertades dadas por Dios. (175). Para repudiar los orgullos de estirpe y sangre, las ansias de hegemonía y la idolatría de los nacionalismos absolutos (19). Pero al mismo tiempo, al crear estas instituciones, tener en cuenta la experiencia, y, debido a la imposibilidad de preverlo todo, crear también instituciones jurídicas que garanticen el real y fiel cumplimiento y, en caso necesario, su revisión y corrección (6, 241).

A fin de que este orden, de tal suerte establecido, pueda tener tranquilidad y duración, las naciones han de ser, además, liberadas de la pesada esclavitud de una carrera de armamentos (6).

SEGUNDA PARTE

Caridad fraterna y comunicación cristiana de bienes

CAPITULO V

Solución cristiana

Ante este panorama actual, en la Babel moral en que se encuentra el mundo moderno, los católicos, y no solamente ellos, sino muchos otros, de todas partes vuelven sus miradas a la Iglesia con ansiosa expectación y con palpitante esperanza y le preguntan cuál es su parte en la salvación de la sociedad humana (37, 83). La respuesta de la Iglesia puede ser múltiple y diversa como diversas son sus posibilidades.

El mundo ha rechazado un principio que el cristianismo juzgó siempre fundamental para la vida social: la existencia de una ley natural universal y válida para regular las relaciones de todos los hombres, de todas las razas, de todos los Estados (3). Y ante la falta de principios morales y jurídicos de validez universal que sirvan de base y de orientación para resolver los conflictos entre hombres que, aun hablando una misma lengua y pronunciando las mismas palabras, no se entienden, ¿cuál es la solución cristiana?

Partiendo de la ley natural, reconocemos la dignidad moral y social de la persona humana, lo mismo en cuanto toca a deberes que a derechos. El reconocimiento del derecho natural es el camino real para reconocer a la persona humana como base, norma y fin de la vida social (16). Como declamamos en el capítulo anterior, esta defensa de la persona humana exige superar tres peligros fundamentales: frente al poder abusivo y absorbente del Estado, fren-

te a la disolución moral del medio ambiente, frente a la opresión económica del frío egoísmo.

La Iglesia da un ejemplo grande y definitivo en su unidad e integridad, por lo que sus componentes han de tener una noción clara del influjo prácticamente desarrollado por aquella unidad e integridad (83). Este influjo se ejercita sobre el fundamento, sobre la estructura y sobre la dinámica de la sociedad humana (83).

Y los caminos que seguir para la cristianización de la sociedad (248), para que esta renovación sea total y completa, son:

1.ª Cristianización de las masas, lo que podríamos llamar una revolución desde abajo.

2.ª Cristianización de las minorías rectoras de los dirigentes de las naciones. Revolución desde arriba, con renovación fiscal, legislativa, social, etc., de acuerdo con los principios cristianos y normas de la Iglesia.

3.ª Cristianización del individuo. Revolución individual. Que cada hombre adquiera sentido de responsabilidad humana y cristiana.

¿Qué mensaje, qué respuesta es la de la Iglesia, común a todos los caminos que seguir para la renovación de la sociedad?

La Iglesia ha respondido brevemente: La renovación de la sociedad sólo puede hacerse viviendo los principios de la justicia y caridad; que los cristianos lleven a la práctica el "mandamiento nuevo" "amaos los unos a los otros como yo os he amado", o sea mediante el amor fraterno. Y si la respuesta es breve, la Iglesia la ha repetido conti-

nuamente (4, 8, 22, 26, 48, 60, 163, 172, 202, 215, 222). Casi no hay discurso, radiomensaje, cualquier escrito o comunicado de los Sumos Pontífices en que no se repita tan breve respuesta.

El principio del amor fraterno entre todos los hombres fué, desde el punto de vista social, la profunda novedad que el cristianismo trajo al mundo. Fué el gran fermento de la revolución cristiana.

Grecia aportó al mundo la belleza y la sabiduría; Roma, la fuerza y el derecho; el Oriente, sus corrientes místicas, extrañas y profundas. Por el mandato de Jesús, el cristianismo ha incorporado al mundo la fuerza social del amor.

El amor desinteresado y universal del hombre, el amor o caridad, es original del cristianismo, lo inventó Cristo.

La palabra "amor" tiene un doble sentido. Expresa, por un lado, la donación generosa y desinteresada, y de otro, el egoísmo más ávido de poseer y gozar. Los griegos, con la palabra "eros", expresaban el amor sexual y erótico (251). Tenían, además, la palabra "filein" para significar todo el amor lícito o ilícito a personas o cosas. Pero en los escritos del Nuevo Testamento se excluye el "eros", apenas se usa el "filein" y se emplea y consagra el vocablo "ágape, agapan", que expresa un amor caracterizado por la benevolencia, la generosidad y la comunión (245). Así es cómo Jesucristo mandó el amor y cómo lo predicaron los apóstoles. Así es cómo el cristianismo lo ha injertado en el árbol de la civilización grecorromana (251).

Para operar la gran transformación operada por el fermento cristiano, hay que recordar rápidamente el panorama social y moral del mundo pagano cuando apareció el cristianismo. El principio de su moral, el móvil de todas sus empresas, era el egoísmo. El amor quedaba reducido a la familia y a la amistad. El desconocido era el enemigo, como revela la famosa frase de Plauto (254) "Homo homini ignoto, lupus". El hombre es lobo para el hombre no conocido. En el orden civil, la ley protegía a los ciudadanos, pero fuera de las propias fronteras todos eran considerados como bárbaros. El hombre, la persona humana en sí misma, carecía de todo valor.

El desprecio a la vida en el mundo pagano se patentizó (aun en sus zonas más cultas) por tres hechos característicos: las luchas de gladiadores, el infanticidio y la esclavitud (251).

Todo eso ya está muy lejos, pero no olvidemos que fué el cristianismo quien barrió las luchas del circo y quien suprimió el infanticidio. Recordemos especialmente que fué el cristianismo quien abolió la esclavitud en el mundo civilizado y sin organizar ninguna revolución social; bastó que Pablo recordara a Filemón que su esclavo Onesimo tenía su misma dignidad de hombre (246).

El cristianismo fué quien estableció, frente al del egoísmo y al de la discriminación originaria, el principio del amor fraterno entre los hombres, y no sólo entre los ciudadanos de una misma nación, sino entre todos los de los pueblos, razas y clases, considerándolos a todos como hermanos. El cristianismo proclamó con San Pablo que todos los hombres "eran unos en Jesucristo", que ante Dios "ni hay gentil, ni judío, circunciso e incircunciso, esclavo y libre" (Rom. IX, 12). Sólo hay hombres, sólo hay hermanos. El cristianismo introdujo en el mundo la doctrina de la fraternidad universal por encima

de todas las fronteras, y con ella la de la igualdad, libertad y dignidad esencial de todos los hombres. Ya Tertuliano decía: "Los cristianos formamos una república universal" (255).

El primer sueño de unión de los pueblos por encima de sus fronteras y de la fuerza militar fué cristiano.

CAPITULO VI

Caridad fraterna

¿Qué es caridad? La caridad es el amor a los demás que brota de nuestro amor a Dios. Es un afecto del corazón que nos lleva a complacernos en los demás, a buscar su bien, a recrearnos en su felicidad y a entristecernos con sus desgracias. Amar es desvirarse por los otros, pensar en ellos, olvidarse de sí, emplearse en los demás. Es lo contrario del egoísmo; éste reclama a todos para su servicio, la caridad se dedica al servicio de todos. No es suficiente no hacer mal (ninguna madre se contenta con no hacer daño a su hijo, le ama y busca su bien, y cuanto más, mejor); quien se reduce a no hacer mal, ni ama ni es cristiano: el amor no es un abstinentemente de males, es un incansable activador de bienes (257).

Jesús revalorizó con nuevo vigor y universal alcance la ley del amor al prójimo establecida en el Decálogo: "Amarás al prójimo como a ti mismo." Desde entonces son prójimos todos los hombres, aun los enemigos y los extranjeros. S. S. Pio XII ha llamado la "Carta Magna" de todas las obras de caridad a lo que narra San Mateo (Mat. XXV, 31-46) cuando Jesucristo declara solemnemente que en cada uno de los prójimos necesitados está El mismo, y que el socorro que se da a cada uno de los pobres y enfermos a El se hace, y el que se les niega, a El se niega (147).

El Señor promulgó, además, el "mandamiento nuevo" que también llama "mi mandamiento": "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Io. 13, 34-5). Y además de llamarlo "nuevo", "mío", aún añade "esto os mando". Esto, o sea esto especialmente, esto por encima de todo, como si dijera: "Esta es mi orden, ésta es mi consigna." Y por el cumplimiento de este mandamiento deben distinguirse sus discípulos. No dió como señal o contraseña ni la ciencia de la tradición como los fariseos, ni la ciencia de los números como los pitagóricos, ni otras ciencias ni otras prácticas como otras sociedades, sino la ciencia y la práctica del amor en el sentido más amplio, el amor de la caridad.

La caridad es una palabra que a veces se usa indebidamente para calificar cualquier clase de actividad benéfica o filantrópica. Pero para nosotros tiene una significación sagrada y consagrada. La caridad es distinta de cualquier otro amor humano, porque es una réplica del amor de Cristo hacia los hombres. "Un nuevo mandamiento os doy, y es que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Io., 13, 34). Esto es la caridad. San Pablo escribe a los Romanos (15, 7): "Sed amigos los unos de los otros como Cristo fué vuestro amigo en honor de Dios." Esto es caridad (54).

"Amaos los unos a los otros como yo os he amado" y comenta San Agustín (In Ioannis Evang., tract. 6, cap. 13: Migne PL 35, col. 1808-1809): "No como aman aquellos que corrompen la inocencia o la fe, no como los hombres

se aman los unos a los otros, simplemente porque son miembros de la misma raza humana, sino como se aman aquellos que saben y profesan que todos los hombres son afines a Dios, hijos del Altísimo, en quien debe formarse y perfeccionarse una semejanza fraterna con su único Hijo" (54).

"Amaos los unos a los otros." Y ¿qué amaba Cristo en el hombre sino a Dios? No en el sentido de que encontrase ya a Dios en todos los hombres, sino en el sentido de que esperaba, por medio del amor, restaurar a Dios en el corazón de todos los hombres. Se dice que un médico ama a los enfermos; pero ¿qué es lo que se ama en el enfermo? No ama a la enfermedad; ama a la salud que espera devolver al paciente. La caridad significa amar unos a otros de esta manera: con la intención de introducir a Dios cada vez más en las vidas de los otros, de manera que, unidos los unos a los otros por el Espíritu del Divino Amor, podamos cooperar como otros tantos miembros a la formación de un cuerpo que no sea indigno de una cabeza divina (San Agustín) (54).

Pero realizar la caridad cristiana no es cuestión de dar dinero; es cuestión de entregarse a sí mismo (54). Si los hombres quisieran y supieran escuchar la lección de las abejas; si cada uno supiese hacer con orden y con amor, en el puesto señalado por la Providencia, su deber cotidiano; si cada uno supiera gustar, amar, valorizar en colaboración íntima del hogar doméstico los pequeños tesoros acumulados durante su jornada de trabajo fuera de casa; si los hombres supieran sacar provecho con delicadeza, con elegancia (hablando a la manera humana), con caridad (hablando cristianamente), en las relaciones con sus semejantes, de todo lo bueno y honesto que ellos llevan en el fondo de sus corazones, sin ofenderlos, y discreta y honestamente, sin alterar la virginidad de sus pensamientos o de su amor; si supieran asimilarse sin celos y sin orgullo las riquezas adquiridas en el contacto con sus hermanos y elaborarlas luego por su cuenta; si, en una palabra, aprendiesen a hacer mediante su inteligencia y su entendimiento lo que las abejas hacen instintivamente, ¡cuánto mejor estaría el mundo! Debemos aprender a penetrar con caridad, discreta pero profundamente, en la inteligencia y en el corazón de nuestros semejantes, y entonces sabrán descubrir, como las abejas, en las almas más humildes el perfume de las nobles cualidades, de eminentes virtudes, ignoradas a veces hasta por los mismos que las poseen. Sabrán discernir en el fondo mismo de los pensamientos de sus adversarios alguna traza, por lo menos, de sano juicio, algún vislumbre de verdad y bondad (58).

Hay que tomar como lema las sublimes palabras de San Juan "Dios es amor" (1 Io., 4, 16). Entonces, ciertamente, la obra de destrucción que dejaron tras de sí los pasados años, la miseria y empobrecimiento que crearon, la enemistad y el odio que acumularon, todo esto lo vencerán sólo los hombres que crean firme e indestructiblemente en la benevolencia y en el amor a Dios y a los hombres. Esta es la caridad que todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo perdona (1 Cor., 13-7), que prepara para los mayores sacrificios, que está siempre dispuesta a renunciar, a ayudar, a perdonar. Esta caridad es la que afirma las familias y asegura la paz conyugal. Prepara el pensamiento y dispone para los avances de la justicia social, que si siempre han tenido va-

lidez, hoy oprimen con angustiosa urgencia. Las comunidades y los Estados pueden parecer haber afirmado los fundamentos del mundo; si no les han puesto como cimientos la fe en Dios y no dirigen la tarea hombres de profundo amor a Dios, les amenaza con interina necesidad la ruina (87). Es necesario aquel irresistible flúido de amor del que la Humanidad llena de dudas, incierta, errante y atormentada de hoy tiene tanta necesidad (101).

CAPITULO VII

La caridad en la Iglesia

En el seno de la familia humana y de la Iglesia, las falanges de la caridad son fuerzas vivas: vivas porque son fecundas e irresistibles como el amor que las inspira y como la Iglesia que las agrupa, la cual puede ser llamada, en el más alto y más amplio significado, la Iglesia de la caridad.

Realmente, ¿a qué sereno observador de su pasado y de su presente podría escapar este su carácter distintivo, siendo ella misma un fruto de aquel amor que es principio de la creación y de la redención como es el término de todo espíritu creado en la eterna y dichosa comunicación de sí mismo?

Siempre fué motivo de asombro para el estudioso de la historia de la Iglesia, y para el creyente, confirmación de su origen divino, el hecho de la prontitud de la caridad cristiana para ofrecer en todo tiempo hombres y obras que suavizaran todas las miserias, y la maravilla crece cuando se considera que quienes dieron orientación al interno espíritu de la caridad fueron de ordinario almas sencillas y humildes que, a su vez, encontraron en seguida y siempre numerosos y fieles colaboradores. También hoy no existe región católica donde no brille algún nombre que por sí sólo no suponga una epopeya de caridad cristiana. Pero ¿quién puede recorrer el camino de la caridad iniciado por los mismos apóstoles en los comienzos de la Iglesia con las colectas que ellos promovieron en los ágapes fraternales donde se sentaban juntos el patricio y el esclavo, y con la institución de diáconos que estuvieran al frente del amoroso cuidado de los huérfanos y de las viudas? Sin duda a este lirismo de la caridad desconocido para el mundo hasta entonces, y que hacía exclamar a los paganos "¡mirad cómo se aman!", se debe principalmente el rápido propagarse del ideario cristiano. Toda la historia de la Iglesia está enhebrada por un hilo de oro que le anuda a aquel Corazón amoroso del cual brotó.

Caridad siempre espontánea, como espontánea irrumpe la primavera al renacer el calor del sol—Cristo es el sol de su Iglesia—, como espontáneo es todo aquello que es connatural. Y ¿no es Cristo la fuente vital?, siempre dispuesta, como si una especial moción del Espíritu Santo hiciera aguda la mirada del cristianismo para descubrir la miseria en cualquier parte donde se esconda, e intranquilo corazón hasta que a cada clase de desgracia no correspondiera una obra y un grupo de hermanos dispuesto a remediarla.

Así nació y se agrandó después la corriente benéfica de la caridad, dando vida a aquellas instituciones que ahora son orgullo de toda la civilización, cuyos nombres son, por ejemplo: hospitales, orfanatos, órdenes para el rescate de cautivos, salvaguardas para los peregrinos, casas para las mujeres en

peligro, asociaciones para visitar y consolar a los encarcelados, y en tiempos más recientes, leproserías, institutos para asistencia de ancianos pobres, de ciegos, sordomudos, de emigrantes, de hijos de encarcelados, de mutilados, todos los cuales, juntamente con los nombres de sus fundadores y asociados, se cuentan entre las más preciosas joyas que adornan el cuerpo místico de Cristo (143).

Si los grandes hombres son la medida de los pueblos y las instituciones, los grandes de la caridad que han surgido en la Iglesia, como Santa Melania, San Basilio el Grande, San Francisco de Asís, San Vicente de Paul, San Juan de Dios..., como tantísimos otros a lo largo y a lo ancho de su historia, no encuentran parecido, ni de lejos, fuera de ella. La lista de sus héroes es excepcional, es única. El genio de la caridad brilla con fulgores divinos en la frente de la Iglesia. La historia de la caridad es inseparable de la Iglesia (251).

Vamos solamente a fijarnos en los testimonios de los Apóstoles que vivieron la caridad del mismo Cristo, y de ellos solamente en San Juan y San Pablo; en el testimonio de la primitiva sociedad cristiana, formada por los Apóstoles, y en el de los escritos de los Santos Padres, forjados en aquellas cristiandades, y de éstos solamente en San Agustín, el más destacado de la Iglesia occidental, y San Juan Crisóstomo, el principal de los Padres de Oriente.

CAPITULO VIII

La caridad en San Juan (257)

Juan, el discípulo predilecto de Jesús, el que mejor penetró sus sentimientos y percibió sus latidos, el que tuvo, por añadidura, a su lado muchos años a la mejor intérprete del espíritu de Cristo, María, no quiso hablar de otro tema que la caridad. El hijo del trueno se ha convertido en el hijo del amor, y, para defenderlo y proclamarlo, a menudo relampaguea sublimidades y lanza frases que son rayos.

Jesús habla de una vida común, de una savia común, de unos frutos comunes, de una comunicación de vida a los hombres y una participación en éstos de su vida, mediante la imagen de la vida (Io. 15,1-6). La misma doctrina la explica Pablo mediante la imagen del cuerpo, la cabeza y los miembros, Juan utiliza expresiones de inmersión, de inmanencia, de unión o comunión, como Jesús en la cena: "Yo en ellos, para que sean consumados en la unidad" (Io. 17, 26 y 23).

En su carta, Juan empieza con la palabra "comunión", expresando una comunicación y unidad de vida:

"Os anuncio la vida. Esta vida eternamente está en el Padre y se nos ha manifestado y la hemos visto. Os anuncio la vida para que tengáis comunión conmigo, y nuestra comunión es con el Padre y con su hijo Jesucristo" (1 Io. 1, 2-3).

¿Qué vida anuncia?

"Y éste es el mensaje que os anunciamos: Dios es la luz y no hay en El tiniebla alguna. Si dijéramos que tenemos comunión y caminamos en las tinieblas, mentimos" (1 Io. 1, 2-3).

¿Nos concretará más lo que es la luz y lo que son las tinieblas para que entendamos lo que es la vida?

"Sabemos que le hemos conocido si guardáremos sus mandamientos; quien no los guarda y dice que le ha conocido, miente" (1 Io. 1, 5-7).

Así, pues, ya se precisa más qué es la luz, y quién miente o acierta al pensar que está en la luz y conoce quien guarda sus mandamientos.

¿Cuáles y cuántos son sus mandamientos?

"Quien guardare su palabra, de verdad en ése la caridad de Dios está consumada" (1 Io. 2, 5).

Lo que antes expresó en plural, mandamientos, ahora lo expresa en singular, palabra. ¿Cuál es?

"Queridísimos míos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino un mandamiento ya antiguo, pues lo tenéis desde un principio: ese mandamiento es la palabra que oísteis. Y otra vez os lo escribo: quien dice estar en la luz y quiere mal a su hermano, está todavía en las tinieblas. El que ama a su hermano permanece en la luz y no hay escándalo. Mas quien quiere mal a su hermano, en las tinieblas está y en las tinieblas anda, y no sabe adónde va, porque las tinieblas cegaron sus ojos" (1 Io. 2, 7-11).

Una digresión para prevenirlos contra el mundo seductor y contra los que pervierten la doctrina de Cristo, y retorna a su tema de la caridad para pronunciar las expresiones más bellas y categóricas:

"Mirad qué tal amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos. Todo el que es nacido de Dios no obra el pecado, porque hay en él un germen de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo; todo el que no obra bien no es de Dios" (1 Io. III, 1,6,9 y 10.)

Y termina concretando el germen y el bien en el amor, y el pecado en el desamor:

"Y no es de Dios el que no ama a su hermano. Porque éste es el mensaje que oíste desde el principio: que nos amemos los unos a los otros; no como Caín, que era de los hijos del diablo y asesinó a su hermano. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos; quien no ama permanece en la muerte. En esto hemos conocido la caridad, en que El dió su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos" (1 Io. III, 10-16).

Pues si como El nos ha amado hemos de amar, y es ése el encargo de Cristo, quien no ya rehusa entregar la vida, sino algunos dones a su hermano, ése no es hijo de Dios:

"Pues quien, poseyere los bienes del mundo y viere a su hermano padecer necesidad y le cerrare sus puertas, desviárase de él, ¿cómo morará en él la caridad de Dios? Hijitos, no amemos de boca y de lengua, sino de obra y de verdad" (1 Io. III, 17-18).

Otra digresión para animar a la esperanza en Dios y vuelve:

"Este mandamiento, que creamos en su Hijo Jesucristo y nos amemos los unos a los otros según que nos dió mandamiento de ello" (1 Io. 3, 23).

Nuevo paréntesis para discernir el Espíritu de Jesús del de los falsos profetas y cómo con el espíritu de Dios se vence al mundo. Mas en el avance de su pluma avanza nuevamente, gloriósamente, su recomendación de la caridad:

"Queridísimos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y todo el que ama, de Dios es nacido y conoce a Dios" (1 Io. IV, 7).

Frase que resume densísimamente todos los párrafos escritos hasta ahora, para desembocar en una línea sublime, última, que siempre se estará meditando sin hacer fondo:

CAPITULO IX

La caridad en San Pablo (257)

"Quien no ama, no conoce a Dios, porque "Dios es amor" (1 Io. IV, 8).

"Estas tres palabras bastarían si se perdieran todas las Escrituras", exclamó San Agustín. "¿Qué más puede decirse?", comenta. "Si eso sólo se nos dijera en loor de la caridad en todas las páginas de esta epístola; si nada más, absolutamente, se nos dijera por todas las páginas de las Escrituras; si sólo eso oyéramos de la voz del Espíritu Santo, que "Dios es amor", nada más tendríamos que buscar. Que nadie diga: contra un hombre pecco cuando no amo a mi hermano. Ligera cosa es pecar contra un hombre: lo que importa es no pecar contra Dios. ¿Cómo que no pecas contra Dios cuando pecas contra el amor? ¿Dios es amor! ¿Acaso soy yo quien lo digo? Si yo dijera por mi cuenta: "Dios es amor", tal vez escandalizase a alguno de vosotros y dijera: ¿Qué es lo que dijo este hombre? Pues ahí tenéis, hermanos, las Escrituras de Dios. Canónica es esta carta; públicamente se lee por todas las naciones, por la autoridad del orbe de la tierra se conserva, y ello ha edificado el orbe de la tierra. Aquí oyes de boca del Espíritu de Dios: "Dios es amor! Ahora, si te atreves, obra contra Dios y no ames a tu hermano (Agustín in 1 Io.).

Ha dicho Juan que Dios es amor, y toca las pruebas:

"En esto se manifiesta el amor de Dios en nosotros: en que al Hijo suyo unigénito lo mandó al mundo para que vivamos por El. En esto está el amor, no en que nosotros amásemos a Dios, sino en que El nos amó y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados" (1 Io. IV, 9-10).

Y saca la perenne conclusión, la eterna enseñanza:

"Queridísimos míos, si Dios nos amó así a nosotros, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (1 Io. IV, 11).

A Dios le vemos y servimos en los hombres, y ése es el perfecto amor a Dios:

"A Dios nadie jamás le ha visto: si nos amáramos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a la perfección. Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos profesa. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él" (2 Io. IV, 12-16).

Ha vuelto a sus fórmulas de inmersión "estar en Dios", "estar Dios en nosotros". Pasa sobreabundante del amor a la esperanza plena:

"En esto ha legado a su colmo el amor para con nosotros: en que tengamos segura confianza en el día del juicio; porque como El es, tales somos también nosotros en el mundo" (1 Io. IV 17).

Seamos imitadores de Cristo, diría Pablo. Seguid las huellas del Cordero Inmaculado, diría Pedro (Eph. V, 1; 1 Pet. I, 19; II, 21).

Continúa Juan con la esperanza nacida del amor:

"Temor no lo hay en el amor, antes el perfecto amor lanza fuera el temor" (1 Io. IV, 18).

Insiste en su afirmación reciente:

"Si uno dijese amo a Dios y quiere mal a su hermano, es mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto, a Dios, a quien no ha visto, no le puede amar" (1 Io. IV, 20-21).

Y resume, recoge y concluye todo dicho, como Jesús en la regla de oro del sermón de la Montaña:

"Y este mandamiento tenemos de El: Que quien ame a Dios, ame también a su hermano" (1 Io. IV, 21).

Tratar de exponer la caridad en San Pablo sería empeño vano. Un capítulo resultaría corto y un libro seguiría siendo muy corto. Sus frases son tan categóricas y tan hondas, que siempre pueden sondearse más; su mentalidad de caridad es tan permanente, que guía casi todas sus páginas y se embebe en todas sus letras, y sus líneas las entrelaza, más o menos invisible, ese constante pensamiento.

Son primero los de Tesalónica. Pocas semanas pudo vivir con los tesalonicenses. Persecuciones, insidias, amenazas para todos los fieles, fuerzan a Pablo a marcharse. Mas de aquellas cortas semanas, Pablo se lleva y deja; se lleva un amor encendido a ellos y deja la caridad.

"En lo que toca a la caridad, no tenéis necesidad de que os escriba, puesto que el mismo Dios os enseña a amaros unos a otros. Sin embargo, os alentamos a que os aventajéis más y más" (1 Thes. IV, 9-10).

Y una y otra vez se la recomienda hasta el final. Tanta caridad bebieron de los labios de Pablo, que éste se gloriaba de cuánto se desvivían por los demás:

"Su pobreza, desde el fondo, se desbordó en riquezas de generosidad, porque, según su posibilidad, de su propia iniciativa, me rogaron con mucha insistencia les hiciera el favor de recoger dinero entre ellos para los hermanos pobres de Palestina, y dieron tanto cuanto no se podía esperar, pues no sólo dieron, sino sus mismas personas entregaban" (2 Cor. VIII, 2-5).

Y con deleite rememora su estancia en medio de ellos:

"Me hacía entre vosotros como madre que calienta a sus hijitos... Pero ahora, lejos, como huérfano de vosotros, huérfano con el cuerpo, no con el corazón, siento prisa de volver, impulsado de un deseo ardiente de veros de nuevo cara a cara. Pues ¿cuál es mi esperanza y gozo y corona? ¿Acaso no sois vosotros? Cuando he sabido que andáis bien, me he consolado, hermanos, en medio de mis tribulaciones, pues entonces vivo si vosotros os mantenéis" (1 Thes. II, 19, 11, 17).

Fueron después los corintios a quienes escribió. Con ellos había residido más tiempo y diversas veces pasó temporadas en su ciudad portuaria y rica.

La primera carta es una serie de resoluciones a sus problemas e instrucciones a base de la caridad. La segunda es un tira y afloja, una inquietud de su caridad, que ya se corre al rigor de una amenaza, ya se deshace en dulzura, ya increpa, ya llora, ya se le aprieta de congoja el corazón, ya se le ensancha de alegría cuando ve que tornan a ser buenos y acaban los malentendidos:

"No estáis estrechos dentro de mí, si no os estrecháis en vosotros mismos, que son estrechas vuestras entrañas. Mirad que os hablo como a hijos; dilataos también vosotros. Dadnos cabida en vuestro corazón. No os digo cosas para molestaros, que ya bien sabéis que estáis en mi corazón para juntos morir y juntos vivir. Estoy henchido de consuelo en medio de mis pesares, porque, en cuanto llegó Tito, me trajo buenas noticias vuestras. No quise ir antes a vosotros porque mi ida no os fuera objeto de tristeza, porque si yo os entristezco, ¿quién me alegrará a mí

sino el que recibe tristeza de mí?" (2 Cor. VII, 12; VII, 3-7).

Las instrucciones que les dicta son muy varias, mas en todas es la clave la caridad:

"La caridad os debía impulsar a ceder de vuestros derechos, pero incluso veo que cometéis injusticia; vergüenza que promováis pleitos, y eso entre hermanos" (1 Cor. VI, 5, 8).

"Si comer esta o aquella carne escandaliza a mi hermano, no comeré carne jamás" (1 Cor. VIII, 13).

"Todo lo que es lícito no siempre edifica; nadie busque su propio interés, sino el ajeno. Ora bebáis, ora comáis, buscad la gloria de Dios, como yo en todo complazco a todos, no buscando mi utilidad, sino la de los demás" (1 Cor. X, 23, 31-33). "Sed así, pues eso es imitar a Cristo" (1 Cor. XI, 1).

E insiste en el principio permanente de solución, sin acceder a la resolución de un caso de conciencia con un sí o un no, sino con un espíritu que se debe poseer:

"Siendo yo libre de todos, a todos me esclavicé para ganarlos: me hice, con los judíos, judío, para ganar a los judíos; con los que están bajo la ley, como si estuviera bajo la ley, para ganarlos; con los que están sin ley, como si estuviera sin ley; con los débiles me hice débil, para ganar a los débiles; me hice todo a todos, para de todos modos salvar a algunos" (1 Cor. IX, 19-22).

A propósito de una discordia, con formación de partidos religiosos y preferencias personales, sale a luz un retrato de su admirable caridad:

"Ultrajados, respondemos con bendiciones; perseguidos, aguantamos; difamados, rogamos; como basura del mundo, he venido a ser desperdicio de todos. No os escribo para sonrojarnos, sino como a hijos míos queridos" (1 Cor. IV, 11-14).

Disputaban sobre las excelencias de este o aquel carisma y la primacía de todos ellos. Rápido, estatuye este principio: somos un cuerpo, y en el cuerpo los miembros son diferentes, diverso su oficio; así, entre nosotros, a unos les asigna Dios un carisma; a otros, otro, como miembros diferentes de un mismo cuerpo:

"A cada cual se le da la manifestación del Espíritu para el provecho común. Y si padece un miembro, junto con él padecen todos los miembros, y gozan si goza" (1 Cor. XII, 7-26).

Más adelante, tras hablar de carismas excelentes, entona este himno, exaltando sobre todos la caridad:

"Pero sobre todos los carismas de profecías, de lenguas, de milagros, de gobierno y cualesquiera otros, os voy a enseñar un camino sobre toda ponderación: Si hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, mas no tuviese caridad, no soy sino un bronce resonante o una campana estruendosa. Y si poseyese la profecía y conociese todos los misterios y toda la ciencia y tuviese toda la fe, hasta trasladar montañas, mas no tuviese caridad, nada soy. Y si repartiese todas mis riquezas y si entregara mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviese caridad, ningún provecho saco.

La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene celos, no se pavonea, no se infla, no le falta tacto, no busca lo suyo, no se exaspera, no toma en cuenta el mal, no se goza de la injusticia, antes se goza de la verdad; todo lo disimula, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad jamás decae: se desvanecerán las profecías, las lenguas cesarán, la ciencia se extinguirá. Mientras vivimos subsisten la fe, la

CAPITULO X

La caridad en la Iglesia primitiva

esperanza y la caridad, mas la mayor de ellas es la caridad. Id tras la caridad" (1 Cor. XII, 31; XIII, 1-13).

Concluye sus cartas a los corintios:

"Tened un mismo sentir, conservad la paz, y el Dios de la caridad y la paz esté con vosotros" (2 Cor. XIII, 11).

Es la escrita a los gálatas síntesis de su futura gran carta a los romanos. Alarmado porque los gálatas empezaban a admitir el judaísmo, inculca que ha perecido el sistema antiguo y ha venido uno nuevo. El antiguo era la ley, pero la ley ha terminado con Cristo. Durante cinco capítulos se dedica a explicar que terminó el servicio de Dios por medio de la ley. El lector, ya cerca del final, se inquieta pensando: quitas la ley, pero ¿con qué la sustituyes?, y entonces exclama: cojo un elemento de la ley, el que la condensa toda y es su espíritu, su plenitud:

"Toda la ley se resume en este solo precepto: Amarás al prójimo como a ti mismo. Si os dejáis llevar del Espíritu, no estáis bajo la posesión de la ley. Llevad las cargas los unos de los otros, y así cumplís plenamente la ley de Cristo. La ley era el pedagogo; mas venido Cristo, ya no estamos sometidos al pedagogo. Todos sois hijos de Dios; ya no hay judío, ni gentil, ni esclavo ni libre, pues todos sois uno en Cristo Jesús" (Gal. V, 14-18; VI, 2; III, 23-28).
Prorrumpo:

"Parece mentira que con lo mucho que me queriais, pues os habríais sacado por mi los ojos, vengáis a distanciarnos porque os predico la verdad" (Gal. IV, 16).

Y se arranca hacia ellos y los arrulla:

"Hijitos míos, por quienes siento de nuevo dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros. Quisiera hallarme entre vosotros ahora y matizar las inflexiones de mi voz, pues no sé qué hacerme con vosotros" (Gal. IV, 19-20).

Su más famosa carta es a los romanos. Expone allí muy ampliamente el contenido de la escrita a los de Galacia. Primero, que ha terminado la ley, y cuando pasa a que se ofrezcan como víctima viviente, santa y agradable a Dios, explica en qué consiste lo bueno, lo agradable a Dios y lo perfecto (Rom. XII, 1-2): la caridad. Desde el capítulo XII hasta el fin, con ligeras interrupciones, es la clave de sus pensamientos, soluciones, exhortaciones, la caridad:

"Porque el que ama al otro ha cumplido la ley de Cristo. No sentir de sí más altamente de lo que conviene sentir, sino según Dios a cada uno repartió. Los miembros no tienen todos la misma función; somos un solo cuerpo en Cristo, miembros los unos de los otros: teniendo, pues, dones diferentes, guardemos la proporción de la fe. La caridad sin fingimientos, en el amor fraterno tiernamente cariñoso, dándonos mutuamente la ventaja. Bendecid a los que os persiguen, gozad con los que gozan, llorad con los que lloran. Tened los mismos sentimientos unos con otros, no de altivez, sino inclinándose por lo humilde. A nadie quedéis debiendo nada, sino el amor mutuo, porque quien ama cumple del todo la ley; porque aquello de no adulterarás, no codiciarás, no matarás y cualquier otro mandamiento, en esta palabra se recapitula: amarás al prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo: plenitud, pues, de la ley es la caridad" (Rom. XIII, 8; XII, 3-21; XIII, 8-10).

Y como hay que vivir así, exclama:

"No os zambulláis en la disolución, porque vuestra solicitud es más alta que

para quedarse en deseos naturales e indecorosos. Lo que es preciso llevar los fuertes las flaquezas de los débiles y no complacernos a nosotros mismos, puesto que Cristo no se complació a sí mismo" (Rom. XIII, 13-14).

El ama intensamente a los romanos:

"Testigo me es Dios cómo sin cesar hago memoria de vosotros continuamente. Ansío veros" (Rom. I, 9-11).

Y en un aparte que consagra a los judíos, su corazón se manifiesta como nunca. Le perseguían, le calumniaban, le odiaban, le buscaban para muerte, maldecían su predicación. El se expansiona con estos afectos:

"Grande es mi tristeza e incesante el dolor por ellos de mi corazón, pues desearía ser yo mismo anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos los judíos" (Rom. IX, 1-2).

Y volviendo de nuevo a expansionarse, confiesa a los romanos:

"Hermanos míos, la inclinación de mi corazón y mi oración a Dios es un favor de ellos" (Rom. X, 1).

Ya está en la cárcel de Roma, transcurrido desde la de Cesarea. Es entonces su misiva a los efesios:

"Andando en verdad por la caridad" (Eph. IV, 5).

Este es el hombre nuevo:

"Hacerse imitadores de Dios como hijos queridos y caminar en el amor, así como Cristo" (Eph. V, 1).

Por eso:

"Las mujeres sométanse a sus maridos, como la Iglesia amorosamente se sujeta a Cristo" (Eph. V, 22-24).

Por eso:

"Los maridos amen a sus esposas como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para hacerla limpia, perfecta y preciosa, santa e inmaculada con el baño de su sangre" (Eph. V, 25-27).

En la epístola hermana de la anterior, a los colosenses, les amonesta una serie de actos negativos que evitar y añade de actos buenos que practicar, para concluir así:

"Y sobre todas estas cosas revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, pues para eso fuisteis llamados a formar un solo cuerpo" (Col. III, 14-15).

Estaba en Filipo una de sus primeras cristiandades. El amor de Pablo por ellos es conmovedor:

"Hermanos míos queridos y entrañablemente deseados, gozo y corona mía" (Phil. IV, 1).

Los socorros que le enviaron a su cárcel de Roma fueron "fragancia de suavidad" (Phil. IV, 18). Y redacta una recomendación de la caridad en uno de los párrafos que merecen ser más celebrados:

"Si hay, pues, alguna consolación en Cristo, si algún solaz de caridad, si alguna comunión de espíritu, si algunas entrañas y ternuras de misericordia, colmad mi gozo, de suerte que sintáis una misma cosa, tengáis una misma caridad, seáis una sola alma, aspirante a una sola cosa, mirando cada uno no por sus propias ventajas, sino también por las de los otros. Tened en vosotros estos sentimientos, los mismos que son en Cristo Jesús, el cual, subsistiendo en la forma de Dios, no se agarró a ser igual que Dios, sino que se redujo a nada, tomando forma de esclavo, y se abatió a sí mismo hasta la muerte y muerte en cruz" (Phil. II, 1-8).

En el Nuevo Testamento hay un libro poco apreciado, y es el de los Hechos de los Apóstoles. Es un auténtico y jugoso reportaje, escrito por San Lucas, sobre la vida de los primeros cristianos. Y allí se lee: "Los creyentes vivían entre sí y nada tenían que no fuese común para todos ellos; vendían sus posesiones y demás bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno."

La ley de la caridad informaba toda la vida de la Iglesia primitiva. No había quedado en pura teoría; influía y caracterizaba la vida individual de los cristianos y creaba en el plano social el reino de la misericordia y desde el primer momento encarnó en dos instituciones características el ágape y las colectas, especialmente la de la Iglesia Madre.

Y sigue San Lucas: "Toda la multitud de fieles tenía un mismo corazón y una misma alma; ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. No había entre ellos ningún indigente, pues todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno" (Hech. Após. IV, 32-35).

En la primitiva comunidad cristiana se vivía íntimamente el desprendimiento de la fraternidad, pero la renuncia absoluta a los bienes propios ni era general ni podía serlo. El Señor había distinguido perfectamente la práctica obligatoria de los preceptos y la voluntaria de los consejos. A la pregunta de qué es necesario para salvarse, contestó: "Guarda los Mandamientos". Sólo si se quiere ser perfecto invita a desprenderse de todo. En realidad, tales donaciones heroicas no fueron muy numerosas ni bastaron para mantener la propia Iglesia de Jerusalén, en que abundan los necesitados, por lo que San Pablo se ve obligado a pedir a otras iglesias. Pero aunque no todos, y ni siquiera la mayoría, alcanzan estas cumbres heroicas, el espíritu de fraternidad reina entre ellos, y mientras los paganos los llaman "cristianos", ellos se llaman a sí mismos "santos" y "hermanos": santos, por relación a la gracia divina; hermanos, por el vínculo de caridad fraterna en que, de acuerdo con el gran mandamiento del Señor, se sienten unidos.

El nombre de hermanos no era usado por ellos como pura fórmula; respondía a lo más íntimo de la nueva fe. Toda la dogmática cristiana era a base del amor. Dios es caridad, y la vida divina es una vida comunitaria, fundada en el amor, que una eternamente a las tres personas divinas entre sí; la creación es obra del amor y, asimismo, es obra de amor la redención.

Cuando los Apóstoles se refieren a la caridad, lo que hacen abundantemente, hablan precisamente de "la caridad fraterna", como podemos leer en los Rom. XII; a los Tes. IV, 9; a los Heb. XIII, 1; en la I de San Pedro, I, 22; en la II de San Pedro, I, 7 (252).

Y con la caridad apareció en el mundo la misericordia. San Pablo caracterizó a los paganos diciendo que "no tenían caridad ni compasión" (Rom. I, 30). Siendo la compasión una flor de la caridad, era difícil su aparición en el jardín del egoísmo pagano. La compa-

sión, la misericordia, es también una creación de la Iglesia. Con ella y por ella se ha establecido el reino de la misericordia entre los hombres. El mundo pagano no se interesaba cordialmente por los pobres. Los más nobles entre sus escritores, como Demóstenes, Platón, Quintiliano, desaconsejaban el socorro a los pobres para no prolongar su vida miserable. El mismo Séneca, que a veces parece ya cristiano, consideraba la compasión como una enfermedad del alma, impropia del sabio. Pero Jesucristo proclamó: "Bienaventurados los pobres". Y la nueva sociedad cristiana recogió, cuidó y amó a los pobres, a las viudas y a los huérfanos. Desde el siglo III, terminadas las persecuciones, comienzan a levantarse así los primeros hospitales. La Roma del siglo III estaba distribuida en siete diaconías para el reparto de auxilios a los pobres en los diversos barrios de la ciudad. La diaconía compartía con el Obispo, los sacerdotes y los diáconos el cuidado de las enfermas pobres. En el siglo IV, San Basilio construía en Cesarea la mayor de las instituciones hospitalarias de la época, la Basiliada. En su época aparecen los primeros hospitales de leproso. Un siglo más tarde, toda iglesia importante tenía una casa de este género bajo la dirección del clero.

Ante el escándalo de los potentados de la época, la Iglesia hacía el milagro de convertir las grandes damas romanas, refinadas, orgullosas, de tan extremo sibaritismo, que aún hoy es difícil de comprender, en humildes y abnegadas servidoras de los pobres. Melania, que poseía una de las grandes fortunas de la historia, vende todos sus bienes y los entrega a la Iglesia, para los pobres, y ella misma se consagra a su servicio. Y con ella, Paula, Fabiola, Priscila... (252).

El espíritu de protección al desvalido, propio de los primeros tiempos heroicos, ha pervivido en la Iglesia a través de los siglos. Su historia es como una inmensa epopeya de amor y generosidad. ¡Qué florecimiento de obras e instituciones! ¡Qué lección de héroes en la abnegación, sacrificio!

CAPITULO XI

La caridad en S. Agustín (257)

Sólo con San Agustín se compondría un libro precioso sobre la caridad.

Es el mayor de todos los Santos Padres, lumbrera primera en el pensamiento cristiano.

Dos son los temas que más veces se recrean en sus labios: nuestra insuficiencia y dependencia de Dios para todo bien y el amor al prójimo.

Insistentemente, repite, la caridad es la señal del cristianismo.

"La caridad es la única que discrimina los hijos de Dios de los hijos del demonio: signense todos con la señal de la cruz de Cristo, respondan todos amén, canten todos el "alleluia", bautícense todos, entren en la iglesia, fabriquen basilicas; no se distinguen los hijos de Dios de los hijos del demonio sino por la caridad. Los que tienen la caridad han nacido de Dios; los que no la tienen no han nacido de Dios. Grande señal, distintivo grande. Ten cuanto quieras; no tengas esto; nada te aprovecha. No tengas los demás; ten esto; tienes cumplida la ley, porque el que ama al prójimo ha llenado la ley", dice San Pablo, y "plenitud de la ley es la caridad". Pienso que ésta es la margarita preciosa del Evangelio que un negociante

te inquirió y halló una sola, y vendido todo haber la compró. Esta es la piedra preciosa, la caridad, sin la cual cuanto tuvieses nada aprovecha; si a ella solo la tuvieses, tienes de sobra" (In 1 Io.).

Explicando al pueblo los salmos, insiste en su tema predilecto para explicar magistralmente y concluir que la caridad es la señal del cristiano y ninguna otra. Acaba de mencionar el texto de San Pablo: "Os nuestro un camino sobre todos."

"Si, pues, nada más supereminente en la Escritura Santa haber puede que la caridad, es evidente que los preceptos supremos de la escritura son los de la caridad... Todos los extraños al camino de la verdad, sean paganos, sean judíos, sean herejes o malos cristianos, pueden ostentar, la caridad no pueden: No hablaremos de dones exteriores, como el sol, creado para iluminar a los buenos y a los malos; ni de dones comunes, no sólo a buenos y malos, sino a bestias: ser, vivir, ver, sentir, oír y todos los oficios de los sentidos. Dones son de Dios, pero mirad con quienes y con cuántos son comunes, aun con aquellos a quienes no quisieras parecer. El ingenio agudo lo poseen también hombres pésimos; la destreza artística, aun los disolutos; las riquezas, también los ladrones, mujer e hijos; igualmente muchos perversos. Preciosos dones de Dios, nadie lo niega; pero considero a quienes son comunes. Atiende a los dones de la misma Iglesia. El don de los sacramentos, en el bautismo, en la Eucaristía, en los demás, ¿qué don no es? Y esto lo alcanzó Simón Mago. La profecía, que ¿qué don no es? y profetizó Saúl, rey malo y entonces profetizó cuando perseguía a David. Fijaos: no dije "después que hubo perseguido", sino "estando persiguiendo fué profeta". De éstos serán los que digan "en tu nombre profetizamos" y no se los responderá "mentis", sino "no os conozco, apartaos de mí los obradores de iniquidad", porque si tengo toda la profecía, mas no tengo la caridad, nada soy. Pues ¿quién obra la iniquidad sino quien carece de la caridad?, puesto que plenitud de la ley es la caridad. En todas las escrituras, el camino supereminente, el lugar supereminente, pertenece a la caridad. A ella no aspiran sino los buenos y con nosotros no la comparten los malos: pueden compartir la oración, pueden compartir estos muros y esta concurrencia; compartir la caridad con nosotros no pueden. El camino supereminente de la caridad se reserva sólo para aquellos que pertenecen con propiedad al reino de los cielos. Por tanto, el precepto de la caridad está sobre los cielos, sobre las Escrituras, porque a ella se subordinan los libros y sirve toda lengua de los santos y los movimientos de los administradores de Dios y los del alma y los del cuerpo. Supereminente camino es pues; nada encontrarás en los libros santos más eminentes que la caridad" (Enarr. in Psalm.).

Ha dicho que la caridad pertenece únicamente a los que en sentido propio son del reino de los cielos. Definirá, pues, en otras ocasiones a la Iglesia como la ciudad de los que profesan caridad:

"¿Cuál es la ciudad de Dios sino la Santa Iglesia? Hombres que se aman unos a otros y que aman a su Dios que habita en ellos componen la ciudad de Dios. Como toda ciudad se mantiene por la ley, sírvelas de ley la misma caridad, y Dios es la misma caridad, según claramente está escrito: "Dios es caridad." Quien, pues, está lleno de ca-

ridad, está lleno de Dios, y muchos llenos de caridad componen la ciudad de Dios" (Enarr. in Psalm.).

Repetirá en diversos sermones que el bautismo no aprovecha al hombre si no cambia de corazón por la caridad:

"He aquí que el hombre bautizado recibió el sacramento de nacer. Un sacramento tiene; un gran sacramento divino, santo, irrefable. Considera que es formar un hombre nuevo con el perdón de todos los pecados. Atienda el hombre al corazón, si en el término lo que en el cuerpo empezó vea si tiene la caridad, y entonces diga: "He nacido de Dios"; mas si no tiene caridad, tiene el carácter impreso, pero es un desertor. Tenga la caridad; de otro modo no se crea nacido de Dios. Replicará: "Pues recibí el sacramento." Oiga el apóstol: si conozco todos los sacramentos y poseo toda la fe, mas no tengo caridad, nada soy" (In 1 Io.).

La falta de caridad semeja al cristiano a los demonios:

"La ciencia (aun la de Dios) infla; la caridad aprovecha. Si confesáis la fe de Dios, pero no amáis, empezáis a pareceros a los demonios" (In 1 Io.).

Finalidad de toda la Escritura es la caridad; en cada una de las páginas no busquéis otra cosa:

"De estos dos preceptos pende toda la ley y los profetas. Cuanto saludable, pues, conciba la mente más fina que la caridad. Esta caridad abarca dos preceptos: amar a Dios y amar al prójimo. En las escrituras no escudriñéis otra cosa; nadie os imponga otra cosa; cuanto de oscuro hay en la Escritura, allí la caridad se oculta; cuando de diáfano, allí la caridad se muestra" (Enarr. in psalm.).

Entre las afirmaciones ponderativas y rotundas destaca la siguiente:

"No era menester que Jesús viniese al mundo sino por la caridad" (In 1 Io.).

Y comparándola incluso con el amor de Dios, en la práctica concede prioridad al amor de los hombres:

"Aquellos dos preceptos (amor de Dios y amor del prójimo) os deben ser conocidísimos, y no sólo tenerlos presentes cuando yo los menciono, pues nunca debieron borrarse de vuestros corazones. Pensad continuamente: hay que amar a Dios y al prójimo. Esto siempre pensar, esto meditar, esto retener, esto cumplir. El amor de Dios es antes en orden de precepto (in ordine praecipendi), pero el amor del prójimo es antes en orden de obra. Amando al prójimo limpias los ojos para ver a Dios" (Trac. in Io.).

Explica por qué la caridad es el mandamiento propio de Cristo.

"Este es mi mandamiento": ¿Acaso es éste su único mandamiento? ¿No hay otro mayor de que amemos a Dios?, o ¿dió mandamiento sólo de amar sin que se requiriese más? Sobre la fe, ¿cuántas cosas no se nos han mandado?, ¿cuántas de la esperanza?, ¿quién podría reunir las, quién numerarlas? Pero veamos: Plenitud de la ley es la caridad. Donde hay caridad, ¿qué es lo que puede faltar? Donde no hay caridad, ¿qué es lo que puede servir? El demonio cree y no ama; mas no hay quien ame y no crea. En vano, ciertamente, puede esperar perdón quien no ama; desesperar, no puede quien ama. Por tanto, donde caridad, allí fe y esperanza; donde amor del prójimo, allí necesariamente amor de Dios (Tract. in Io.).

Entusiasmase una y otra vez con la caridad, y exclama ante sus fieles:

"Fuerte cosa es el amor, hermanos,

fuerte cosa es amor. ¿Queréis ver cuán fuerte? Quien por necesidad no puede cumplir algo que gusta a Dios, ame al que lo cumple y en él lo cumple. Atended, queridos. Uno, por ejemplo, tiene esposa, a la cual no puede dejar, pues ha de obedecer al Apóstol: El esposo pague su deuda a la esposa. Fíjese en los que guardan virginidad como el Apóstol, ámelos, y en ellos hace lo que en sí no puede. Fuerte cosa es el amor. Esta es nuestra virtud, porque si fuera de ella estuviéramos, nada sirve cuanto hicéramos" (Enarr. in psalm.).

Con insistencia asegura que quien vive con caridad no puede condenarse:

"En quien hubiere obra de misericordia, aunque algo tuviese, quizá, que mereciese castigo, como con una ola de caridad el fuego del juicio se apaga. Pues ¿qué?, ¿cuando a tales perdona, es Dios injusto? De ninguna manera. En eso mismo es justo; mira si es justo, "con la medida que midiereis, con esa seréis medidos"; utiliza no una medida parecida, sino la misma. "Perdona y perdono"; en el perdón tiene una medida para darlo, encontrarás en mí esa medida para recibirlo; en tus bienes tienes una medida para distribuirlos, encontrarás en mí esa medida para recibirlos. Ejerciendo, pues, de este modo, misericordia, esperas seguro el juicio, no ya seguro de tu justicia, sino seguro de la misericordia de Dios, porque tú también ejerciste misericordia" (Enarr. in psalm.).

En todas las obras y virtudes puede haber descanso, aun en las obras de caridad, pero en el amor que está dentro nunca se puede cesar:

Así, pues, hermanos, esto decía, esto digo, esto, si pudiera, nunca callaría: obrad estas obras, obrad aquéllas, según los tiempos, los días, las horas. ¿Acaso siempre hablar? ¿Acaso siempre callar? ¿Acaso siempre comiendo? ¿Acaso siempre ayunando? ¿Siempre dando pan al mendigo? ¿Siempre visitando enfermos? ¿Siempre arreglando discordias? Unas veces unas cosas, y otras veces otras; unas empiezan y otras cesan. Mas aquella que a todas las manda, ni debe empezar ni cesar: la caridad, dentro, no sufre intermitencias, aunque sus servicios varíen según los casos" (In 1 Io.).

La idea de que todos formamos un cuerpo y que unos somos miembros de otros es predilecta en su ideario. Hablando del Cuerpo místico, pronunció un párrafo insuperable:

"Si uno ama al Padre, y al Hijo, miente si si no ama al Hijo; y si ama al Padre, miente si no ama los miembros del Hijo. No quiere besos la cara mientras le pisan el pie" (In 1 Io.).

La dulzura y paciencia de la caridad le ha inspirado esta comparación de tanta ternura:

"Donde hay caridad, resulta dulce aún el que exige; aunque sufra trabajo, el mismo trabajo lo anula o lo alivia la caridad. ¿No vemos que también en los animales exigen las crías con mucho afecto la leche de la madre? ¿Y aunque al mamar la empujen con fuerza las ubres, más a gusto está la madre que si no maman ni exigen? Con frecuencia vemos a los terneros ya grandes sacudir con ímpetu, casi levantar los cuerpos de las madres, y no les rechazan con las patas, sino al contrario, si el hijo falta a mamar, con mugidos les llaman a las ubres. Me hice pequeño, dice San Pablo, en medio de vosotros como madre que cría a sus hijos. Entonces os queremos, cuando nos exigís" (In 1 Io.).

Se ha hecho famosa, aunque no comprendida, aquella frase suya: "Dilige et

quod vis fac"; "ama y haz lo que quieras". Es la idea misma que San Pablo expresó en otra forma:

"La ley se ha hecho para el malo, porque el bueno no necesita de ley" (1 Tim. 1,9).

Muchos que nunca amaron no entendieron y protestaron como si dijese: con que guardes el primer mandamiento, puedes pecar en todos los demás. Los que aman saben que su sentido es éste; no le conmines ni cargues con mandatos al que tiene caridad, porque la caridad le urge más que todo a todo bien:

"Captan que es lo que encarecemos: que no se distinguen las acciones de los hombres, sino por la raíz de la caridad, puesto que muchas cosas cabe hacer que conservan la apariencia de bien y, sin embargo, no proceden de la raíz de la caridad. También las zarzas llevan flores. Otras cosas, en cambio, parecen ásperas, parecen truculentas; pero se obraron por corrección, por imperativo de la caridad. Así, pues, de una vez para siempre se te da un breve mandamiento: ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Que interiormente haya en ti esta raíz de la caridad, porque de tal raíz no puede salir sino bien. En esto está el amor" (In 1 Io.).

CAPITULO XII

La caridad en San Juan Crisóstomo (257)

Es San Juan Crisóstomo el principal de los Santos Padres de Oriente. Le apellidaron "boca de oro", por su maravillosa elocuencia. Pero más que su boca, fué de oro su corazón. Su libro cotidiano era San Pablo, el gran corazón que después de Cristo ha tenido el cristianismo.

Como San Agustín, también el Crisóstomo recalca: quien tiene la caridad lo tiene todo:

"Tengamos, pues, esta inclinación a la caridad y se seguirán todos los bienes; porque quien posee el alma benigna y misericordiosa, si adquiere dinero lo dará; si mira a algunos en calamidades, entra en llanto; si se encuentra con alguien oprimido injustamente, le patrocinará; si agraviado, le alargará su mano. Pues teniendo el tesoro de los bienes, que es un alma humana y misericordiosa, de ella todo bien derramase en favor de los hermanos y promuévase el gozo de los premios de Dios" (In ep. ad Rom.).

Y afirma más adelante:

"Esta es la caridad; si ella viene, todo la sigue" (In ep. ad Rom.).

Confirma en otra ocasión:

"Somos miembros unos de otros, y si se retira el amor, todo desaparece" (In ep. ad Rom.).

Para continuar desarrollando idea tan acariciada de San Agustín: "Plenitud de la ley es la caridad."

"Ama, pues, al hermano, porque si de amar reportas tanto bien que cumples toda la ley, le debes el amor, puesto que por él tantos beneficios proceden. Y no digo solamente "se cumple", sino "se resume, se recapitula" toda la ley de la caridad fraterna, es decir, toda la obra de los mandamientos, en cosa breve se halla, porque el amor es el principio y fin de las verdades; esta raíz tiene, esta materia, esta cima. Si es, pues, principio y plenitud, ¿qué se le puede comparar?" (In ep. ad Rom.).

También para el Crisóstomo la caridad define el cristianismo:

"Esta es la regla del perfecto cristianismo; su definición precisa su altura más elevada: buscar lo que aprovecha a todos. Nada tanto asemeja a Cristo como mirar por el prójimo. En otro caso, aunque ayunases, aunque en el suelo durmieses, aunque a ti mismo te destrozaras, como no te preocupes del prójimo, nada grande efectuaste sino muy lejos quedaste de la imagen de Cristo" (In 1 Cor.).

Es la señal del cristiano:

"Pablo llama a la caridad madre de todos los bienes, y la prefiere a todos los signos y a todos los carismas. Esta es la señal: es la más grande de todas. Ya pueden dar innúmeras demostraciones; como anden en discordias, harán el ridículo ante los incrédulos. Pero aunque no des alguna demostración, si unos a otros se aman, todos se inclinarán venerando y se darán por vencidos. Precisamente por eso admiramos a Pablo, no por los muertos que resucitó, no por los leprosos que limpió, sino porque decía: "¿Quién padece y no padezco?" Aunque añadías a ello mil demostraciones, no encontrarás nada igual" (In 1 Cor.).

Reciente estaba la era de los mártires y se les veneraba como nunca. No obstante, pospone el martirio a la caridad:

"No es pequeña esta obra, pues sin ella ni el mártir puede mucho agradar a Dios, como dice Pablo" (In 1 Cor.).

Declara sin ella inútil la virginidad:

"No dar a los pobres excluye del reino de los cielos; más aún: el no dar con abundancia excluye, aunque tuviese virginidad" (In 1 Cor.).

Sin ella, inútiles también la castidad y la penitencia:

"¿Qué se gana con ayuno y continencia cuando se quiebra la caridad?" (In 1 Cor.).

Como muchos Santos Padres, abunda en la idea de que formamos un solo cuerpo:

"Clávese una espina en la planta del pie y todo el cuerpo se siente y se preocupa: la espalda se encorva, el estómago se oprime y las manos, como criadas, extraen la astilla; la cabeza se inclina; los ojos, atentos, examinan. Aunque el pie tenga el puesto inferior, como atrajo hacia sí la cabeza, es igual a ella y goza del mismo honor: ¿Qué más vil que el pie? ¿Qué más precioso que la cabeza?, pues ésta fué hacia él y todos los miembros se conmovieron. A su vez, si los ojos padecen, todos los miembros penan y se paran; ni los pies andan, ni las manos trabajan, ni el estómago se alimenta como siempre. ¿Por qué los pies no andan? ¿Por qué las manos se paran? Porque a ellas están unidos y por modo incéfable todo el cuerpo padece.

Así nosotros no nos alegremos con el mal del prójimo ni envidiemos sus bienes; eso es de locos, y de locos furiosos. Quien se vacía los ojos da pruebas de locura y quien muere sus manos es que perdió la razón" (In 1 Cor.).

Vivir como en guerra con los prójimos no es cristianismo:

"Como enemigos sobre las armas, eso parecemos, nos guardamos unos de otros; andamos de centinela; susurramos al oído, y al acercarse alguno callamos y de conversación cambiamos. Por eso me lamento, porque viviendo entre hermanos necesitamos de alerta para no sufrir daño, y encendemos fuegos, y montamos guardia, y ponemos vigías. Ahí anda la mentira frecuente, el engaño, la caridad arrasada, una guerra sin cuartel. Por este motivo tropezarán muchos que se fían más de los paganos que de los cristianos. Llora de tantas amarguras. Los veo que están

unos en contra de ellos; los veo a dentelladas, despedazándose: unos, por dinero; otros, por ambición; otros, por rñada; ridiculizando y burlando, infligiéndose mil heridas, dejando el nombre de hermanos desnudo y vacío.

Como el diablo, nos alliamos contra los hermanos y los tomamos por jefe y volvemos los disparos contra el hermano. ¿Qué disparos? Los que salen de la boca y de la lengua" (In ep. ad Rom.).

La caridad no admite la indiferencia con el prójimo:

"No se te ocurra mentarme aquella expresión helada "¿qué se me da a mí?, no tengo que ver con él". Con sólo el demonio no tenemos que ver, pero con todos los hombres tenemos que ver con ellos y mucho; la misma naturaleza tienen que nosotros, la misma tierra habitan, un mismo Señor tienen, las mismas leyes, a los mismos bienes son invitados. Luego no digas que nada tenemos que ver con ellos; satánica es esa frase, diabólica esa maldad" (1 Estatuas).

"Aprende de la hormiga el trabajo, aprende de la abeja el esmero, la solitud, la caridad. No tanto trabaja para ella y se afanan, como por nosotros. Eso es propisismo del cristiano, no buscar su utilidad, sino la de los prójimos. Como la abeja revolotea por todos los prados para proporcionar a otros mesa y sustento, así obra tú también. ¡oh, hombre!, y si recoges dinero, gástalo en bien de los prójimos; si adquieres ciencia, no la sepultes, sino suminístrala a los indigentes; si posees cualquier otro don, sé útil a los que lo necesitan; La araña trabaja y teje finísimas telas, y con todo, es animal inmoble y su trabajo completamente inútil. A ella se parecen los que se afanan sólo para sí" (1 Estatuas).

El empeño por salvar al hombre no conoce desaliento:

"El que separa lo precioso de lo vil será como mi boca (Jeremias, 15,19): ¿puede haber cosa comparable de más honor y seguridad? ¿Qué excusa ni defensa para nosotros si después de tal promesa descuidamos la salvación de nuestros semejantes? Pero es que se lo dijiste una vez y no te hizo caso, pues díselo dos veces, tres veces... Cada día nos habla Dios y no le oímos, y no por eso cesa de hablarnos; imita tú también esta solitud con el prójimo. Para eso estamos juntos y habitamos en las ciudades y nos reunimos en las iglesias, para que mutuamente nos llevemos las cargas y nos corriamos mutuamente nuestros pecados" (Estatuas).

Si hubiese caridad, todo sería feliz:

"Amale como a ti mismo. Si esto se observase con empeño, no habría esclavo, no habría libre, ni príncipe ni súbdito, ni rico ni pobre, ni pequeño ni grande, no sería conocido el demonio; ni sólo el demonio sino, aunque hubiese otro tal o cien tales o millones, nada podrían estando la caridad. Esta es más fuerte que muralla, más resistente que diamante, y si supieras materia más firme, supéralo todo la firmeza de la caridad. No la vencen ni riquezas ni pobreza; más aún, ni había pobreza ni excesivas riquezas, sino aquello que nace de la mezcla de entrambas; de las riquezas tomaríamos la abundancia, y de la pobreza, la libertad de cuidados" (In 1 Cor.).

La caridad es activa y produce obras:

"Es la caridad no solas palabras y meros saludos, sino prestación de obras, a saber, consolar al pobre, asistir a los enfermos, librar de peligros, auxiliar a los que yacen en desgracia, llorar con

los que lloran, gozar con los que gozan" (In ep. ad Rom.).

Hasta qué punto debe subir el amor, lo significa esta línea:

"No tanto ama el esposo a la esposa cuanto debíamos amar nosotros a los hombres" (In 1 Cor.).

Particularmente quería intensamente a los miseros, y su amor le arrancaba párrafos maravillosos.

"Dios entrega a su Hijo con toda verdad; pero tú no das ni un trozo de pan al que fué entregado y muerto por ti. El Padre, por tu causa, no le perdonó a El, siendo como era su verdadero hijo, pero tú le desprecias viéndolo desfallecido de hambre, mientras gasta sin tino en tu provecho unos bienes que no son tuyos, sino suyos, ¿qué mayor baja puede haber? El que fué entregado por ti, muerto por ti, anduvo hambriento por ti, y mientras derrochas sus bienes en tu comodidad, a El no le das nada. Ni tuvo bastante con sufrir por ti la muerte y la cruz, sino que quiso ser pobre y peregrino, ser encarcelado y padecer la humana flaqueza, y todo para atraerte a su amor, como si te dijese: si no respondes a lo que por ti padeci, ten misericordia, al menos, de mi pobreza. Si no quieres compadecerte de mi pobreza, quizá te conmuevan mis dolores y mi cárcel; y si tampoco esto te trae pensamientos de misericordia, muévate lo poco que pido: No te pido sacrificios, sólo un poco de pan, un abrigo donde cobijarme, unas palabras de consuelo. Si continúa duro y empedernido, haláguete, al menos, la esperanza del reino de los cielos, muévante los premios que he ofrecido al misericordioso.

¿Es que nada de ello te habla al corazón? ¿No te mueve la compasión natural? ¿No te mueve la memoria de la desnudez que yo padeci por ti en la cruz? Pues si nada de esto te ablanda, piensa que soy yo mismo y no el pobre el que está desnudo y padece necesidad. Preso estuve por ti y ahora también lo estoy por ti; para que, conmovido, con lo de ahora o con lo de antes, tengas misericordia de mi. Estuve hambriento por ti y ahora también padezco necesidad por ti; tuve sed pendiente de la cruz y ahora estoy sediento en mis pobres sedientos.

Y todo esto por atraerte a ti con unas cosas u otras y hacerte misericordioso para tu salvación. A ti, que me estás obligado por tantos beneficios, sólo te pido que me correspondas en algo. No te exijo como deudor; te premio como generoso y liberal, dándote el cielo por tan poca cosa. No te digo "sácame de la pobreza" o "dame tus riquezas". ¡Y eso que por ti me hice pobre!; sólo te pido un trozo de pan, un abrigo, un poco de consuelo en mi necesidad. Si estoy preso en la cárcel, no te obligo a que me libres de la prisión; sólo pido que visites al que está preso por ti.

Con esto me daré por satisfecho, por esto sólo te recompensaré con el reino de los cielos. Aunque yo te libré a ti de terribles cadenas; pero a mí basta que me visites cuando estoy preso.

¿Y por qué te pido esto? ¿No es verdad que podría, aun sin estos méritos, coronarte? Sí, es verdad; pero quiero ser deudor tuyo, deberte el cielo de la justicia, para que tengas mayor confianza de alcanzarlo.

He aquí por qué pudiendo proporcionarme alimento ando mendigando y tiendo mi mano a tu puerta. Es que deseo que tú me socorras porque te amo indeciblemente. Por eso gusto de tu mesa, como es costumbre entre los que

se aman, y me glorío con tu hospitalidad, y después, delante de todo el orbe, alabaré tu nombre y me gozaré en decir a todos que yo fui socorrido por ti."

"Porque nosotros, cuando somos socorridos por alguien, nos avergonzamos y procuramos disimularlo; pero Cristo, de tal modo nos ama, que aunque nosotros callemos El divulga lo hecho entre grandes alabanzas y no se avergüenza de decir que tuvo hambre y le dimos de comer, que estuvo desnudo y le vestimos..." (In ep. ad Rom.).

La caridad alcanza extremos insospechados y sublimes que sólo el que la siente puede pensar; no dejes de procurarle bien a tu hermano, aun cuando te esté clavando un puñal.

"Al pobre no le examines la vida; esto no es discreto, por un pan escudriñarle toda la vida. Y no me digas: mató a un hombre. Aunque te fuese a matar a ti, ni siquiera en ese caso debieras despreciar al hambriento. Aunque te fuese a clavar un puñal y ya esté para meter su diestra en tu garganta, bésale la diestra, porque Cristo besó agudilla boca que le preparó la muerte" (In ep. ad Rom.).

CAPITULO XIII

Cualidades de la caridad

Veamos algunas cualidades de la caridad, según lo ha expresado Su Santidad en recientes discursos.

Según la palabra del Divino Maestro, la perfección de la vida cristiana consiste principalmente en la caridad para con Dios y el prójimo, caridad que ha de ser ferviente, celosa y activa (113).

La verdadera caridad exige amar a los hombres como los ha amado Cristo (219). Brevemente, que vuestra caridad sea juiciosa y ordenada. Y la caridad, como dice San Pablo (1 Cor. 13,4-7) es paciente, la caridad es benigna, la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha. No es descortés, no es interesada, no se irrita, no se piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.

Modestia y humildad

No se ambiciona el primer puesto, sino encanta cederlo a los demás; no goza en un alto cargo, sino lo inclina al servicio de otros; y cuanto más alto más lo emplea en servicio de los demás. Recordemos lo que dice San Mateo (Cap. 6,1-4): "Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para que os vean, de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos. Cuando hagáis, pues, limosna, no vayáis tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser alabados por los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea oculta y el Padre, que ve lo oculto, te premiará." En una sociedad que viva la caridad, los que ocupen puestos privilegiados no se gozan en sus buenas cualidades, sino en las que adornan a los demás, y usa sus méritos como pedafios para que suban los otros, medios para que los otros crezcan, útiles de trabajo en favor de cuantos pasan cerca. La caridad es humilde como aquel rey que se arrastraba a gatas para que le montaran sus pequeños, y sorprendido por un cortesano, le preguntó:

“¿Tiene usted hijo?” (Es decir: ¿Tiene usted amor?). —Sí, Majestad. —¡Pues entonces puedo seguir el juego” (157).

Realista y actual

Pero toda genuina caridad, según las repetidas enseñanzas del Espíritu Santo, no sabe permanecer inerte en las regiones de la pura contemplación, ni agotarse en estériles sentimientos; antes bien, suspira por descender a la acción concreta, conservando su divina característica, la universalidad, y ello hacia todos y con todos los medios. De este modo, el Apóstol de las gentes, a quien la excelsa compenetración con el espíritu de Cristo dictó el incomparable himno a la caridad (1 Cor. 13), pudo decir de sí mismo: “Me hice débil con los débiles...; me hice todo para todos, para hacer a todos salvos” (1 Cor. 9,22) (213).

La distribución de los católicos en la vida internacional es más importante y eficaz de lo que de ordinario se cree. Allí donde reinan el imperativo de los argumentos económicos, el rigor de las técnicas y un frío materialismo, es necesario introducir la luz y el calor de la caridad (213).

Pacífica

La caridad más excusa que acusa, y si algunas veces llega al enfado, lo hace cuando es sincera y verdadera, para arrancar las amargas raíces de la disensión, para alimentar la concordia y para curvar la dura cerviz al yugo de la obediencia (124).

Efectivamente, nada es tan a propósito para crear las indispensables premisas espirituales de la paz como el socorro dispensado con generosidad entre Estado y Estado, entre pueblos y pueblos, por encima de las fronteras nacionales, de tal manera que aplacados por todas partes los sentimientos de rivalidad y de venganza, frenadas las ansias de dominio, desterrada la idea de un privilegiado aislamiento, aprendan los pueblos por sus mismas desventuras a tolerarse y ayudarse, y sobre las ruinas de una civilización, olvidada de los preceptos evangélicos, se reconstruya la ciudad cristiana, donde el amor es la ley suprema (45).

Y ya a los niños debería enseñárseles el principio de la caridad; “ciertamente la escuela juega un papel indispensable en el logro de la paz para el mundo. Ya es tiempo de ensanchar perspectivas de la juventud y de abrir sus mentes a un soplo de catolicidad. Permitidles respirar el aire vigorizado de la caridad universal purificada por una fe que enseña en el plan de Dios que cada uno es hermano de su vecino y cada pueblo un miembro de la familia de naciones que forman una única comunidad destinada a un fin común y con obligaciones sociales solemnes que descanen en ellos (168).

Si en la titánica lucha entre los dos espíritus que se disputan el mundo, el odio es suficiente para congregarse en torno al espíritu del mal a hombres a quienes todo parecía que debería dividir entre sí, ¿qué no llegaría a realizar el amor, reuniendo en una liga tan amplia como el mundo a todos aquellos a quienes la altura de miras, la nobleza de sentimientos y la comunidad del padecer ha atado con vínculos mucho más fuertes y apretados que las diferencias y divergencias que podrían separarles? (60).

“Tomas como lema para el futuro las sublimes palabras de San Juan: Dios es amor” (1 Jo. 4, 16). Entonces ciertamente la obra de destrucción que dejaron tras sí los años pasados la mi-

seria y el empobrecimiento que crearon, la enemistad y el odio que acumularon, todo esto lo vencerán sólo los hombres que creen firme e indestructiblemente en la benevolencia y en el amor de Dios y que vivan ellos mismos llenos de este amor divino. Esta es la caridad que todo lo soporta, todo lo cree y todo lo espera, todo lo perdona (1 Cor. 13,7).

Però la caridad es pacífica, no pacifista, pues debe ser realista e inconformista, audaz y valiente.

Inconformista

Su Santidad, con motivo de los sucesos de Hungría del año 1955, publicó una encíclica (201): “Però las noticias llegadas últimamente han inundado nuestro espíritu en una profunda amargura, porque se ha sabido que en las ciudades y en los pueblos de Hungría ha vuelto a correr la sangre generosa de los ciudadanos que ansían desde lo más hondo de su corazón la justa libertad; que apenas constituidas de nuevo las instituciones patrias, han sido derribadas y destruidas; que se han violado los derechos humanos y que armas extranjeras han impuesto a este pueblo sangrante una nueva esclavitud. Ahora bien: el sentimiento de nuestro propio deber nos obliga a protestar enérgicamente, lamentando hechos tan dolorosos que provocan una triste amargura e indignación no sólo en el mundo católico, sino también en todos los pueblos libres. Tengan muy presente todos aquellos sobre los que recae la responsabilidad de dolorosos acontecimientos que la justa libertad de las naciones jamás puede ser sofocada con la sangre; Nos, que miramos a todos los pueblos con ánimo paternal, debemos afirmar solemnemente que cualquier violencia, cualquier injusto derramamiento de sangre, provenga de donde provenga, son siempre ilícitos. Y exhortamos a todos los pueblos y a todas las clases sociales a la paz que debe tener como fundamento la justicia y la libertad y que encuentra su alimento vital en la caridad. Las palabras que Dios dirigió a Caín conservarán todavía hoy todo su valor: La sangre de su hermano está clamando a mí desde la Tierra.”

Inconformista y valiente

También lo ha dicho Pío XII: “La caridad, para ser genuinamente verdadera, ha de tener en cuenta la justicia, ha de ser realista y no contentarse con disimular los desórdenes y la insuficiencia de un estado de cosas injusto” (136 B). No se aira, no se rebela, no recurre a acción directa, a atentado o crimen; pero no deja de obrar activamente para corregir la injusticia y mejorar el presente. La caridad hace al cristiano prudente, pero audaz cuando de realizar el bien se trata. La caridad se arriesga porque nada teme perder; presentará cara por defender a un inocente.

Activa

El cristiano ha de marchar siempre adelante, fija la vista en la luz de su ideal. Todos deberíamos aplicarnos las palabras incitantes de San Agustín (sermones 169, 15, 18; Migne., P. L., XXXVIII, 926). No os deis nunca por satisfechos de ser lo que sois si queréis llegar a ser lo que no sois todavía. Desde el momento en que os sintáis satisfechos de vosotros mismos, os inmovilizáis. Y si decís “esto me basta”, podéis daros por muertos. Es preciso crecer siempre, caminar siempre, siempre progresar. La sociedad cristiana no debe pararse, no debe estancarse en el camino del bien común. Debe avanzar re-

sultadamente hacia la encarnación progresiva de la fraternidad cristiana en las instituciones y en las costumbres (143).

Fecunda

Aquella acción a la cual hemos exhortado recientemente a los fieles para la salvación del mundo, para el triunfo de la justicia y de la paz, para superar la crisis áspera del tiempo presente, vosotros podéis dirigirla con éxito, precisamente ejerciendo la caridad, porque siempre es fecundo el amor verdadero y jamás faltará feliz resultado a sus trabajos. Puede suceder que otras obras a las cuales los católicos se dedican laudablemente no obtengan en algunas regiones los resultados que de ellas se esperan; pero cuando se hace en el campo de la caridad jamás se pierde; por el contrario, todo converge por caminos misteriosos a aquellos fines que supremamente llevamos en el corazón (143).

Segura

Però no hay duda de que el camino de la caridad, si se anda con constancia y alguna vez con heroísmo, no se deja aventajar por ningún otro en el llevar derechamente a la santidad. La caridad para con el prójimo, nacida de las virtudes teológicas y armonizada con las virtudes cardinales de la prudencia, de la justicia, de la templanza y de la fortaleza, puede oponerse con toda seguridad como fundamento de excelsa perfección (143).

Irresistible

Sabéis muy bien que vuestras conferencias nacieron con propósito apostólico. Ellas brillaron muy pronto entre las formas más eficaces de apostolado que hoy florecen en la Iglesia. Ni podía ser de otro modo, porque el apostolado es en sí mismo fruto de la caridad, del amor a Dios, que se quiere sea glorificado en cada alma; del amor al prójimo, al que ansía hacer partícipe del Sumo Bien; expresión de la caridad, el apostolado se realiza y se valora en la misma caridad.

Debe sentir aquella más alta piedad que sólo se satisfice dando Dios a las almas. Si amáis a los pobres con la misma caridad de Cristo, El pondrá en vuestros labios las palabras que iluminan, convence y convierten, y ninguno podrá resistir a la fuerza del amor. (143).

Alegre

La caridad debe ser alegre. Su Santidad, en exhortación a los párrocos y predicadores cuaresmales de Roma (189) les decía: Sabemos cuánto cuesta estar pronto para todas las necesidades (espirituales, a veces temporales, especialmente en momentos difíciles como el presente) y para todas las llamadas. A menudo, Nos mismo experimentamos gran pena al saber de cuántas fatigas están cargados muchos de vosotros, queridos hijos; però esta paterna comprensión no nos dispensa de ponerlos en guardia ante un peligro que podría dejarlos no sólo mal dispuestos, sino a veces hasta irritados; haceros menos atentos, menos corteses; en una palabra, menos caritativos. Es fácil imaginar con cuánto daño en las almas sucedería esto. Estas almas vienen a vosotros como padres, casi siempre con un afán en el corazón, con la duda en el alma. Y puesto que la caridad es paciente, es benigna (1 Cor. 13-14), puesto que “el amor no siente peso y no conoce fatiga” (Imit. de Cristo, 1, 3, c. 5, n. 4), puede realizar el milagro de hacer la sonrisa perenne en vuestros labios.

Y leemos en el Nuevo Testamento:

"Cada uno haga según se ha propuesto en su corazón, no de mala gana ni obligado, que Dios ama al que da con misericordia" (2 Cor. 9, 7). "Quien practica la misericordia, hágalo con alegría" (Rom. 12, 8).

CAPITULO XIV

Papel social de la caridad

Bajo el título general de papel social de la caridad se toca un tema central de la doctrina católica; toda la ley, en efecto, recuerda San Pablo, se reduce a este único precepto: "Amarás al prójimo como a ti mismo" (Gal. 5, 14). Ahora bien, si comúnmente el cristiano admite, aunque no siempre practique, que la caridad es, según la enseñanza de Cristo, la regla suprema de sus relaciones con Dios y su prójimo, no será acaso inútil decir una vez más a las generaciones presentes que la caridad debe ser también una norma esencial de la vida social (229).

Ya León XIII avalaba su magistral encíclica "Rerum Novarum" (222) con esta advertencia: "La tan deseada salvación debe esperarse sobre todo de una gran efusión de caridad, se entiende de caridad cristiana, que es el antidoto más seguro contra las pretensiones del siglo y del amor desordenado de sí mismo."

En un mundo a quien ahogan los factores económicos, al que dividen antagonismos nacionales o sociales, pero atormentado por un insaciable deseo de justicia, la caridad cristiana, desconocida, puede aparecer a los ojos de algunos una debilidad de la que hay que renegar, un ideal ruinoso o un ridículo consuelo. El marxismo, en particular, ¿no la rehúsa como inútil y aun nefasta para el cuerpo social en la medida en que compromete el advenimiento de una pretendida justicia que no debe instaurarse sino en la violencia?

Entre los católicos, unos, impulsados por las duras realidades de la existencia, han podido aquí o allí dejarse influir por estos puntos de vista engañosos y minimizar con ello el papel social de la caridad; otros, no viendo esta virtud sino bajo el ángulo restringido del sentimiento individual, del gesto generoso o de la iniciativa filantrópica, corren el riesgo de corromper la sal del mensaje cristiano. Los unos y los otros desconocen igualmente en la caridad la fuente de agua viva de la verdadera justicia social (229).

Es, pues, oportuno profundizar este aspecto de la doctrina cristiana. Será fácil, además, demostrar que sin amor no puede haber justa comprensión del prójimo, acercamiento duradero de las voluntades, profunda comunión de los corazones; es decir, que sin caridad se puede comprobar bien el orden aparente y engañoso de una colectividad o incluso reconocer el valor abstracto de sus instituciones jurídicas, pero, de la misma manera que un cuerpo sin alma, esta colectividad no podría ser una verdadera comunidad humana, y menos todavía cristiana (229).

La estima de la persona y el respeto de la vocación de cada cual sin discriminación de pueblo o de clase; el deseo de la justicia para todos, sin resentimientos contra nadie, y la entrega a la comunidad profesional o cívica; el espíritu de sacrificio y el sentido de la moderación entre aquellos que poseen, como en las exigencias de los menos favorecidos, todas estas actitudes morales, esenciales para el orden social, ¿po-

drían desarrollarse de manera permanente en este mundo herido por el pecado si la virtud cristiana de la caridad no las fecundase con su savia sobrenatural? Además de todo ello, esta misma virtud de fraternidad universal y de universal caridad es para la persona humana fuente de verdadera libertad, como gustaba de recordarlo el Soberano Pontífice: "Las almas creyentes en las que florece la caridad se liberan victoriosamente de la esclavitud de los bienes de la tierra y adquieren en relación a todo lo que el mundo puede dar o negar aquella independencia liberadora que es el signo de los hijos de Dios" (8).

Y Su Santidad, aun en lo más agudo de las hostilidades de la pasada guerra, no ha cesado de advertir que tras semejantes ruinas se habría de construir un orden económico y social más de acuerdo con la dignidad humana, siguiendo los postulados de la verdadera equidad y los principios cristianos de una estrecha fraternidad. Se proyecta una reorganización del mundo del trabajo, perspectivas de reformas de estructura de la propiedad y empresa, en las que la persona humana, con frecuencia, ha sido oprimida. Es necesario que todo converja y tienda a la liberación de la persona humana, Dios la ha colocado en el centro de la creación, constituyéndola tanto en economía como en política, como medida de todas las cosas, y a este propósito se le puede aplicar con gran oportunidad la palabra de San Pablo: "Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es divino" (26).

¿Cómo podrá curarse la humanidad, cómo podrá surgir de los errores y agitaciones de la turbia hora presente un orden nuevo, digno de tal nombre, si los límites entre el amigo y el enemigo, entre el sí y el no, entre la fe y la incredulidad quedan borrados y despedazados? (60). Por ejemplo, los pueblos de Africa se abren ahora con avidez a los progresos de la civilización. Que esta rápida marcha hacia adelante suscite incomprendiones, oposiciones, conflictos de susceptibilidad o de interés es un lamentable signo de debilidad humana y del egoísmo, sin cesar abierto en el corazón de los hombres de toda nación y de toda raza. Para disipar los malentendidos, prevenir los conflictos o apagarlos, no se ve más que una solución válida: la de la caridad heroica, universal y desinteresada (215).

Como ya dijimos al principio, no es éste el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevas metas y objetivos. Unos y otros, ya determinados en su esencia, porque han sido enseñados por Cristo, aclarados con la elaboración secular de la Iglesia y adaptados a las circunstancias inmediatas por los últimos Sumos Pontífices, esperan sólo una cosa: su realización concreta (165).

Volviendo la vista atrás, hacia la primera época de las discusiones sociales modernas. En su centro estaba la cuestión obrera: la miseria del proletariado y la misión de elevar esta clase de hombres, expuestos, sin defensa, a las alternativas de las coyunturas económicas, hasta hacerla una clase tan respetada como las demás, son derechos claramente definidos. Este problema está resuelto, al menos en lo esencial, y el mundo católico ha colaborado honrada y eficazmente en su resolución. Aun cuando en ciertos grupos de países se llegó tarde, a la hora undécima, al reconocimiento y ataque del problema, las directrices y consignas sociales que han dado los sucesores de San Pedro desde hace más de sesenta años se han con-

vertido, en conjunto, en bien común del pensar y obrar católicos (163).

Los problemas sociales, como todo movimiento en que intervienen fuerzas humanas más o menos regulables, tienen sus alternativas, en que no suelen faltar tampoco los oportunos remedios, cuando la fase no supera los límites ordinarios; pero hay momentos en que estas energías parece que se desencadenan, provocando crisis capaces de hacer fruncir el entrecejo a la frente más serena (202). Falta la conciencia de una norma reconocida por todos que sea moralmente obligatoria y, por lo tanto, inviolable, cuya aplicación a los problemas concretos de la paz detenga y paralice ese pulular de los intereses particulares y egoístas y de las ansias desordenadas de poder (70). Hay quien piensa si no estaremos ahora en uno de esos instantes cuando todo equilibrio amenaza ceder, todo freno comienza a parecer insuficiente y no se vislumbra más solución que el recurso a los principios eternos de fraternidad y justicia (202).

Y al adquirir conciencia de sus responsabilidades sociales, los católicos no dejen de escuchar la advertencia de San Juan: "No amemos de palabra y de boca, sino de obra y en verdad" (1 Io. 3, 18). Sólo a este precio, que a veces es costoso, merecerán llevar en la sociedad el testimonio de su pertenencia a la Iglesia de Cristo. "Es por el amor que os tengáis los unos a los otros por el que todos reconocerán que sois mis discípulos" (Io. 13, 35) (229).

CAPITULO XV

Obligatoriedad de la caridad

Son muchos los convencidos de la excelencia de la ley de la caridad, pero muy pocos los que la consideran obligatoria y constitutiva de un estricto deber, cuyo quebrantamiento es pecado. Por esta ignorancia u olvido, muchos dejan de practicarla. Y aun no pocos que se ejercitan en sus obras se envanece pensando que las realizan por pura buena voluntad, como de más a más, por mera devoción, creyéndose libres de hacerla u omitirla. Pocos son los que se confiesan de faltas contra la caridad, especialmente desde el punto de vista de los pecados de omisión en cuanto a lo benéfico y social (253).

Viene este error de que comúnmente se oponen la caridad y la justicia, estimando de justicia lo que da derecho a reclamarse ante los tribunales y que por ello crea un relativo deber jurídico de lo reclamado, mientras que la caridad no otorga ningún derecho legal y por ello no supone ningún deber jurídico en el que ofrece. Pero aun prescindiendo de la inclusión de los deberes de justicia en el ámbito de la caridad, esta ausencia de derecho legal sólo afecta a la justicia humana, no a la divina; sólo se refiere al derecho, no a la moral. El orden de la caridad pertenece a la moral y cae plenamente bajo la justicia divina. Jesucristo ha afirmado esta sanción de un modo terminante: a los que en vida no hayan vestido al desnudo, alimentado al hambriento..., les dirá: "Id, malditos, al fuego eterno" (Mat. 25, 31-46).

Porque todos somos cuerpo místico de Cristo, la ley de la caridad es fundamental y esencial en la vida cristiana, os obliga a ser los unos solícitos del bien de los otros, como la ley de la Naturaleza obliga a los miembros del mismo cuerpo físico a interesarse, a ayudarse, a servirse mutuamente (118). Se-

gún la palabra del Divino Maestro, la perfección de la vida cristiana consiste principalmente en la caridad para con Dios y el prójimo, caridad que ha de ser ferviente, celosa, activa (113).

La primacía de la ley del amor al prójimo es con frecuencia ignorada o preterida; por eso conviene destacar con trazo fuerte, como un revulsivo, esta su característica fundamental. Nunca se insistirá bastante en este punto. Por las dificultades de su cumplimiento, porque el egoísmo lleva inconscientemente a minimizarla con interpretaciones interesadas, a soslayarla o a eludir, conviene que conste claramente de modo que no se olvide nunca; no se trata de una ley cualquiera de importancia secundaria, sino de una ley fundamental, básica en nuestra conciencia cristiana.

La ley del amor al prójimo es inseparable de la del amor a Dios. Ambas forman una unidad indisoluble. Es falso y engañoso el amor de Dios que no sea al mismo tiempo amor al prójimo. Es un **mentira** (1 San Juan, 2, 9-10), dice San Juan. Sin amor sincero, práctico y efectivo al prójimo, no hay salvación. El egoísta que lo desprecia y lo abandona en sus quebrantos no entrará en el reino de Dios. Sin caridad nada le vale, dice San Pablo (Cor. XIII, 1-3). "Toda la ley se encierra en este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Gál. V, 14).

La ley del amor al prójimo es la primera, fundamental, institucional de la Iglesia. Es el "quicio y el fundamento del reino de Cristo" (4). Ningún precepto, en verdad, ha predicado El tanto como el mandamiento del amor; consiguientemente encontramos pocas actitudes tan repudiadas por El como la frialdad o, lo que es peor todavía, el odio hacia los semejantes. El ha hecho del amor su mandamiento, presentándolo como el resumen de todos sus preceptos y proclamando que, con relación a él, será, al final, juzgado todo el mundo (191).

La ley cristiana de la caridad alcanza la altura suprema del orden moral por sus motivaciones y por su medida; como dice Bourdaloue, debemos amar al prójimo en Dios, por Dios y como Dios (253).

En Dios. Todos los hombres somos obra suya, imágenes suyas, redimidos con su sangre y destinados al reino eterno. Todos los hombres somos sus hijos y, por tanto, hermanos entre nosotros. Nos creó por amor y nos destina al amor. En el amor a Dios está necesariamente incluido el amor al hombre.

Por Dios. Debemos amar al prójimo por Dios; es decir, para obedecer a Dios, que lo manda; para agradecerle y complacerle, puesto que es lo que más desea y nos recomienda más expresamente; para demostrar a Dios nuestra fidelidad, nuestra gratitud.

Como Dios. Como El le ama: "Sed perfectos como nuestro Padre celestial lo es" (Luc. 6, 36). Pero lo primero en que debemos buscar la perfección es en la caridad: "Amaos como yo os he amado" (Jo. 15, 12).

Sólo hay una cosa que la caridad no puede obligarnos a entregar al prójimo: la propia salvación. De todo lo demás: riquezas, honores, la salud, la vida..., la caridad puede, en determinados momentos, exigirnos el sacrificio (253).

Muchos invocan que la ayuda al necesitado es deber del Estado, del Gobierno; desde luego, éste debe colaborar por su parte.

No es éste momento de pasar revista a todas las responsabilidades, algunas graves, gravísimas, como lo que se refiere a la justa distribución de la ri-

queza, de bienes superfluos que existen y que hasta cierto punto el Gobierno debe determinar con precisión para encauzarlos energicamente y hacerlos confluir hacia aquella parte de la nación menos favorecida y que posee el sacrosanto derecho de gozar de ello. El Estado tiene sus responsabilidades, lo mismo que las comunidades de naciones, que deben enfrentarse con los problemas gigantescos, que sólo en su esfera puedan ser resueltos (247).

Pero no nos engañemos. El gritar siempre contra el Estado es un modo típico de esquivar las propias responsabilidades.

Hay una revolución que el Estado no podrá realizar jamás: la revolución individual.

Cada uno debe hacer su revolución. En nuestros días, desgraciadamente, está difundida una grave enfermedad: la de exigir siempre las reformas a los demás, mientras la reforma verdaderamente profunda y duradera es la que comienza en nosotros mismos. Esta es la reforma más urgente, la más real, aquella en la cual se habrá de rendir cuenta ante el Juez Divino (247).

Debemos comenzar en nosotros. Comenzár desde adentro. La tremenda página del Juicio Universal fué escrita para nosotros los individuos y no para los Gobiernos.

Pío XII nos dice:

"La doctrina social es una norma que el Señor confía hoy a todos los católicos, eclesiásticos y seglares, y que nadie puede meter bajo tierra sin merecerse el severo castigo al siervo malo y perezoso de la parábola evangélica" (57).

La doctrina de la Iglesia es terminante: es sabido las múltiples y esenciales relaciones que atan y subordinan al orden social con las cuestiones religiosas y morales. De ello se sigue que, especialmente en tiempo de trastornos económicos y de agitaciones sociales, la Iglesia tenga el derecho y el deber de exponer claramente la doctrina católica en cuestión tan importante. También en nuestros días lo ha hecho. Pero si esta doctrina está definitiva y únicamente determinada en sus puntos fundamentales, sin embargo goza de amplitud suficiente para poderse adaptar y aplicar a las vicisitudes mudables de los tiempos, con tal que se haga sin detrimento de sus principios inmutables y permanentes. Esta doctrina es clara en todos sus aspectos. Es obligatoria. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para la fe y el orden moral. No es lícito para ningún católico prestar adhesión a teorías y sistemas sociales que la Iglesia ha repudiado. La Iglesia ha sostenido y sostiene siempre a los que tienen solamente el trabajo para procurar a sí mismos y a su familia el pan de cada día. Ha tomado y toma siempre la defensa de sus justos derechos y de sus razonables peticiones. Y se ha llegado a sospechar erróneamente de la Iglesia, algunas veces entre las filas de los católicos, que con su doctrina social haya favorecido abiertamente el camino a los sistemas subversivos. Si quienes así piensan y hablan no han querido inclinarse ante la autoridad de la Iglesia, ahora no tienen más que hacerlo ante la evidente realidad (22).

Los principios de la Iglesia, aun los de la cuestión obrera, no son de hoy. Los ha formulado y enseñado hace mucho tiempo con toda precisión y sin equivocación posible. Si no admite exigencias unilaterales o exageradas es no solamente porque el orden moral exige el bien común, es decir, una manera

de vida digna, segura y pacífica para todas las clases sociales se mantenga como norma constante, sino también porque las medidas y los programas prácticamente inaplicables y socialmente perjudiciales, si es verdad que pueden ser buenos para fines propagandísticos, no ayudan nada a los intereses verdaderos y duraderos de los mismos trabajadores (22).

CAPITULO XVI

Comunicación cristiana de bienes

Sobre la base de la fraternidad debe edificarse la sociedad, y no sobre vanos e ineficaces sistemas. Ello exige que desaparezcan las desproporciones estridentes e irritantes en el tenor de la vida de los diversos grupos de un pueblo.

La solidaridad de los hombres entre sí exige no sólo en nombre del sentimiento fraterno, sino de la misma conveniencia recíproca que se utilicen todas las posibilidades para conservar los puestos de trabajo existentes y para crear otros nuevos. Aunque la actuación más perfecta de la solidaridad internacional difícilmente puede conseguirse la igualdad absoluta de los pueblos, sin embargo, urge practicarla, al menos, de modo que modifique sensiblemente la actual condición, que está bien lejos de presentar una proporción armónica. En otros términos, la solidaridad de los pueblos exige que cesen las enormes desproporciones en el tenor de la vida, y con esto, en las inversiones y en la productividad del trabajo humano (166).

La prosperidad de las naciones no puede ser sólida y segura si esta suerte no es común para todos (48). Los bienes creados por Dios para todos los hombres deben llegar igualmente a todos, según los principios de la justicia y la caridad (173). Ni la lucha de clases, sino la sincera y efectiva colaboración de todos, ni el egoísmo de unos pocos o el odio de muchos; ni la estridente desigualdad en la posesión de los bienes, sino la virtud de la justicia y la caridad ordenadas por Dios y predicadas por la Iglesia acelerarán la restauración cristiana de la sociedad y el advenimiento de aquella deseada paz de los espíritus que es premisa y culminación de progreso y bienestar, de trabajo y civilización entre los ciudadanos y de la paz entre los pueblos (45-171).

Cada uno por separado, puede dar acaso poco, pero entre muchos, y cuando todo se junta, el poco resulta mucho, como grande es el mar que se hace pequeñas gotas de agua, aunque cada gota sea en realidad bien pequeña (168).

Cualquiera que pueda ser el porvenir del mundo, siempre será necesario que un grupo mayor o menor de apóstoles imprima o mantenga en la vida social el sello del Reino de Cristo, actuando los valores que aprecian sumamente todos los hombres maduros y conscientes, como son la justicia, la libertad y la paz con la colaboración positiva de las clases. En esta comunicación de bienes sobrenaturales y humanos consiste el derecho y el deber de expansión de la sociedad cristiana (192).

Recordemos que en esta edad calamitosa en que la aflicción, el infortunio, la pobreza y las lágrimas de muchos contrastan tan agriamente con los gastos inmoderados de otros, se debe vivir moderadamente y ser liberales con los prójimos a quienes la pobreza oprime.

Hay que aventajar a los demás con el ejemplo en esta urgente obra de perfección, justicia y caridad cristiana (117).

El 15 de agosto de 1956, los reverendísimos Metropolitanos de nuestro país publicaron una pastoral colectiva, en la que insistían sobre la obligación de urgir a los católicos españoles al cumplimiento de los deberes sociales. Está claro, por lo tanto, que hay unos deberes sociales que cumplir y que éstos no tienen el mismo arraigo en la conciencia católica española que otros deberes de orden religioso o moral. Recogiendo las últimas palabras de la pastoral se puede afirmar que estas obligaciones sociales se resumen en la obligación de la Comunicación Cristiana de Bienes.

La Comunicación Cristiana de Bienes (concepto de San Pablo, utilizado por León XIII en la "Rerum Novarum") es inseparable de la idea de caridad, o sea del amor al prójimo.

La cuestión que inmediatamente se plantea es la de saber la naturaleza de esa comunicación Cristiana de Bienes, su contenido, sus grados, la obligación que representa, etc. Las tres preguntas fundamentales son: ¿Por qué hay que comunicar?, ¿cuánto hay que comunicar?, ¿qué se consigue comunicando los bienes?

Para contestar a estas interrogantes, la Comisión de Estudios de Cáritas Nacional Española acudió al Nuevo Testamento como fuente de verdad eterna y extrajo una sistemática recopilación de los textos que al tema se referían, publicándolos en un libro con el título de "Comunicación Cristiana de Bienes" (248). Allí mismo resumen unas conclusiones que brotan de la lectura ordenada de los textos del Nuevo Testamento. Estas conclusiones son:

—Que la propiedad privada es lícita y renunciable.

—Que las riquezas son peligrosas y constituyen una rémora para la salvación.

—Que el rico es el administrador de unos bienes cuyo verdadero propietario es Dios.

—Que el cristiano ha de comunicar sus bienes con el prójimo.

—Que estos bienes pueden ser de orden sobrenatural o de orden natural (morales y materiales).

—Que si el rico es un administrador, no toda la propiedad es suya.

—Que se ha de comunicar según las facultades de cada uno.

—Que no se está obligado a dar de lo estrictamente necesario.

—Que en la necesidad extrema todos los bienes son comunes.

—Que la cantidad que se ha de dar de lo sobrante está en función, por una parte, de las necesidades extremas, graves y ordinarias del prójimo, y por otra parte, de las facultades del que está obligado a dar.

—Que Nuestro Señor aceptó el diezmo sin entrar en su contenido, ya que el cuánto del mismo ha de fijarse históricamente y ha de representar el equilibrio entre los bienes sobrantes y las necesidades que han de ser cubiertas.

—Que en las necesidades extremas y graves, la obligación de comunicar es grave bajo pecado, y la cantidad que ha de comunicarse puede alcanzar a todo lo sobrante.

—Que las necesidades extremas y graves son las siguientes:

—los víveres ("Tuve hambre y no me disteis de comer");

—el vestido ("Estaba desnudo y no me vestisteis");

—la vivienda ("Fui peregrino y no me alojasteis");

—la asistencia médica ("Estuve enfermo y no me visitasteis");

—la asistencia a los agobiados y cautivos de toda índole, a saber: la religión, la educación, la asistencia moral... ("Fui cautivo y no me visitasteis").

—Que las necesidades ordinarias están incluidas en este mismo esquema (por ejemplo, un cierto esparcimiento y ahorro van insertos en el "visitar al cautivo").

—Que la obligación individual corresponderá a la parte alícuota de que deba darse en conjunto, de manera que con bienes sobrantes queden remediadas todas las necesidades.

—Que como sobrantes se ha de entender el lujo y el ahorro.

—Que el cumplimiento meritorio es dar más que la parte alícuota exigida ("Si tienes dos capas, da una al que no tiene").

—Que el cumplimiento perfecto es entregar todo, lo cual puede ser tanto lo necesario (la viuda del gazofilacio) como lo necesario y lo superfluo ("Si quieres ser perfecto").

—Que cuando en una sociedad se infringen las obligaciones de la comunicación cristiana de bienes se producen males muy graves.

—Que estos males son graves en grado máximo cuando se infringe la justicia estricta ("El jornal que habéis defraudado clama y los gritos de los segadores han llegado al Señor de los ejércitos").

—Que en el orden individual la infracción grave tiene la sanción de pena eterna.

—Que esta infracción produce, además, escándalo moral ("Ni entráis en el cielo ni los dejáis entrar").

—Que si por ciertas razones no hubiese responsabilidad individual y si responsabilidad colectiva, ésta había de pagarse con males atroces ya en este mundo.

—Que aquel que satisfaga su obligación de comunicación cristiana de bienes tiene los siguientes premios:

—la abundancia de los mismos bienes que ha comunicado ("Una medida buena, apretada, colmada, rebosante...");

—la suma de bienes de todo orden será el ciento por uno en esta vida;

—la paz social como uno de los mayores bienes que pueden obtenerse en este mundo para uno mismo y para sus hijos.

Y después, la vida eterna

—Que los premios y castigos son ciertos por muy alejados de la realidad que parezcan en algunas ocasiones, porque para Dios nada es imposible. En el orden de los bienes naturales así lo demuestra con la multiplicación de los panes y peces.

—Que la palabra de Dios no pasará.

CAPITULO XVII

Riqueza y bienes superfluos

De lo antedicho, extractado del Nuevo Testamento, tres postulados sobresalen sobre todo:

1.º Dios es el dueño único de todo.

2.º Por la generosidad de Dios, también nosotros podemos ser dueños, pero sólo siguiendo las normas impuestas por El.

3.º Los bienes, o sea la riqueza, tienen dos aspectos, social e individual; social, o sea los bienes, sirven, en primer lugar, para la vida de todos y no para los gastos superfluos personales. San Mateo (6, 26) nos confirma esta providencia del Padre: para cada hombre que

nace, el Padre celestial ha preparado casa, alimento y vestido, y los poseería si... ¡no se ocupasen de robarse! (247). Individual, o sea la propiedad privada, que sirve para el perfeccionamiento del individuo y que éste puede utilizar con toda libertad siempre que sea con fines honestos y rectos.

Sobre el aspecto social de la riqueza, el principal, hay numerosos escritos en los Santos Padres y en los Papas. Bastará con los dos siguientes:

San Pedro Damiano (256) dejó escrito:

"Los ricos tienen más obligación de ser más benefactores que poseedores y no deben creerse propietarios de lo que poseen, ya que los bienes temporales no les fueron otorgados con el fin de derrocharlos en placeres o destinarlos íntegramente al propio uso, sino para cumplir obras de administradores mientras permanezcan tales bienes, como dice la parábola, en la heredad a ellos confiada. De modo que aquellos que hacen limosnas dan a los pobres bienes que a éstos pertenecen. Aquellos que, por el contrario, se rehusan a socorrer a los menesterosos, en el terrible interrogatorio del juicio final serán acusados no tanto de avaricia como de rapacidad... Cuando ayudamos a los indigentes realizamos obra de misericordia y de verdad a la vez. Misericordia, porque compadecemos piadosamente a los pobres; verdad, o sea justicia, porque les damos bienes que a ellos pertenecen y no a nosotros" (Opúsculo IX, Migne, PL, v. 145, c. 207).

Y León XIII expuso en la "Rerum Novarum" (222):

"El fundamento de tal doctrina está en el hecho de querer distinguir en la riqueza la posesión legítima del uso legítimo. Natural derecho del hombre es, como vimos, la privada propiedad de los bienes, y en la vida de relación especialmente, el ejercicio de tal derecho no sólo es lícito, sino absolutamente necesario. "Es lícito—dice Santo Tomás—, y más que lícito necesario, que el hombre goce de la propiedad de los bienes". Pero a la pregunta de cuál debe ser el uso de tales bienes, por labios del Santo Doctor de la Iglesia no vacila en responder que "a este respecto el hombre no debe considerar propios, sino "comunes", los bienes externos, para poder fácilmente cederlos en caso de necesidades ajenas. Por lo cual el Apóstol dice: "Ordena a los ricos de este siglo dar y ceder fácilmente lo propio."

"Sin embargo, no se tiene el deber de dar de lo que es necesario para sí y los suyos, ni tampoco de lo que es necesario para mantener la decencia y decoro del propio estado, "ya que nadie debe vivir indecentemente". Pero luego de haber destinado lo necesario para la propia decencia y propias necesidades, es deber socorrer a los demás con los bienes sobrantes, los bienes superfluos.

Así, pues, en lo referente a la propiedad de la riqueza, lo tuyo es tuyo y lo mío es mío; pero en lo referente al uso, la doctrina de la Iglesia es muy clara y taxativa. Después de proveer a las propias necesidades, a las de la familia y al decoro propio del estado, lo que sobra ya no es propiedad en cuanto al uso, sino que pertenece a todo aquel que lo necesite.

San Lucas recuerda (XI, 41): "Sobre todo, dad de lo que os sobre." El precepto es terminante, y ningún cristiano puede eludirlo. Pero ¿qué se entiende por lo sobrante, por "bienes superfluos"?

Los moralistas dividen los bienes materiales en dos clases: bienes necesari-

rios, para la existencia personal y de los propios familiares (mujeres, hijos, etcétera), y bienes del estado, o sea aquellos bienes sin los cuales ni él ni su familia podrían llevar decentemente una vida que corresponde a su estado. Y llámase "bienes superfluos" a los que no son necesarios para la propia subsistencia personal y familiar ni los destinados a la dignidad del propio estado.

¿Qué es necesario y qué es superfluo? Esto no puede resolverse con precisión matemática, pues varía según cada situación y el punto de vista personal de cada uno.

Para el esclavo del lujo y placer apenas si existirá lo superfluo; todo le es necesario, pues aumenta sus gastos de acuerdo con el aumento de ganancias.

Pero el cristiano no puede pretender disfrutar de sus riquezas como un pagano; le está vedado considerar que todo cuanto sea halagador, cómodo y placentero para la propia soberbia y caprichosidad sea considerado como necesario. Por un lado, la ley de la humildad, de la moderación, de la austeridad, no dejan de obligar, a pesar de poseer riquezas. Y por otro, el ascetismo es inseparable del cristianismo. Además, la ley de la caridad obliga a remediar las miserias que gimen alrededor (117-250).

Y el camino que seguir lo señala la fe. Todo aquello que no sirve sino para nutrir los sentidos, halagar las pasiones, fomentar la pompa y los abusos del mundo es superfluo para un cristiano y lo debe evitar. Por la comunión de los santos, unos cristianos participan de los bienes espirituales de los otros. De los espiritualmente ricos pasan sus ganancias a los espiritualmente pobres. Dios desea la misma comunión en el plano de los bienes temporales. Y es muy duro de corazón el cristiano que se hace el sordo a los lamentos del prójimo necesitado.

CAPITULO XVIII

Uso de los bienes superfluos

En el uso de los bienes superfluos está la piedra de toque para conocer al verdadero cristiano. En él radica la renovación de la sociedad cristiana, que, según los Papas, constituye el "remedio fundamental" de los males de nuestro tiempo (223). Esta renovación consiste principalmente en el desprendimiento de los bienes terrenos y en el cumplimiento del precepto de caridad. Cosas ambas solidarias, puesto que es imposible la práctica de la caridad sin la entrega de parte, al menos, de los bienes superfluos (250).

Pío XI ("Divini Redemptoris") (223) dice:

"Bienaventurados los pobres de espíritu, fueron las primeras palabras que salieron de los labios del divino Maestro en su sermón de la Montaña. Y esta lección es más necesaria que nunca en estos tiempos de materialismo sediento de bienes y placeres de esta tierra... Los ricos no deben poner su felicidad en las cosas de la tierra ni enderezar sus mejores esfuerzos a conseguir las, sino que, considerándose sólo como administradores que saben tienen que dar cuenta al supremo Dueño, se sirvan de ellas como de preciosos medios que Dios les otorga para hacer el bien y no dejen de distribuir a los pobres lo superfluo, según el precepto evangélico."

Y el precepto evangélico dice: "So-

bre todo, dad limosna de lo que os sobre" (Luc. XI, 41).

El Apóstol Santiago señala con claridad tajante y meridiana en qué grado puede desatarse la cólera del Señor ante la falta de la conciencia social de una comunidad:

"Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos, consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata, comidos por el orín, y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes como fuego. Habéis atesorado para los últimos días: El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, clama, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en delicias sobre la Tierra, entregados a los placeres, y habéis engordado para el día de la matanza. Habéis condenado al justo; le habéis dado muerte sin que él os resistiera" (Sant. 5, 1-6).

Al infringirse la justicia estricta se originan males graves en grado máximo, que llevan como castigo no sólo la condenación eterna en el orden individual, sino en casos de responsabilidad social colectiva traen como consecuencia el padecimiento de castigos tremendos en este mundo (248).

Los Santos Padres fulminaron terribles anatemas contra el rico que cierra sus oídos a la súplica del menesteroso. De tan fuertes al leerlos nos sorprenden y extrañan. Pero nuestro asombro demuestra cómo se ha debilitado la corriente profunda de la caridad cristiana. Según la gran tradición católica, el precepto de la limosna descansa sobre dos bases fundamentales: la soberanía de Dios y la indigencia del prójimo.

Dios es el verdadero propietario de nuestros bienes, y en comparación con Él, el que llamamos propietario de la Tierra no es sino un puro administrador. Pero si Dios es el dueño, tiene derecho a los frutos de su propiedad, puede exigir el tributo de reconocimiento y de homenaje por estos bienes. Ahora bien: como Él no lo necesita, lo pasa a los pobres, se sustituye en los pobres. He aquí cómo la limosna, que es un deber de misericordia para con los pobres, es, en realidad, un deber de justicia respecto de Dios. Por eso tiene perfecto derecho Dios a exigir su cumplimiento y pedirá estrecha cuenta de

nuestra conducta sobre este particular (250).

Pero hay más. Los teólogos de épocas pasadas no podían suponer que la miseria se transformaría en una tentación antirreligiosa, en un auténtico instrumento del comunismo y, por ende, del ateísmo. Ya San Juan Crisóstomo y San Basilio notaban que la indigencia provoca una tal desintegración del alma, que la misma religión se debilita (247). "No piensa en Dios quien sólo debe pensar en no morir de hambre" (Giordani).

Lo que en otras épocas era indiferencia hacia la vida del espíritu, actualmente se ha transformado en aversión formal y en abierta profesión de ateísmo.

Frente a esta situación aumenta desmesuradamente la responsabilidad de quienes no cumplen con el deber evangélico en relación con lo superfluo.

* * *

La cantidad que debe concederse a las obras de misericordia ha de guardar una cierta proporción con la cuantía de los bienes que se poseen. En esta vida todo suele regularse de acuerdo con la riqueza personal: vestidos, coches, joyas, placeres... Lo único que no se regula con tal medida es la limosna. No hay razón alguna que justifique esta excepción, sino todo lo contrario. Dios juzgará de la caridad de cada uno en relación con sus riquezas.

¿Qué es lo que la caridad obliga a dar?

En el libro de Tobías se lee: "Si tenéis mucho, dad absolutamente; si poco, dad de buena gana aun de este poco que tuviereis" (Tobías IV, 9).

Hay algunos que cada año sacan un diez por ciento de sus ingresos para la Iglesia y los pobres. Norma prudente que puede servir de ejemplo (250). Hay que dar con generosidad, dar todo lo que se pueda y un poco más.

Y hay todavía un caso de excepción. Santo Tomás y todos los teólogos lo admiten unánimemente, y es el que se produce cuando el indigente pasa por necesidad extrema o casi extrema, esto es, cuando carece de lo necesario para vivir o se halla a punto de caer víctima de gravísimo peligro físico o moral del cual pueda yo librarlo. En tal caso es mi deber, bajo culpa grave, socorrerlo, no sólo con los bienes superfluos, sino con los aún necesarios para el decoro del propio estado (no de las necesidades propias y de los míos).

TERCERA PARTE

Aplicación práctica de la caridad fraterna, según el pensamiento de Su Santidad Pío XII

CAPITULO XIX

Introducción

Ha llegado el momento en esta tercera parte de hacer un estudio práctico de la caridad fraterna. Visto el panorama del mundo y estudiada la caridad en un aspecto que podemos llamar teórico, es hora de conectar estos principios fundamentales e inmutables con la realidad que vivimos. No podemos contentarnos con una contemplación puramente especulativa. La hora presente es hora de acción y hora es de considerar las consecuencias que se derivarían si en nuestro mundo viviéramos de cari-

dad; si levantando la vista de la tierra la supiéramos elevar al cielo, que es decir a Dios, e inflamados en su amor nos convirtiéramos en hornos ardientes de caridad para abrasar en amor todo cuanto nos rodea.

Amor a Dios y amor a nuestro hermano, caridad fraterna por amor a Dios.

He aquí, como tantas veces hemos dicho, la clave de la renovación de la sociedad. Mas debemos empezar por la primera cédula, el individuo en sí mismo y en su vida profesional, para ir extendiendo la caridad fraterna a los distintos estadios en que el hombre aparece, formando parte de una familia, de un grupo social, de una nación y de una

comunidad internacional. Todo ello debe estar inspirado, influido por la caridad, caridad de hermanos, de los que conscientes de la gran doctrina paulina del Cuerpo Místico, sabemos que tenemos un mismo Padre, Dios, e idéntico destino eterno.

Y esta caridad fraterna vamos a verla según el pensamiento del gran Pontífice Su Santidad Pío XII. Va a ser él—no nosotros, meros instrumentos de transcripción—quien va a exponernos la forma de hacer realidad viviente la caridad fraterna y las saludables consecuencias que de su práctica han de derivarse y se derivan en todos los órdenes de la vida.

CAPITULO XX

Aplicación concreta de la fraternidad

A) En el individuo

Donde primeramente debe manifestarse el amor fraterno es en el individuo, constituyendo una atmósfera que envuelva y sublime todas sus actividades. Algo connatural como uno mismo, influyendo toda nuestra vida y proyectado hacia los demás, pues el amor exige comunicación y entrega.

El sentimiento, mejor aún, la vivencia de la fraternidad cristiana, debe influir, vivificar toda nuestra vida. Conscientes y responsables de nuestra misión, no podemos conformarnos con la posesión de la idea, pues seríamos traidores a nuestro ideal: Cristo. Una verdadera exigencia de nuestra condición de cristianos, de miembros del Cuerpo Místico, nos ha de llevar a actuar la fraternidad en el campo de las realizaciones concretas. El ideal lo hemos visto y lo hemos comprendido, pero es necesario algo más. No basta la rebelión ante lo que vemos. No es suficiente, por nuestra parte, la llamada a la unidad; es necesario que "la llamada se cambie en oración y la oración en acción"; es que, además, la fraternidad no se puede concebir de otra manera más que actuando, actuando por todos y en todo, sentido universalista e integral.

La fraternidad hace que los problemas de todos y todos sus problemas los sintamos como propios, y como tales hemos de esforzarnos por su solución. Todo lo que no sea esto es tener una visión corta y estrecha de la fraternidad.

Como hermanos amemos a nuestros hermanos, y como hermano le sirvamos. Sentido de fraternidad que ha de guiar, encauzar y presidir las relaciones entre los hombres, sean de la misma o distinta condición o clase.

Y no pensemos que únicamente las necesidades materiales han de ser objeto de atención, pues, como ya hemos dicho, en el ejercicio de la fraternidad no puede haber limitaciones dada su universalidad y comprensión.

"La fraternidad, por su misma naturaleza, es algo interior y depende de nuestra voluntad. ¿Qué significa y qué comprende? El respeto a la dignidad y al honor de los demás; el dar a cada uno de los otros su derecho; el dar para todos una verdadera benevolencia, para cada uno la ayuda en sus necesidades. Donde esta fraternidad vive y se alimenta en la fe en Jesucristo y en su amor por nosotros, nos da una fuerza más poderosa que la miseria y que la muerte" (64). Además, al dar al hombre el más elevado sentido de la digni-

dad personal y la seguridad de la igualdad verdadera, pone los cimientos y la base de la verdadera y necesaria justicia, fundamento de la paz.

Sólo esta fraternidad tiene fuerza para superar los egoísmos y diferencias, pues ella iguala y nivela y nos dispone para el sacrificio en aras del bien común, detestando toda violencia y opresión y buscando siempre, en primer lugar, el cumplimiento de las leyes dadas por Dios para la moralidad y santidad de la vida humana.

No nos ha de extrañar, concebida de esta forma la fraternidad, que los hombres de bien, aquellos hombres de buena voluntad, glorificados ya en la primera nochebuena del mundo, sientan vivamente la necesidad de que la fraternidad impere en todas las facetas de la vida, como único medio capaz de restaurar las heridas producidas en una época todavía reciente, caracterizada precisamente por el olvido y desprecio del amor cristiano (95).

No podemos olvidar los cristianos que nuestra solidaridad no es un sentimiento puramente filantrópico, sino que tiene un alcance y un contenido mucho más elevado, pues se basa en razones sobrenaturales, en la comunidad de la vida sobrenatural, que nos hace hijos de Dios, miembros de un mismo cuerpo en el que cada uno sostiene y nutre a los otros hermanos en Cristo y herederos del cielo, pues la fe que profesamos no puede ser algo muerto, sino que constantemente ha de florecer y florecer en caridad (218). Porque para nosotros no hay distinciones de origen o estirpe; nuestro origen es común y pertenecemos a la estirpe noble de hijos de Dios que sabe superar lo propio para llegarse mejor a los demás. Acaso este acercarnos al hermano a veces nos cueste, y el camino recorrido para el acercamiento quede jalonado de gotas de sangre, expresión del sacrificio que nunca hemos de tratar de rehuir en un afán incontenible de darnos y dar (207).

Todos los talentos que Dios ha puesto en nuestras manos los debemos hacer fructificar en obras del bien común, debemos hacer partícipes de los mismos a los demás, y entre nuestros talentos demos todo su valor a la posesión de la verdad cristiana, que no puede quedar limitada a nuestra simple posesión, para sacar de su contemplación consolación espiritual, sino que, conscientes del gran don que su posesión representa, hemos de esforzarnos por hacer partícipes a todos de ella, pues es el mayor bien que les podemos hacer. Es necesario que nuestra vida se ajuste a la verdad que profesamos, buscando su comunicación a los demás (187).

¿Qué no harían los "otros" si, como nosotros, conocieran la verdad? De ahí nuestra responsabilidad; responsabilidad por lo que no hacemos, por lo que escandalizamos con nuestra conducta poco ajustada a los principios que decimos profesar, y por nuestra falta de espíritu de conquista, de apostolado, de caridad, con el fin de acercar otras almas y corazones, acaso mejores que nosotros si estuvieran en nuestras condiciones, a la gran Verdad.

Porque el amor no puede ser una declaración de principios, admirables principios, pero nada más. El amor supone actuar de forma positiva; no es suficiente no hacer mal, no odiar, esto es muy poco; es necesario algo más, es necesario amar como Cristo, con brazos abiertos, sedientos como El de amor, y como Cristo haciendo a todos, sin distinción alguna, todo el bien que podamos (235).

Verdaderamente, amar a los amigos tiene poco mérito; lo cristiano es no sólo perdonar al enemigo, al que nos ha hecho ofensa hasta setenta veces siete, sino amarle hasta la muerte siguiendo el mandato y el ejemplo de Cristo. Recordemos el evangelio.

Puede parecer el camino difícil y ardua la empresa. En efecto, para el hombre solo es difícil, pero recordemos las palabras de nuestro Santo Patrón: "Todo lo puedo en aquel que me conforma", y no olvidemos las de Jesucristo: "Mi carga es ligera y mi yugo suave"; que no cunda el pesimismo, que tanto daño hace. Con valentía, con espíritu sobrenatural, no cejemos en nuestro empeño. ¡Espera tanto Jesucristo de nosotros!

Punto básico para el logro de esta concordia y renovación por obra de la fraternidad es la unidad.

¿Cuántos esfuerzos se desperdician por el sentido de independencia, de individualismo, del que con tanta frecuencia nos dejamos llevar? ¿Qué verdad es que la unidad hace la fuerza! Y así debe ser nuestra acción. Unidad. Recordemos nuestra oración "un mismo pensar, un mismo querer, un mismo obrar".

Puede parecer distante, acaso difícil, el advenimiento de esta concordia y paz, pero no hay que desanimarse ni desfallecer, pues no somos nosotros solos; toda fortaleza está en Dios, para quien todo es fácil y sencillo, para quien todo es posible, ya que nada hay imposible para el poder de Dios y el amor de Jesucristo, "en quien reposa toda nuestra esperanza" (134).

En esta unidad encontraremos, con la ayuda de Dios, nuestra fortaleza. Unidad que conseguiremos si estamos dispuestos a sacrificar nuestros propios pareceres e ideas, por muy geniales que puedan parecernos; unidad basada en nuestra propia renuncia, pero que no quiere decir unicidad. Conservemos lo bueno que tengamos nuestro, pues esta "variedad de fuerzas no tiene solamente un valor estético, sino que acarrea también ventajas estratégicas y tácticas de primerísimo orden" (164).

Todos debemos y tenemos que laborar juntos, pues nos necesitamos los unos a los otros, y de esa labor de conjunto obtendremos los más óptimos resultados, pues "ningún obstáculo resiste el conjunto de energías que reporta una colaboración desinteresada. Una vez firme esta convicción, se han puesto las bases sólidas de una comprensión mutua y de aquella paz indefectible, paz íntima del ser que renuncia a sus egoísmos, paz social de aquellos que se apoyan en una fraternidad sincera, paz internacional en la colaboración de los hombres de buena voluntad que, por encima de todo principio de división, han descubierto el verdadero motivo digno de aproximarlos, una consagración común al servicio de un mismo Señor" (160).

B) En la profesión

Hay que dar a la profesión su verdadero contenido. Se habla de la función social de la propiedad y creemos que igualmente se puede hablar de la función social de la profesión, pues ha de ejercerse "en beneficio del prójimo y de la sociedad organizada" (233). Pero ¿cuántos la conciben así? Escaso es el número de profesionales que viven su profesión con verdadera vocación y espíritu de entrega, considerando que aquella forma parte del engranaje universal y con su misión que cumplir, por encima de las apatencias personales, misión de cooperación dentro del concierto universal.

No se puede considerar la profesión

como algo aislado, exclusivamente nuestro y sin un contenido "trascendente"; la profesión ha de trascender de nuestro mundo individual, ya que "es una actividad personal realizada en orden a la comunidad" (233), y esto solamente se puede conseguir cuando a ella se le lleve con amor y por amor se ejerza.

Por ello, lo primero que hay que tener en cuenta es que si la profesión ha de cumplir un fin social, se ha de ir a ella no mirando nuestras conveniencias personales, de obtener con el mínimo esfuerzo el mayor rendimiento económico. Desgraciadamente, en gran parte éste es el criterio, hoy día, regulador en la elección de las profesiones, y, sin embargo, ha de elegirse la profesión mirando donde, en atención a nuestras condiciones personales, podemos ser más útiles a la sociedad; pero esto no se logrará mientras nos dejemos llevar por un criterio materialista. Sin embargo, cuando el amor fraterno invada nuestro ser, entonces comprenderemos perfectamente la necesidad de ser útiles a nuestros hermanos y, por tanto, de buscar aquella profesión en la que podamos realizar mejor nuestra misión de cooperación dentro de la sociedad en que vivimos. Después, cuando tantos celos, envidias y apetencias existen en el ejercicio profesional, es necesario hacer desaparecer ese lastre, y únicamente en el ejercicio de la caridad, viendo en todos a nuestros hermanos, se conseguirá dar a la profesión el tono de altura sobrenatural que está reclamando; buscando con humildad, pues todo viene de Dios, ser los mejores, los más competentes, para poder ser más útiles a los demás, y con ese espíritu de humildad y caridad tratar a todos los que el ejercicio profesional ponga en contacto con nosotros.

Creemos que todas las deficiencias e incluso males que se observan en el ejercicio profesional provienen precisamente de la falta de caridad y que, por el contrario, el amor fraterno es el único bálsamo capaz de suavizar esas asperezas y deficiencias, pues en el amor encontraremos la razón de ser de nuestra profesión y el estímulo para nuestra entrega a los demás, procurando poner nuestros medios y nuestra capacitación a disposición y en beneficio de los que de nosotros necesitan. Pero es que, además, este amor debe inspirar nuestras relaciones profesionales, superando los defectos hoy existentes, y saliendo de nuestro ámbito profesional hemos de buscar la relación y el diálogo con los demás profesionales, pues "un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta "aislamiento" cuando es testigo de las necesidades y de las miserias de su hermano" (78).

C) En la familia

Pero el hombre es un ser sociable y la familia constituye la primera célula, célula básica y fundamental, de la sociedad, y hoy la familia sufre, desgraciadamente, una gran crisis, crisis de amor.

Los atentados que contra la misma, tanto de fuera como de dentro, se dirigen, son fruto de la falta de amor. La vida casi pagana de tantas familias, con desprecio de los derechos de los cónyuges en el matrimonio; la indiferencia de los padres ante los problemas y la educación de los hijos; la rebeldía de éstos ante los padres; todo ello es fruto de la falta de amor.

En la familia no hay amor; no se vive la vida familiar porque no hay amor, y ello contribuye a la disgregación de los distintos miembros de la componen, guiados únicamente por el egoísmo, que es negación del amor.

Por ello es necesario, necesidad imperiosa de nuestro tiempo, que la familia vuelva por sus fueros, que la familia constituya aquel baluarte inexpugnable, granítico, ante el cual se estrellen los ataques de sus enemigos; que el amor vuelva otra vez a reinar y presidir sus relaciones, constituyendo barrera protectora de sus derechos y de su misión nobilísima en la tierra.

Amor, pero fraternalmente cristiano, de los esposos entre sí, de éstos con los hijos, de los hijos con los padres, de los hermanos. Amor con lo que debe ser y es la prolongación de la familia: con los sirvientes.

Si este amor vuelve, si este amor es efectivo, ¿qué resultados no podrán obtenerse? Pensemos que únicamente en él está la salvación de la familia, pues el amor suaviza, disculpa, es amable y comprensivo y une y ata en cruz corazones sin romper, enraizándolos en Dios.

D) En las relaciones sociales

Y quizá sea en la coordinación entre las distintas clases sociales donde más imperiosamente se ha de sentir la necesidad del amor fraterno, del amor que nos hace a todos hermanos e hijos de Dios y que resalta de manera admirable la función que cada uno tiene dentro de la sociedad, igualmente digna y merecedora del aprecio y consideración de los demás.

Nada de espíritu de soberbia y de malsano aislacionismo. Todos cooperadores en un mismo ideal con funciones propias determinadas, pero de igual valor cuando se miran a través del prisma de lo sobrenatural; todos con un alma redimida por la sangre de Cristo y llamados a su posesión eterna.

La Iglesia, por medio de sus Pontífices, constantemente ha llamado y viene llamando la atención sobre la necesidad de la concordia, de que el odio y el egoísmo dejen paso libre al amor; pero su augusta voz es desoída por unos y por otros, que voluntariamente cierran los oídos en un intento de desentenderse de algo que les es tan vital. No. No quieren oír, y prefieren marchar solos con sus problemas sin encontrarles solución, cuando les sería tan fácil si acogieran como merece la doctrina social de la Iglesia. La Iglesia no es ni de los patronos ni de los obreros. La Iglesia es de los patronos y de los obreros. Como Madre, tiene entrañas de madre para todos, y a la vez que proclama los derechos de los obreros y las obligaciones de los patronos, pregona las obligaciones de los obreros y los derechos de los patronos, pues tanto unos como otros tienen sus correlativos derechos y obligaciones.

No podemos contentarnos con una serie de frases hechas, acaso bonitas, que suenan bien, pero vacías de contenido; es, como decíamos antes, momento de actuar buscando "una nueva ordenación de las fuerzas productivas del pueblo", viendo la unidad que existe entre los distintos elementos de la producción, pues todos, cada uno desde nuestro puesto, estamos unidos por una misma ligadura, consistente "en el deber de proveer juntos y establemente al bien común y a las necesidades de toda la sociedad". Hay que despertar en todos la conciencia de nuestra responsabilidad, derivada de nuestra posición dentro de la sociedad y que todos estamos obligados a cooperar y coordinar nuestras actividades para conseguir "un mejor orden económico", en que las clases trabajadoras encuentren "el camino para

adquirir honestamente su parte de responsabilidad en la dirección de la economía nacional", a la vez que "lleguen a encontrar en su actividad una ganancia tranquila y suficiente para el sustento suyo y de la familia, una verdadera satisfacción de su espíritu y un poderoso estímulo para su perfección". Fundamental y necesaria es la armonía entre las clases sociales, pues avanzan todas hacia el mismo fin. Ejemplos de las consecuencias que se derivan de ese querer, desconocerse y andar cada una por un lado, los tenemos bien a la vista. Armonía entre las clases sociales, que debe tener un fundamento sólido y estable y que no puede ser otro que los postulados de la justicia social y de la fraternidad cristiana (232-204).

Fraternidad cristiana, pero de verdad, que no sea acaso un disfraz para encubrir aspiraciones o acciones poco dignas y no en consonancia con el espíritu cristiano; fraternidad cristiana, como resulta del Evangelio, con todas sus consecuencias, y que afluye hacia nosotros del Corazón del mismo Cristo (18).

Hay que hacer frente a la concepción de la lucha entre el capital y trabajo, que quiere continuamente enfrentarlos, con las temibles consecuencias que ello supone, olvidando que son dos elementos de producción que deben desenvolverse armónicamente y con mutua comprensión, superando el concepto de la doctrina errónea, que quiere mantenerlos enfrentados continuamente, afirmando que, como por "ley natural" éste es el destino de trabajadores y patronos, lucha implacable y único medio de conseguir la concordia entre ambos elementos de producción.

Frente a esta aberración, y como una reacción, han surgido la organización profesional y los sindicatos como medios de lograr la deseada concordia; pero tampoco estos medios tienen suficiente fortaleza para conseguir el fin perseguido; hemos de buscar algo de más consistencia, algo que esté por encima de nosotros, que no se asiente en algo tan efímero y tan poco consistente como las obras humanas; es necesario que nos elevemos y veamos que sólo actuando sobre el espíritu, vigorizando la vida espiritual y moral, se podrá conseguir la armonía y concordia. Lo humano pasa. Lo espiritual permanece (36).

Pero para conseguir esto es necesario la acción decidida y entusiasta de todos. La cooperación de todos los hombres de buena voluntad. Trabajar con empeño y decisión en la implantación de la doctrina social de la Iglesia, pues en muchas ocasiones los hijos de las tinieblas, como ya anunció el Evangelio, muestran una diligencia mayor que la nuestra, y no debemos consentir que nos ganen la batalla en un punto tan vital y de tan gran importancia. Trabajar con empeño y entusiasmo para que nuestra acción llegue a todos los hombres y a todas las familias, para que sus necesidades queden debidamente cubiertas y para darles una instrucción religiosa, tan necesaria para la solución del mismo problema social (133 B).

"Solamente reconociendo la soberanía social de Jesucristo y únicamente dentro del ámbito de sus mandamientos podrá gozarse aquella verdadera libertad, podrá hallarse aquella ansiada justicia social, aquella indispensable moderación y armonía de aspiraciones y concordia de sentimientos, sin las que ninguna paz podrá jamás existir. La paz, la caridad y el gozo son frutos exclusivos del espíritu de Dios" (32).

Hay que prevenir a las clases traba-

jadoras para que, ingenuamente, no se dejen sorprender en su buena fe por las predicaciones de doctrinas de odios y rebelión y que, por el contrario, estén dispuestas a escuchar y seguir a aquellas personas que les hablen de fraternidad cristiana, que es lo que la Iglesia viene continuamente predicando, preocupada por dar satisfacción a toda justa aspiración (32).

El triunfo de la fraternidad ha de reportar grandes bienes a los pueblos y naciones, hoy tan afectados por odios y discordias. La fraternidad cristiana levanta como se debe las condiciones de vida de los menesterosos, restituye la dignidad humana, aplaca las discordias y sosiega los ánimos (82).

El Apóstol enseña (Heb. XIII, 1) "que la caridad fraterna que debe reinar siempre entre los cristianos consiste, sobre todo, en que amemos de todo corazón a quienes Dios nuestro Señor nos dió por compañeros de nuestra peregrinación y les prestemos ayuda cuando se hallen necesitados y consuelo cuando se hallen afligidos, esperando para después de este destierro el galardón inmenso que está prometido exclusivamente a los misericordiosos" (77).

Hay que poner todo esfuerzo "en el camino real de la caridad" para remediar cuantos males podamos, y si con nuestro esfuerzo no podemos su solución, por lo menos disminuirlos en cuanto esté de nuestra parte, pues son muchos los que confían en nuestra ayuda y constantemente la están pidiendo, a la vez que consuelo (77).

Vemos, pues, en el trabajo una función social que en aras de la fraternidad se comunica a los demás. Sólo el amor fraterno basado en Cristo, cuando tantos prejuicios existen en contra, puede conseguir la necesaria armonía entre los distintos elementos de la producción, porque sólo él engendra el desinterés, la comprensión y la mutua confianza, salvando todas las posibles suspicacias. Porque sólo él perdura y permanece con el mismo vigor, no obstante las dificultades, y consigue acercar a los de distinta clase social, viendo siempre en el "otro" a Cristo, porque cuando uno vive el espíritu de caridad fraterna, sabe entregarse sin reservas, como Cristo se entregó, y al que se entrega no se le ponen obstáculos. Y de esta forma se conseguirá "que las clases sociales, apagados los odios y sosegadas las discordias, se unan en la justicia, en la concordia fraterna" (85). Porque "la Iglesia no predica la lucha de clases; quiere, al contrario, que haya verdadera hermandad" (238).

Hermandad, fraternidad, que cuando se actúe ha de ser algo vivo, caliente, que contagie y entusiasme, porque lo más importante en muchas ocasiones no es sólo lo que se hace, sino la forma como se hace, y el amor fraterno no puede ser frío, sin vida, sino que debe ser nuestro actuar expresión sincera de profundos sentimientos de afecto y estima, que es precisamente lo que más desean de nosotros.

La oración del Año Santo de 1949 compendia maravillosamente nuestra conducta a este aspecto.

"Encienda tu gracia en todos los hombres el amor hacia tantos desventurados a quienes la pobreza y la miseria tienen reducidos a una condición de vida indigna de los seres humanos".

"Despierta en el alma de cuantos te llaman Padre el hambre y la sed de la justicia social y de la caridad fraterna en las obras y en la verdad" (97).

E) En el ámbito nacional

Nuestra fraternidad cristiana nos ha

de impulsar y nos ha de llevar a una cooperación cada vez más eficaz con los demás, recordando aquellas palabras de la Escritura que deben ser "norma directiva de las mutuas relaciones": "Ayudaos los unos a los otros a sobrellevar vuestras cargas (Gál. VI, 2), a fin de que llegue a todos los rincones de la patria la fuerza de la solidaridad nacional" (149).

La renovación que en el orden nacional hay que efectuar tiene un carácter universal en un doble sentido, en cuanto debe comprender a todas las naciones y a todas las manifestaciones de la vida nacional. Todo hay que restaurarlo, restauración que para ser verdadera y eficaz exige que la sociedad humana descansa en Cristo, única forma de alcanzar la tranquilidad del orden que es la paz.

Hay que acercar a hombres y pueblos a Dios, acercamiento necesario en el mundo actual, y lograr la más absoluta conformidad de toda la actividad humana a la ley de Dios (134-17).

De esta forma, cuando la ley de Dios se viva, la fraternidad será una consecuencia lógica de esta vivencia, y lo que hoy, con la mentalidad de nuestro siglo, puede parecerse de difícil solución encontrará pronto los cauces de la tan deseada y necesaria renovación.

Buen ejemplo de cuál debe ser nuestra actuación nos lo da la Tercera Orden Franciscana. Vivir en el mundo, pero no para el mundo. No podemos apartarnos de nuestro puesto, pero es necesario que todo lo sepamos vivificar con la gracia de Dios; sin distinción de clase alguna, nuestra acción debe dirigirse a todos, abrazando en un mismo amor, amor de Cristo, a todas las clases sociales, y sabiendo renunciar a nosotros mismos para entregarnos a lo demás. Que nuestra vida sea un continuo renunciar, un darse y entregarse sin esperar recibir nada.

La sociedad necesita de ese espíritu no sólo para ser más cristiana, sino incluso para su misma existencia. Las apetencias, el egoísmo, el odio, la rivalidad amenazan su existencia. A todo ello hay que ponerle una barrera, y ésta no puede ser más que la del amor. Hora es de dejar los litigios y parcialidades y de sentirnos unos injertados en Cristo (189).

Hay que vivir "vida de amor, de mutua caridad, de oración... comión que hermana los espíritus de devoción a aquel Corazón que es todo mansedumbre y misericordia; de celo apostólico que quiere ganar a todos para Cristo, pero especialmente a los hermanos extraviados. Porque donde perdurasen el odio y el rencor no habría lugar para aquel Corazón que ardientemente desea el amor y, si es necesario, la reconciliación entre los hermanos" (34).

En muchas ocasiones habrá que empujar por la reconciliación, únicamente posible y perdurable cuando se asiente en bases sólidas y no sea flor de un día, y estas bases no pueden ser otras que las de la caridad cristiana, que es decir las del amor fraterno, pues solamente a base de amor, amor de hermanos, es posible la reconciliación, cuando a veces parece que media entre unos y otros un espacio insondable que únicamente el amor de Cristo y por Cristo a nuestros semejantes puede salvar.

Pero tampoco podemos detenernos en esta reconciliación, pues nuestra empresa es y ha de ser universal y hemos de pasar de la acción puramente individual hasta comprender, como decíamos antes, todas las manifestaciones nacionales. El pueblo vive hoy un sentimen-

to de inseguridad. Ha visto tanto, que teme constantemente que lo que hoy es mañana deje de serlo, y por ello hay que sustituir ese sentimiento por el de seguridad, seguridad en su vida social, cultural, política, económica, en su vida religiosa. Hay que asegurar los cimientos de esa sociedad tan bamboleada, y únicamente en los principios cristianos de justicia y caridad se encuentra base sólida para detener la destrucción y comenzar a reconstruir el edificio de la sociedad (27).

Hora es de convencernos que no es el camino ideal el de la fuerza que puede dominar, pero no convencer ni conquistar los espíritus. Que el espíritu necesita ideales nobles que entusiasmen y a los que se preste decidida adhesión, teniendo presente que la vida del espíritu está por encima de la vida de la materia y que es necesario despertar esa vida íntima, tanto individual como nacional, que viene a ser el alma de los pueblos, sostenida por esas columnas incommovibles, de la justicia y caridad, tan indispensables para el mundo que busca la paz (93).

F) En las relaciones internacionales

Pero el amor fraterno que no conoce fronteras no puede quedar circunscrito y limitado dentro de la Patria; forzosamente ha de irrumpir al exterior y buscar la armonía y concordia entre todas las naciones, y únicamente sobre su base será posible la construcción del edificio de la paz. Repitamos lo dicho tantas veces y que en ningún momento podemos olvidar: todos hermanos y Dios nuestro Padre.

Cuando hoy tanto se habla de paz; cuando las conferencias, reuniones y asambleas se multiplican y vemos que la paz, la concordia entre las naciones no llega, hemos de pensar que algo debe haber que dificulte la tan deseada convivencia pacífica. Es hora de reflexión y no será difícil ver que la paz no llega, porque si bien es cierto que se habla mucho de paz, no es menos cierto que se la quiere buscar por caminos por donde nunca podrá llegar, al olvidar totalmente el único camino que a su consecución nos puede llevar.

Igual que en el individuo, en la familia y en la vida nacional, en las relaciones internacionales únicamente se conseguirá la paz cuando se vuelvan los ojos a Dios, cuando Dios reine y presida las reuniones, asambleas y conferencias de la paz; cuando, prescindiendo de los puntos de vista personales, todo quede tamizado a través del prisma de lo sobrenatural: cuando Dios, que es amor, ocupe el lugar que le corresponde, que es el primer lugar, gobernándolo y dirigiéndolo todo con su sabiduría infinita.

Si Dios, si el amor de Dios, vuelve, entonces el amor fraterno ocupará nuevamente su lugar, y así como en el individuo no existen problemas cuando el amor fraterno se vive, pues en todos y cada uno vemos a nuestro hermano, así en el orden internacional cuando en todas y cada una de las naciones, con independencia de su potencia económica o militar, veamos a una nación hermana y como hermanos se regulen las relaciones entre las distintas naciones y el poderoso se desprenda de su sed de dominio y al pequeño Estado se le reconozcan los mismos derechos que a los grandes en su concierto universal fraterno, entonces será cuando se pongan los cimientos para la verdadera paz.

Este espíritu de fraternidad universal hoy no se vive; en la primera parte

ha quedado puesto de manifiesto cuáles son las causas de su no vivencia. Réstanos ahora insistir, una vez más, en la necesidad de que vuelva a reinar en el mundo entero y que a las palabras sigan realizaciones concretas que pongan de manifiesto el verdadero deseo de todos, del triunfo de la caridad cristiana. Que no quede en fuegos de artificio, sino que las obras confirmen la realidad y universalidad de lo que se dice.

Cuando todos los Estados sean tratados en un plano de igualdad, cuando se respeten los derechos de todos, cuando a los necesitados se les preste la ayuda debida entonces será cuando se podrá hablar de paz, pero ese trato de igualdad sólo se puede dar en función de la caridad fraterna, pues al sentirnos y vivir todos como hermanos las relaciones internacionales se estructurarán en su verdadero y único sentido. Nada de antagonismos ni supremacías; hermandad que iguala y eleva.

Nada de puertas cerradas. Hay que abrir los brazos a todos para hacer una verdadera realidad nuestro magnífico dogma, ya aludido, del Cuerpo Místico. Brazos abiertos para todos, para ser todos uno, para que en esos contactos con los grupos de otras naciones podamos establecer una corriente de benéfica influencia, donde demos a los demás lo bueno que tengamos y estemos dispuestos a recibir lo bueno que ellos nos ofrezcan, con deseo de una colaboración fraternal universal, viviendo conscientemente nuestra catolicidad. Como símbolo de ello podemos presentar la "Domus pacis" existente en Roma, en la que las "supremas aspiraciones espirituales encontrarán su sereno y común cenáculo, en donde los contactos fraternos abren amplios horizontes en el campo de la cultura, de la ciencia, de la filosofía, de la moralidad, de la historia, de la acción, y sirven admirablemente para consolidar el espíritu en la posesión de la verdad y de la fe para fortificar el corazón en el deseo de la virtud, para comunicar a la voluntad valor para los generosos impulsos del apostolado" (128).

Pero para conseguir todo esto, igual que decíamos en el orden individual, hay que crear una atmósfera, un clima que sature la vida y que ha de ser la mutua comprensión que ha de asentarse en el "respeto recíproco, lealtad de vecindad, que reconoce honestamente a los otros los mismos derechos que se exigen para sí mismo, disposición benevolente hacia los otros hijos de otros pueblos como hacia hermanos y hermanas", buscando un fraternal encuentro entre nación y nación (159).

Ya que si bien es cierto que el cristianismo ha hecho muchísimo en este punto, sin embargo aún estamos muy lejos de alcanzar el verdadero ideal (150).

Las dificultades para conseguirlo ya quedaron apuntadas, si bien no debemos olvidar el odio, la desconfianza, el nacionalismo extremista, que vienen a ser la barrera que se opone a la restauración del espíritu fraternal que ha de extenderse a todos los pueblos de la tierra sin excepción alguna, y de esta forma no tardará en llegar la tan deseada hora de la verdadera paz, basada en la justicia y la lealtad, vocablos que hoy, en muchísimas ocasiones, parece que se desconocen, y más aún su verdadero contenido cristiano (21-24-136).

Pero es que además no debemos olvidar que esta concordia y necesidad de unión es consecuencia obligada de nuestra insignificancia y limitación en comparación a la totalidad, haciéndonos depender los unos de los otros. Por ello

es necesario que la conciencia de esta solidaridad se extienda y profundice, como medio ideal de lograr la estrecha colaboración y ayuda entre todos los pueblos, requisito indispensable para la verdadera paz (120).

Cada nación tiene un papel, papel importantísimo que realizar; tiene una misión que cumplir en la comunidad universal, que sólo podrá realizar sobre la base de la fraternidad (20). Hagamos desaparecer la idea de fraternidad y llegaremos fácilmente a los abusos y excesos ya denunciados.

Los mismos Estados están convencidos de la necesidad de estos contactos internacionales, pues de ellos se puede derivar una inteligencia íntima, haciendo desaparecer los gérmenes de las discordias, muchas veces nacidos precisamente del desconocimiento, y ven la necesidad de completarse mutuamente para hacer más efectivas sus realizaciones (137).

Ahora bien, es necesario insistir en que la unificación que propugnamos no pueda tener lugar, como ocurre desgraciadamente, por medio de la violencia. Nosotros hablamos un lenguaje de amor y ha de ser en el amor donde encontremos la base de esa unidad, buscando precisamente "la unión de los espíritus y de los corazones en una misma fe y en un mismo amor", teniendo en cuenta la razón de ser de nuestra hermandad que se asienta en bases tan firmes y sólidas como la de la "común vocación a la vida sobrenatural" (209), y de ahí el que los pueblos y naciones estén llamados a formar una sola familia siguiendo siempre el ejemplo de Cristo y su mandamiento, que es mandato de amor: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (41).

De esta manera, y poniendo el fundamento en Dios, surgirá el bienestar y amanecerán días más prósperos para la atormentada humanidad, y todos estamos obligados y empeñados en esta gran empresa (41-205-216).

Como compendio de todo y como consecuencia final podemos decir que el "hecho fundamental de una naturaleza y un fin comunes entre los hombres lleva a los individuos y a los pueblos a no considerarse desligados entre sí, sino a unirse con mutuas y armónicas relaciones en una comunicación de sus particularidades y en un recíproco intercambio de bienes" (241).

CAPITULO XXI

La Sagrada Eucaristía

Antes de terminar creemos conveniente hablar de la Eucaristía, medio el más eficaz para conseguir avivar el espíritu de fraternidad, ya que es la gran prueba del amor de Dios, fuente de paz y de unión. Además, es alimento "que el manjar divino de la comunión" decimos en nuestra oración, y como alimento nos proporcionará el vigor y fortaleza necesarios para vencer las dificultades que podamos encontrar en la renovación de la sociedad. En el contacto íntimo con Cristo encontraremos nuevos estímulos y su presencia real nos animará en nuestro camino, acaso con espinas, pero que El se encargará de suavizar.

"La fe en la Eucaristía, su perenne presencia, la mística renovación del sacrificio del Gólgota, la comunión física y espiritual con el único Redentor, Cristo, no sólo recuerda e impulsa a los hom-

bres a la unión fraterna, sino que la actúa en aquel Cuerpo Místico, del que forman muchísimos miembros actuales y al que todos están llamados a unirse. La fe y la comunión eucarística son realmente el vínculo ofrecido por Dios a los hombres para rehacer la primordial unidad de la familia, quebrantada por el primer pecado. ¡Oh cuán distintas, en efecto, serían las familias, las ciudades, las naciones y el mundo entero si todas las almas, acercándose con frecuencia a este divino horno de amor, recibiesen en sí una chispa de aquel fuego hasta formar en ellas un benéfico incendio que destruyera todas las impurezas, limpiase todas las escorias, suprimiese todas las diferencias, redujese a cenizas todos los egoísmos y calentase la frialdad de los corazones devolviéndoles al palpito sincero del amor fraterno y generoso. Ningún hombre, ninguna idea, ninguna común necesidad o temor llegarán nunca a dar una estable y tal unidad a los hombres como puede darla y asegurarla la fe y la vida en Cristo. Si, pues, queréis contribuir, en lo que está de vuestra parte, a extender al mundo y al futuro el precioso bien de que gozáis en este momento, haced que todos vuelvan la mirada y el corazón a la Divina Hostia saludable y pedid esta gracia: "La unidad en la caridad" (197).

"En torno de la Eucaristía todo habla de paz; el ágape fraterno, el ósculo previo y hasta el mismo símbolo de muchos granos de trigo. La paz es la unidad; pues ¿dónde ir a buscarla sino en este sacramento? "Totius ecclesiae unitatis?" (S. Th., 3 p., 83, art. 4 ad 3). Es fruto de la caridad; pues entonces ¿dónde encontrarla sino en este "Sacramentum Charitatis, quasi figurativum et effectivum"? (ibid., q. 7, art. 3 ad 6). Y así, como bien sabemos, los enemigos de la paz son la soberbia, la codicia y, en general, las pasiones desordenadas. ¿Qué mejor remedio podremos anhelar que esta medicina celestial con la cual crecen la gracia y las virtudes, somos preservados del pecado, se complementa nuestra vida espiritual (Ibid., q. 79 et passim) y, aumentando en el alma la caridad, son enfrenadas las pasiones?" (148).

"¿Hay algo más a propósito y más eficaz para lograr la reconciliación de todos y cada uno de los hombres y las naciones que el triunfo de la Eucaristía en las almas y en los pueblos? ¿No cabrá esperar de este triunfo lo que nuestra Madre Iglesia implora, piadosa y confiadamente, en la celebración del misterio eucarístico, es a saber, "que Dios conceda propicio los dones de unidad y de paz místicamente significados en las ofrendas presentadas"? (Secreta de la misa de la fiesta del Corpus Christi) (144).

También la santa misa, no en vano en ella se consagra el cuerpo y la sangre de Cristo, tiene su gran valor.

"En la santa misa la Iglesia ofrece el sostén más grande del fundamento de la sociedad humana. Todos los días, desde donde nace el sol hasta donde se pone, sin distinción de pueblos ni de naciones, se ofrece una oblación pura (cf. Malaquías, cap. I, vers. 11) en la que participan en íntima fraternidad todos los hijos de la Iglesia esparcidos por el universo. Todos encuentran allí el refugio en sus necesidades y la seguridad en sus peligros" (37).

"Unidos todos ante un altar, como si quisierais proclamar que solamente allí es posible una auténtica fraternidad, madre de la tranquilidad y de la paz" (206).

CAPITULO XXII

Consideraciones finales
y exhortación

Ha llegado el momento de poner punto final a esta ponencia, y si a lo largo de ella no hemos hecho más que recoger y exponer el pensamiento pontificio, con sus mismas palabras en muchas ocasiones, con las nuestras en otras, pues poco es lo que hay de propio, y siempre respondiendo a nuestra condición de católicos, cuando llegamos a este momento final preferimos callar totalmente para que sea principalmente el Papa Pío XII quien, como siempre, de manera admirable, ponga el broche de oro a este trabajo, que deseamos pueda ser de alguna utilidad para avivar la llama del amor en los corazones, único medio de renovación de la sociedad moderna, tan apartada, desgraciadamente, de Dios.

"¡Cuántas miserias podrían ser remediadas, cuántas amenazas descartadas, llamamientos atendidos, derechos salvaguardados si los católicos fueran de esta forma estimulados a conjugar sus esfuerzos y hacerlos converger hacia las necesidades más graves y urgentes de la vida católica mundial!"

"En esta perspectiva, la necesidad de una verdadera colaboración fraterna se vuelve más rigurosa aún, pues la caridad entre los cristianos es el signo que autentiza su testimonio (cf. Io., 13, 35)" (237).

"A vosotros se os impone el deber de mantener y aun de elevar cada vez más en alto el nivel de vuestra buena religión, de vuestra prontitud en el sacrificio, de vuestro espíritu de fraternidad; de poner cada vez más alta también la disciplina y la moral cristiana del matrimonio y de la familia, el sentido de la justicia social y el fuego de la caridad" (52).

"La conciencia de la común responsabilidad que justamente carga sobre todos los fieles de una misma tierra es lo que nos ha de mantener en la solidaridad de un grande amor, ante la cual miserablemente se derrumban las preocupaciones demasiado personales y mezquinas, que podrían tender a dividirnos y separarnos. Reuníos en un mismo espíritu y corazón. Vivid unidos y en paz, y el Dios del amor y de la paz será con vosotros" (49).

"Si existe en el mundo una potencia capaz de derribar las mezquinas barreras de los prejuicios e ideas preconcebidas y de disponer a las almas a una franca reconciliación y a una fraternal unión entre los pueblos, es precisamente la Iglesia católica. Podéis alegraros de ello con orgullo. A vosotros os toca contribuir para eso con todas vuestras fuerzas" (135).

Es necesario que reine "en todo el mundo un sentimiento de fraternidad universal que consolide los Estados y garantice los pactos, haciendo firme y sagrada la fidelidad a los compromisos mutuos. Pero por experiencia consta con toda certeza que en la práctica los hombres no se sienten hermanos entre sí si ellos no se sienten todos hijos de un mismo Padre" (81).

"El que fué mejor favorecido en el orden físico, en el orden intelectual, en el orden económico, debe servirse de esa superioridad no sólo para sus necesidades propias, sino también para ayudar a los demás" (80).

"Para el mundo sin paz, la única salvación efectiva está en la vuelta a Dios,

en la veracidad, en la generosidad y en la fraternidad".

"¡Ah si todos los hombres de bien se uniesen en uno! ¡Qué cerca estaría la victoria de la fraternidad humana, y con ella, la salvación del mundo! Ha llegado verdaderamente el momento de que todos los que aman y tienen como sagrada la herencia humana y espiritual de sus padres alejen el sueño de sus párpados y se armen de fe y de valor" (60).

"Pedidle que la Iglesia, fundada por su Divino Hijo para salvación de vuestras almas, pueda hacer llegar a todas partes el beneficio inestimable de la educación cristiana sin traba de ninguna clase; que la familia, célula fundamental de toda sociedad, se salve de la carcoma que la corroe, manteniendo intactas su santidad y unidad; que la caridad de Cristo triunfe en las relaciones sociales, haciendo llegar a todos los beneficios del justo progreso y del razonable bienestar; que no arraiguen jamás doctrinas extrañas, especialmente aquellas que ofenden a Ella y a su precioso Hijo, negándoles las más excelsas de sus prerrogativas, y que, reconociendo todos su verdadera maternidad, todos se sientan hermanos en Jesucristo, hijos de un mismo Padre que está en los cielos; que pueden y quieren vivir en paz para dar al mundo, agitado por el odio y la violencia, el ejemplo de una nación que sabe gozar de los beneficios de la fraternidad cristiana" (162).

"Invitamos a elevar las mentes y los corazones a Jesucristo, el que triunfó por la cruz, y a pronunciar con Nos la fervorosa plegaria: Cesen, Salvador Divino, los odios y egoísmos de los pueblos, que han asolado este siglo de calamidades y lutos, y, unidas las almas en el trabajo y en el amor, luzca por fin en el culto de tu justicia y en las obras de civilización cristiana tu fecunda y duradera paz. Esta es, Señor, la paz" (43).

"¡Oh Jesús amorosísimo, escondido bajo los ténues velos sacramentales; Cordero Divino perpetuamente inmolado por la paz del mundo oye finalmente las ardientes plegarias de tu Iglesia, que, por boca de su indigno Vicario, te pide para el mundo el fuego de la caridad, para que en él se enciendan la unión y la concordia, y el calor de éstas florezca en nuestra tierra árida y desolada el blanco lirio de la paz!"

"¡Que la unión de tu gracia—bálsamo escondido, fármaco suavísimo—sane en las almas las desgarraduras producidas por el odio, para que todos se sientan hermanos, hijos de un mismo Padre, que se nutren en una misma mesa con manjar celestial!"

"¡Que tus palabras de paz, que el amor que siempre rebosa de tu corazón, inspire a los regidores de las naciones, a fin de que sepan conducir a los pueblos que Tú les has confiado por los caminos de la auténtica fraternidad, base indispensable de toda felicidad y todo progreso!" (148).

CONCLUSIONES

Ahora bien: en torno a esta renovación por la fraternidad cristiana se ha hecho mucha literatura; probablemente en demasía. Se ha escrito ya tanto y tanto, que para algunos no pasa de ser una simple frase bonita y atrayente, con un contenido profundo, sí, y hasta con una tradición espléndida, portentosa, pero que, hoy por hoy, ante la gravedad de la coyuntura y la urgencia de soluciones positivas que la

revaloricen, son necesarios más hechos tangibles y más efectivos resultados.

A tal fin se encaminan las siguientes conclusiones, no conclusiones de carácter general, sino conclusiones para nosotros, los encuadrados en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y según nuestro modo de ver actual de la Asociación, de sus medios y circunstancias:

1.^a Urge la creación de células católicas activistas en todos los estratos y agrupaciones sociales, conforme señaló el Papa en el último Congreso Mundial del Apostolado Seglar, que, con una vida individual ejemplar en todos los órdenes, sepan conquistar la estima y la consideración de los demás, imprimiendo un sentido proselitista a todos sus actos.

2.^a La mística del católico ha de ser a base de una vida interior intensa, porque sin oración no habría fortaleza. Pero con una proyección externa valiente y decidida, sin transigir con la doblez o la mentira, buscando al amigo, pero también al indiferente y al enemigo, para quien toda solicitud clara e inequívoca será poca.

3.^a Fomentar todo cuanto se relacione con los cursillos de cristiandad y prestar calor a sus organizaciones, sin pretender absorberlas ni desdibujarlas. Han de conservar su fisonomía, sus métodos, sus estructuras y no se debe forzar ni violentar en sus miembros su proceso normal formativo.

4.^a Las ejercitaciones por un Mundo Mejor se deben llevar a las diócesis, al igual que se hizo con los ejercicios espirituales. Cada uno de los que las practican deberían rendir un estado mensual de sus éxitos y de sus fracasos en los ambientes de su convivencia.

5.^a La doctrina social de la Iglesia ha de ser divulgada urgentemente entre los empresarios, los técnicos y los obreros. Se la conoce muy poco; hay necesidad apremiante de expandirla entre los ambientes afectados. Se ha de saber que, además del sometimiento obligado al derecho positivo, sus relaciones han de estar informadas por el amor-caridad, generador de derechos y obligaciones recíprocos, de cuya observancia se habrán de derivar grandes bienes morales y materiales, individuales y colectivos. El sindicato podría ser el medio propicio para propagar, difundir e inculcar la doctrina de ese amor, fuente de toda justicia, garantía de colaboración entusiasta en el trabajo, y es el seguro más eficaz contra las funestas doctrinas y formas marxistas. Valdría la pena, quizá, esquematizar en un prontuario los deberes generales inexcusables del empresario y la gravedad de su incumplimiento.

6.^a En orden a la ética profesional, de tanta trascendencia hoy, se han elaborado principios muy depurados, cuya aplicación práctica está exigiendo las estructuras adecuadas que permitan inyectarlos en la vida social y lograr fecundas realizaciones.

7.^a La juventud universitaria ha de ser atraída y encauzada convenientemente. De ella ha de depender el éxito o el fracaso del empeño. A este propósito, en el Colegio Mayor de San Pablo tiene la Asociación un campo maravilloso de trabajo. Que ese Colegio sea como lo concibieron quienes lo crearon.

8.^a Difundir ampliamente, mediante selectos trabajos de estudio, la doctrina social de la Iglesia, la necesidad y obligatoriedad de la fraternidad cristiana. A este propósito, Euramérica, S. A., podría ampliar la labor que ya está desarrollando con sus distintas colecciones.

9.^a Fijar con discreción, como dijo el Papa el 10 de marzo de 1955, las

metas que conquistar. Que antes de emprender una tarea en común se analice su alcance, sus dimensiones, su trascendencia y las posibilidades de realización. Una vez puesta en marcha, no distraer ni disgregar esfuerzos con nuevos proyectos; "renunciarse a la prisa", según frase de Su Santidad, en aras de la eficacia y de la seguridad.

10. Todas las organizaciones de apostolado seglar deberían tener en sí una relación más intensa y afectiva, evitando interferencias que les restan prestigio y les merman eficacia. "Unidad en la variedad", que fué la consigna de Pío XII en el último Congreso del Apostolado Seglar.

11. En el plano internacional se impone un intercambio frecuente de puntos de vista en orden a conseguir informaciones fidedignas sobre el nivel religioso de los pueblos, conducta de los católicos en materia de caridad, grado de solidaridad fraterna y manifestaciones que la patentizan, y métodos que se siguen para inculcar esa doctrina del amor.

12. Hay una gran ignorancia religiosa, y muchos males provienen de ella; el aspecto positivo de la religión, sobre todo, se tiene bastante descuidado, incluso en los ambientes de católicos practicantes. No digamos en los colegios, donde generalmente sólo se habla de prohibiciones y pecados, como si la religión fuese eso únicamente. Esto supuesto, y considerando fundamental la doctrina del amor para una formación completa, interesa sugerir a las autoridades competentes una revisión de cuestionarios y de métodos de enseñanza religiosa, a fin de que esa parte hermosísima y edificante del amor, en todo su alcance y significación, sea bien desarrollada y difundida.

BIBLIOGRAFIA

A) DOCUMENTOS DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO XII (CARTAS, ENCICLICAS, CONSTITUCIONES APOSTOLICAS, DISCURSOS, MENSAJES, RADIOMENSAJES)

- (1) 9-4-39. Homilía de Pascua.
- (2) 19-6-39. A las religiosas del Sagrado Corazón.
- (3) 24-8-39. Radiomensaje a los gobernantes y a los pueblos ante el inminente peligro de guerra.
- (4) 20-10-39. Encíclica "Summi Pontificatus".
- (5) 29-10-39. En la consagración de doce Obispos misioneros.
- (6) 24-12-39. En la víspera de Navidad.
- (7) 5-2-40. A una misión militar argentina.
- (8) 3-3-40. En el primer aniversario de su elevación al pontificado.
- (9) 9-6-40. Al nuevo embajador de Francia.
- (10) 26-6-40. A los niños y niñas de la parroquia de San Miguel Arcángel de Pietralata, en Roma.
- (11) 4-9-40. A los directivos de la Acción Católica Italiana.
- (12) 6-10-40. A la juventud femenina de Acción Católica Italiana.
- (13) 10-11-40. Premiando a los vencedores del concurso de Cultura Religiosa.
- (14) 25-2-41. A los párrocos y predicadores cuaresmales de Roma.
- (15) Diciembre 41. Radiomensaje de Navidad.
- (16) Diciembre 42. Radiomensaje de Navidad.
- (17) 14-1-45. Discurso a la nobleza romana.
- (18) 11-3-45. A los trabajadores italianos.
- (19) 18-9-45. En la clausura de las santas misiones de Roma.
- (20) 14-4-45. Declaración colectiva de la jerarquía norteamericana.
- (21) 21-4-45. Las bases de la verdadera paz, por el padre Felipe Aguirre, de la Universidad Pontificia.
- (22) 2-5-45. En la clausura del Congreso Italiano de Acción Católica.
- (23) 9-5-45. A la terminación de la guerra.
- (24) 2-6-45. Con motivo de la felicitación del Sacro Colegio.
- (25) 17-6-45. A los católicos franceses.
- (26) 14-7-45. A las Semanas Sociales de Francia.
- (27) 21-7-45. A los miembros de la Comisión Naval Americana.
- (28) 15-8-45. A 6.000 obreros italianos.
- (29) 26-8-45. A los autores y artistas.
- (30) 1-9-45. A una comisión de representantes del Senado norteamericano.
- (31) 20-9-45. A 4.000 terciarios franciscanos.
- (32) 30-9-45. Al Congreso colombiano de Cristo Rey.
- (33) 23-10-45. A la República Argentina.
- (34) 18-11-45. A los españoles.
- (35) 6-1-46. A los universitarios católicos.
- (36) 24-1-46. Ante un grupo de patronos y obreros del ramo de electricidad.
- (37) 20-2-46. A los nuevos Cardenales.
- (38) 2-3-46. Al Cuerpo diplomático.
- (39) 20-4-46. A los Jóvenes de Acción Católica Italiana.
- (40) 22-6-46. A los publicistas negros de Estados Unidos.
- (41) 13-7-46. Exaltación de las virtudes de la Beata Francisca Javiera Cabrini.
- (42) 3-8-46. A los católicos franceses reunidos en Estrasburgo.
- (43) 31-8-46. Con motivo del acto inaugural de la Gran Cruz del Monte Amiata, en Toscana.
- (44) 8-10-46. A la inauguración del año jurídico del Tribunal de la Sagrada Rota.
- (45) 24-12-46. Víspera de Navidad.
- (46) 22-1-47. Normas a los grupos italianos del renacimiento cristiano.
- (47) 16-3-47. Sobre la vida y virtudes domésticas, civiles y sociales de San Nicolás de Flue.
- (48) 2-6-47. Al Sacro Colegio con motivo de la fiesta onomástica del Papa.
- (49) 19-6-47. Al Congreso Nacional Mariano de Ottawa.
- (50) 4-7-47. Al Congreso Nacional francés de Nantes.
- (51) 18-7-47. Al presidente de las Semanas Sociales de Francia.
- (52) 5-9-47. Al Congreso Mariano Nacional de Maestrich.
- (53) 7-9-47. A los Hombres de Acción Católica.
- (54) 12-10-47. Al Congreso de la National Conference of Catholic Charities, en Nueva Orleans.
- (55) 12-10-47. Al I Congreso Mariano Nacional de la República Argentina.
- (56) 12-11-47. Al nuevo ministro de la República del Panamá.
- (57) 15-11-47. Al ministro plenipotenciario de Haití.
- (58) 29-11-47. Al Congreso italiano de Apicultura.
- (59) 5-12-47. A los generales de las Ordenes Franciscanas en el quinto centenario de Santa Coletta de Corbia.
- (60) 24-12-47. Víspera de Navidad.
- (61) 28-3-48. Mensaje pascual.
- (62) 1-5-48. Pidiendo oraciones para la paz del mundo y especialmente de Palestina.
- (63) 3-5-48. Al nuevo embajador del Brasil ante Su Santidad.
- (64) 12-5-48. A los empleados y obreros de la Fábrica de la Moneda de Roma.
- (65) 20-5-48. Al Instituto Internacional para la unificación del Derecho Privado.
- (66) 2-6-48. Al Sacro Colegio.
- (67) 29-6-48. A las Asociaciones Católicas de trabajadores italianos.
- (68) 5-7-48. Al presidente de las Semanas Sociales de Francia.
- (69) 11-7-48. A los niños mutilados de guerra.
- (70) 13-7-48. Al nuevo embajador del Ecuador.
- (71) 12-9-48. A los Jóvenes de Acción Católica de Italia.
- (72) 26-9-48. A la XXII Semana Social Italiana.
- (73) 7-10-48. Al Congreso Interamericano de Educación Católica.
- (74) 31-10-48. A los empleados de las fábricas Fiat.
- (75) 11-11-48. Al II Congreso Internacional de la Unión Europea de Federalistas.
- (76) 20-12-48. Al Episcopado alemán.
- (77) 24-12-48. A su excelencia reverendísima monseñor Juan T. Mc. Nicholas, Arzobispo de Cincinnati.
- (78) 24-12-48. En la víspera de Navidad.
- (79) 30-1-49. Al Congreso Eucarístico de Cali (Colombia).
- (80) 11-2-49. Exhortación apostólica.
- (81) 11-2-49. Exhortación apostólica.
- (82) 14-2-49. Con ocasión de la condena del Cardenal Mindszenty.
- (83) 7-5-49. A los congresistas de la Unión Internacional de Asociaciones Patronales Católicas.
- (84) 15-5-49. Al IV Congreso Eucarístico del Perú.
- (85) 26-5-49. Bula de indicción del Año Santo.
- (86) 14-7-49. Ante más de 40.000 mujeres de Acción Católica Italiana.
- (87) 17-7-49. A los fieles de la diócesis de Berlín.
- (88) 4-9-49. A la Alemania católica.
- (89) 4-9-49. Al Congreso de Lucerna de la Unión Popular Católica.
- (90) 6-9-49. Al II Congreso Nacional de la Unión Italiana de Profesores de Enseñanza Media.
- (91) 20-9-49. A la Unión Internacional de Organismos Familiares.
- (92) 2-10-49. A una comisión de parlamentarios norteamericanos.
- (93) 17-11-49. A una comisión senatorial de Estados Unidos.
- (94) 12-12-49. Al Consistorio del 12 de diciembre.
- (95) 20-12-49. Al Presidente de los Estados Unidos.
- (96) 22-12-49. En la víspera de Navidad.
- (97) 1949. Oración del Año Santo.
- (98) 23-1-50. A un grupo de periodistas norteamericanos.
- (99) 18-2-50. Al Congreso Internacional de Periodistas Católicos.
- (100) 24-2-50. Al IX centenario de San Alfonso.
- (101) 2-3-50. A los párrocos y predicadores de la Cuaresma de Roma.
- (102) 12-3-50. En el centenario de la revista «Civiltà Catholica».
- (103) 12-3-50. Encíclica «Anni Sacri».
- (104) 26-3-50. A los fieles de Roma y del mundo.
- (105) 9-4-50. Homilía en el domingo de Pascua.
- (106) 10-4-50. A un grupo de profesores y estudiantes universitarios franceses.
- (107) 28-5-50. En la canonización de Santa Juana de Francia.
- (108) 29-5-50. A los peregrinos franceses sobre las virtudes heroicas de Santa Juana de Francia.
- (109) 3-6-50. Al Congreso de Estudios Sociales.
- (110) 7-6-50. Al Cardenal Tedeschini sobre la Sociedad de San Jerónimo y su nueva edición del Evangelio.
- (111) 19-7-50. Encíclica «Summi moeroris».
- (112) 6-9-50. Felicitación y normas a los maestros y enfermeros católicos.
- (113) 23-9-50. Exhortación apostólica «Menti Nostrae».
- (114) 14-10-50. Al Congreso Catequístico Internacional.
- (115) 2-11-50. A los Cardenales, Arzobispos y Obispos en la proclamación del dogma de la Asunción.
- (116) 6-12-50. Exhortación para una cruzada de oraciones por la paz.
- (117) 8-12-50. Al Congreso de religiosas.
- (118) 10-12-50. Al Congreso Nacional de Hombres de Acción Católica Portugueses.
- (119) 13-12-50. A una peregrinación de parlamentarios italianos.
- (120) 23-12-50. En la víspera de Navidad.
- (121) 25-12-50. Constitución apostólica «Pre Annum Sacrum».
- (122) 1-3-51. A los trabajadores españoles.
- (123) 13-5-51. A la gran manifestación de trabajadores promovida por A. C. N. I.
- (124) 23-5-51. A los capitulares franciscanos.
- (125) 2-6-51. Encíclica «Evangelica Prae-cones».
- (126) 23-6-51. Al nuevo ministro de Inglaterra.
- (127) 28-6-51. Al Congreso del Frente de la Familia y de la Federación de las Familias Numerosas.
- (128) 29-6-51. Por la inauguración de la «Domus Pacis».
- (129) 1-7-51. A las jóvenes obreras de la Acción Católica.
- (130) 5-8-51. Al IV Congreso Internacional de la Educación Católica.
- (131) 15-8-51. Al pueblo de Catania en el XVII centenario de Santa Agueda.
- (132) 15-9-51. Encíclica «Incruentum Malorum».
- (133) 18-9-51. Normas sobre la santidad, los derechos y los deberes de la familia.
- (134) 30-9-51. Al Congreso Eucarístico Nacional de Francia.
- (135) 14-10-51. Al I Congreso Mundial del Apostolado de los Seglares.
- (136) 13-11-51. Al nuevo embajador de España.
- (137) 4-11-51. Al Comité Internacional en favor de la unidad y universalidad de la cultura.
- (138) 16-11-51. Al ministro de Finlandia ante Su Santidad.
- (139) 24-11-51. A los Institutos E. Q. Visconti M. Máximo en el IV centenario del Colegio Romano.
- (132B) 28-11-51. Al Congreso del Frente de la Familia Católica.
- (133B) 20-12-51. Al Cardenal Rufini nombrándole Legado Pontificio para el Concilio Plenario de Sicilia.

(134B) 24-12-51. En la víspera de Navidad.
 (135B) 29-12-51. Al nuevo embajador de Chile.
 (136B) 1952. A la Semana Social de Dijon.
 (137B) 18-1-52. Al episcopado, clero y fieles de China.
 (138B) 31-1-52. Al Consejo Nacional de la U. C. I. D. Italiana.
 (140) 8-3-52. A los párrocos y cuaremeros de Roma.
 (141) 23-3-52. Sobre la conciencia cristiana como objeto de la educación.
 (142) 18-4-52. Al Congreso Internacional de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas.
 (143) 27-4-52. Al Congreso Nacional de la Asociación de las Conferencias de San Vicente de Paúl.
 (144) 10-5-52. Al Cardenal Tedeschini nombrándole Legado en el Congreso Internacional de Barcelona.
 (145) 19-5-52. A un nutrido grupo de empleados.
 (146) 23-5-52. A la Juventud Católica de Alemania en la Jornada de la Fe.
 (147) 25-5-52. A los enfermeros y enfermeras de Roma.
 (148) 1-6-52. Al XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.
 (149) 4-6-52. Al pueblo brasileño.
 (150) 5-6-52. Al VI Congreso Internacional de Asociaciones Turísticas de Ferrovianos.
 (151) 6-6-52. Al I Congreso Internacional de Dirigentes del Scoutismo Católico.
 (152) 7-6-52. A unos peregrinos americanos del Congreso Eucarístico de Barcelona.
 (153) 15-6-52. A los profesores de la Universidad de Roma.
 (154) 23-6-52. A la Obra de los Retiros de Pervivencia de Roma y del Lacio.
 (155) 7-7-52. Al presidente de las Semanas Sociales de Francia.
 (156) 7-7-52. Al pueblo ruso.
 (157) 14-7-52. Al Cardenal Arzobispo de Westminster.
 (158) 17-7-52. A la presidenta de la Federación de Mujeres Católicas Alemanas.
 (159) 23-7-52. A unos cursillistas de A. L. Italiana.
 (160) 8-8-52. A los compañeros de San Francisco.
 (161) 10-8-52. Al LXXV Congreso Anual de los Católicos Alemanes.
 (162) 12-9-52. Al pueblo de Venezuela.
 (163) 14-9-52. A los católicos austriacos.
 (164) 12-10-52. En el XXX aniversario de la Unión de Hombres de Acción Católica.
 (165) 10-12-52. Exhortación pontificia a los fieles de Roma.
 (166) 24-12-52. En la víspera de Navidad.
 (167) 11-1-53. A la parroquia de San Sabas.
 (168) 10-2-53. A los niños de las escuelas norteamericanas.
 (169) 4-6-53. A un grupo de fieles de la parroquia de Marsciano.
 (170) 29-7-53. A la XL Semana Social de Francia.
 (171) 7-9-53. A los consiliarios de las A. C. L. I.
 (172) 8-9-53. A los participantes de la I Reunión Internacional de Genética Médica.
 (173) 28-9-53. A la XXVI Semana Social de Francia.
 (174) 24-12-53. En la víspera de Navidad.
 (175) 18-1-54. Al nuevo ministro de la Gran Bretaña.
 (176) 28-2-54. A los párrocos y predicadores cuaremales de Roma.
 (177) Abril 54. A monseñor Luis Civiardi, consiliario de las A. C. L. I.
 (178) 16-5-54. En el Día de los Católicos Suizos de Friburgo.
 (179) 6-6-54. Con motivo de la inauguración de la red europea de televisión.
 (180) Junio 54. Con ocasión de las bodas de oro de los Sindicatos Cristianos de Bélgica.
 (181) 17-7-54. Al Congreso y peregrinación internacional de Hijas de María Inmaculada.
 (182) 11-9-54. Al Congreso Internacional de Sastres.
 (183) Septiembre 54. Al Cardenal Siri, con motivo de la XXVII Semana Social Italiana.
 (184) 4-10-54. Al Congreso Internacional del Lino y del Cañamo.
 (185) 2-11-54. A los Cardenales y Obispos reunidos para la proclamación de la Realeza de María.
 (186) 20-11-54. Al Consejo de Administración de las Organizaciones Internacionales del Trabajo.
 (187) 24-12-54. En la víspera de Navidad.
 (188) 26-1-55. A la Sección Femenina del Comité para la Unidad y Universalidad

de la Cultura.
 (189) 20-9-55. A 4.000 terciarios franciscanos.
 (190) 13-10-55. Al Centro Italiano de Estudios para la Reconciliación Internacional.
 (191) 14-2-56. A los párrocos y predicadores cuaremales de Roma.
 (192) 14-2-56. A los párrocos y predicadores cuaremales de Roma.
 (193) 22-2-56. A los neosacerdotes y alumnos del Colegio Español de Roma.
 (194) 1-4-56. En la Pascua de Resurrección.
 (195) 3-4-56. Al XIII Congreso Internacional de la Federación Mundial de las Juventudes Femeninas Católicas.
 (196) 1-5-56. A la concentración internacional de obreros católicos en Milán.
 (197) 6-5-56. Al XV Congreso Eucarístico Italiano de Lecce.
 (198) 9-9-56. Al I Congreso Internacional de Ciencias Económicas.
 (199) 8-10-56. Al Congreso Internacional de las Organizaciones Católicas de las Pequeñas y Medias Empresas.
 (200) 25-10-56. Al Instituto Internacional de las Clases Medias.
 (201) 28-10-56. Encíclica sobre los acontecimientos de Hungría.
 (202) 3-11-56. A la misión española presidida por Alberto Martín Artajo.
 (203) 10-11-56. Llamamiento en favor de la paz.
 (204) 29-11-56. A los fabricantes de papeles de madera.
 (205) 8-12-56. A la Federación Internacional de Hombres Católicos.
 (206) 16 a 26-12-56. Al II Congreso Eucarístico boliviano.
 (207) 21-3-57. A los neosacerdotes del Pontificio Colegio Español de Roma.
 (208) 21-4-57. A los fieles de todo el mundo.
 (209) 28-4-57. A la XI Asamblea Plenaria de Pax Romana.
 (210) 11-5-57. A una peregrinación de 209 familias barcelonesas.
 (211) 3-5-57. A un grupo de jóvenes de la Obra Stations a Plein Air.
 (212) 13-5-57. Al Congreso de Europa en Roma.

(213) 23-6-57. En el I Congreso Nacional de Delegados Diocesanos de Emigración.
 (214) 27-6-57. Al Comité para el Pacto del Atlántico.
 (215) 19-7-57. Al Capítulo General de la Sociedad de Misioneros de Africa.
 (216) 4-8-57. A las concentraciones de exploradores de Sutton Park.
 (217) 18-9-57. A la Congregación General de la Compañía de Jesús.
 (218) 17-9-57. A la Unión Católica de Funcionarios Franceses.
 (219) 29-9-57. Al XIV Congreso Internacional de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas.
 (220) 8-12-57. Al III Congreso Nacional de la Asociación Italiana para el Consejo de Municipios de Europa.
 (221) 22-12-57. En la Navidad.

B) OTROS DOCUMENTOS

(222) Encíclica "Rerum Novarum", de León XIII, 15-5-1891.
 (223) Encíclica "Divini Redemptoris", de Pío XI, 19-3-37.
 (224) Libro blanco de la Santa Sede sobre su obra de la paz, 1939-1949.
 (225) Carta de monseñor Montini al presidente de la Acción Católica Italiana, 6-5-45.
 (226) El doctor Griffin expone los puntos básicos de la paz, 25-8-45.
 (227) Carta de monseñor Montini al Congreso Nacional de la F. U. C. I. Septiembre 47.
 (228) Carta de monseñor Montini, sustituto de la Secretaría de Estado, al presidente de la Acción Católica Italiana, 15-9-47.
 (229) Carta de la Secretaría de Estado de Su Santidad al reverendísimo padre Archambault, presidente de las Semanas Sociales del Canadá, 10-8-51.
 (230) Carta de la Secretaría de Estado al presidente de la XXIV Semana Social Italiana, Septiembre 1951.
 (231) Carta de la Secretaría de Estado al presidente de la Oficina Internacional de Cine, 16-5-52.
 (232) Carta de la Secretaría de Estado a monseñor Siri, presidente de la XXV Semana Social Italiana, Noviembre 1952.
 (233) Carta de monseñor Dell'Acqua a la XV Semana Social en Salamanca, 1955.
 (234) Discurso de monseñor Antoniutti a los Caballeros de la Orden de Malta, 24-6-55.
 (235) Pastoral del Obispo de Córdoba sobre el amor al prójimo, 1955.
 (236) Carta pastoral del Cardenal Siri, 6-1-56.
 (237) Carta de monseñor Dell'Acqua, en nombre del Papa, a la Conferencia de Organizaciones Internacionales Católicas, Abril 1956.
 (238) Allocución del Primado con motivo de la festividad de San José Artesano, 1-5-56.
 (239) Carta de monseñor Dell'Acqua a la XVI Semana Social de España, 8-5-56.
 (240) Carta de monseñor Dell'Acqua al IV Congreso Rural Católico Internacional en Chile, Abril 1957.
 (241) Carta de la Secretaría de Estado a la XVII Semana Social Española, 5-6-57.
 (242) Carta de monseñor Dell'Acqua al Cardenal Piazza con motivo del III Congreso Católico Internacional de Migración, 25-9-57.
 (243) Conclusiones del II Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares, 5-10-57.
 (244) Normas de Su Santidad para la Asamblea General de las Organizaciones Internacionales Católicas (O. I. C.).
 (245) M. Richel, S. J. "El cristianismo frente a las ruinas", 1941.
 (246) Henni Dumery: "Las tres tentaciones del apostolado moderno", Ediciones Fax, Madrid, 1951.
 (247) F. A. C.: "La familia de Dios", Euramérica, S. A., Madrid, 1955.
 (248) Caritas Española: "La comunicación cristiana de bienes", Euramérica, S. A., Madrid, 1957.
 (249) "Perfil social de Pío XII", "Ecclesia", núm. 764, pág. 15.
 (250) "La caridad y los bienes superfluos", A. Bonet, "Ecclesia", núm. 801.
 (251) "Navidad y caridad", A. Bonet, "Ecclesia", núm. 805.
 (252) "La caridad en la época apostólica", A. Bonet, "Ecclesia", núms. 812-813.
 (253) "Obligatoriedad y primacía de la caridad", A. Bonet, "Ecclesia", núm. 817.
 (254) Plauto: "Asinaria", II, 4, 48.
 (255) Tertuliano: "Apocleticum", Migne, c. 29, 1213, col. 508.
 (256) "San Pedro Damiano", Opúsculo IX, Migne, PL, v. 145, c. 207.
 (257) Miguel R. Ayúcar, S. J.: "Apuntes de unos ejercicios espirituales", Loyola, Septiembre 1957.

NOTICIAS

Homenaje a Alfonso Iniesta

Nuestro compañero del Centro de Madrid Alfonso Iniesta Corredor ha sido galardonado con el premio Lazariello, de literatura infantil, por su obra "Y dicen las florecillas", del que hicimos la recensión en su momento oportuno.

Con este motivo se ha celebrado, el 24 de enero, un homenaje en honor de nuestro compañero, al que de todo corazón felicitamos.

Fallecimientos

— En Jerez ha fallecido, el 23 de enero, don Bartolomé Lora Nieto, padre del propagandista de aquel Centro Bartolomé Lora Lara.

— El propagandista del Centro de Madrid José Manuel Rodríguez del Busto pasa por el dolor de la muerte de su esposa.

Pedimos a los propagandistas que eleven sus oraciones por el eterno descanso de los familiares fallecidos de nuestros compañeros.

Nacimiento

Miguel Cruz Hernández, catedrático de la Universidad de Salamanca y miembro de aquel Centro de la A. C. N. de P., ha visto alegrado su hogar con el nacimiento de su quinto hijo, bautizado con el nombre de Rafael.

Nombramiento

Nuestro compañero de Tortosa Cándido Jornet Batalla ha sido designado presidente del Consejo diocesano de los Hombres de Acción Católica.

Amor a la verdad, sentido de la justicia y fuerza de la caridad, características espirituales de Pío XII, a juicio del ex embajador en el Vaticano Ruiz-Giménez

En el círculo de estudios celebrado el 8 de enero en la Casa de San Pablo, de Madrid, nuestro compañero Joaquín Ruiz-Giménez, ex embajador de España ante la Santa Sede, hizo una semblanza espiritual de Su Santidad Pío XII concretada en los rasgos que más le impresionaron durante su actuación como embajador. He aquí un resumen de dicha exposición.

Los rasgos espirituales más característicos de Su Santidad Pío XII podemos decir que son su amor a la verdad, su espíritu de justicia y la fuerza de su caridad.

Amor a la verdad

En primer término, su amor a la verdad y su sencillez, o, en otros términos, radical autenticidad. ("Maestro di verità" es para el padre Gemelli la característica del Papa Pío XII.)

No temió nunca a la verdad; la buscó siempre en lo pequeño y en lo grande. Dijo una palabra de verdad a los poderosos siempre que lo estimó necesario y se ocupó también de las pequeñas y humildes verdades. Quería saber con precisión las cosas. Y habló en alto siempre que fué necesario proclamar y defender la verdad. Ahí está su alocución en las horas sangrantes de Hungría.

¶ Pero ese culto suyo a la verdad lo hizo siempre con sencillez, con llaneza, con una majestuosa humildad.

Y esa misma sencillez, ese andar vitalmente en la verdad, hacía que el gran fausto de las ceremonias vaticanas adquiriera con su presencia un sentido de naturalidad.

¶ Puso alma en las formas... y, cuando convino, se saltó las formas. Así en las audiencias multitudinarias en que—sea verdad o sea leyenda, más verdadera incluso que la historia—algún soldado americano le pidió a gritos: "Halo, Pope!", que se estuviera un instante quieto para poderle retratar...

Sentido de justicia

En segundo lugar, su sentido de la justicia. No entraremos, porque es más conocida, en su preocupación por la justicia social, por el cuidado a los humildes, a los dolientes de la tierra. Nos atendremos a otros aspectos: por ejemplo, a su sentido de defensa de los derechos de la Iglesia; pero también a su respeto a los derechos del Estado. El lema "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" lo encarnó soberanamente. Pude comprobarlo durante las horas de la gestión del Concordato. Y también en las cosas menores.

Fuerza de su caridad

Mas lo que sobrecogía y conmovía hondamente a quienes hablaban con él era la fuerza de su caridad. Una caridad fraguada en la oración y en la pe-

nitencia. Aquellos ojos de Pío XII, que reflejaban el cielo de las tardes tranquilas de Castelgandolfo; aquellas manos que la penitencia hizo transparentes...

Amor en sus palabras

¶ Si hay algún sentimiento que llena sus alocuciones y sus mensajes desde el umbral de su pontificado, en 1939, hasta casi después de su muerte, en el discurso "non nato" a los seminaristas de Roma, es el amor.

Amó a los pequeños y a los grandes, amó a los fieles y a los pecadores. Amó a los súbditos y a los gobernantes, amó a los vencedores y a los vencidos.

Y amor también y sobre todo en sus actos. En las horas del bombardeo de Roma sale del palacio vaticano, rompiendo todos los protocolos, y se mezcla con la multitud ensangrentada. ¡Manchas de sangre humilde en el hábito blanco del Vicario de Cristo!

Y con amor organiza una burocracia a lo divino para repartir consuelo entre las víctimas de la guerra, y por amor se agosta hasta el último latido de su espíritu.

El mundo en que hubo de actuar Pío XII

Ese perfil espiritual de Su Santidad Pío XII era el necesario para enfrentarse al mundo que comenzaba en el año 1939.

¶ Si de alguna manera, por artificial que sea, quisiéramos caracterizar ese mundo que es la "otra dimensión", el reverso en la personalidad de Pío XII, destacaríamos tres rasgos:

Un mundo en guerra

¶ Era un mundo en guerra, una guerra casi total, con armas nuevas y con crueldades, si no inéditas en la historia del mundo, sí dignas de las de mayor monstruosidad. Y a ese mundo Pío XII le gritó, una y otra vez, incansablemente, su consigna de paz: antes que estallara el conflicto, durante él y en las proximidades de su terminación, cuando había que asegurar la paz para el futuro.

Un mundo en transformación social y política

Su Santidad Pío XII proclamó en 1944 el hecho de la tendencia en casi todos los pueblos hacia "estructuras democráticas". Y, lejos de escandalizarse por ello, el Papa quiso recordar las condiciones de su licitud, que eran también las condiciones mismas de su posibilidad, como la historia de estos dos últimos decenios ha demostrado con creces. Clamó por el respeto al hombre como hijo de Dios.

La "socialización" creciente de la vida en forma autoritaria y exclusivista bajo el totalitarismo soviético, con su avance por la vieja Europa, e incluso

sus reflejos en determinados aspectos de la política, de los países occidentales arrancó de Pío XII encendidas defensas de la libertad humana: de la libertad de la persona, de la familia, de las corporaciones profesionales.

El afán creciente de transformación de las viejas estructuras—fueran las estructuras coloniales de los "imperios" europeos, fueran las propias estructuras nacionales de la quebrantada Europa—lo acogió el espíritu del Pontífice con su inmenso anhelo de universalidad, de creación de una auténtica y sólida comunidad internacional, salvando todo lo legítimo del viejo sentido nacional del permanente amor a las patrias.

Un mundo en revolución cultural

Por último, un mundo en revolución cultural (científica, técnica, artística y filosófica).

El avance de las ciencias naturales y su aplicación al descubrimiento de dimensiones esenciales del vivir humano—el origen, el enigma de la vida, el sentido de la transformación orgánica—encontró en Pío XII un atento maestro.

La lucha de los hombres contra la enfermedad y el dolor arrancó similarmente, una y otra vez, enseñanzas renovadoras de Pío XII. Así respecto al empleo de los analgésicos, al parto sin dolor, etc.

La "automatización o automación", con sus repercusiones de carácter económico, social, humano, fué objeto de su mirada penetrante. Pío XII subrayó que se debía asumir todo ese progreso mecánico importante y beneficioso, pensándolo al servicio del hombre bajo la primacía de los valores espirituales; pero también señaló el grave riesgo de un "espíritu técnico" que secara las fuentes más hondas de la vida moral.

La revolución artística. Pío XII tuvo una gran sensibilidad por lo legítimo del arte moderno.

Por último, como englobándolo todo, la desgarrada reflexión filosófica del existencialismo, su desnuda hermenéutica del cuidado, de la angustia y hasta de la desesperación humana. Apoyándose en esta angustia, pero proyectándola hacia lo divino, Su Santidad Pío XII dejó una gran enseñanza de esperanza y de amor.

¶ Si los cristianos de hoy podemos hablar de un nuevo humanismo, se lo debemos, en gran medida, a Su Santidad Pío XII, que, fiel al legado tradicional de la Iglesia y al acervo milenario del pensamiento cristiano, vertió, como sólo él podía hacerlo, por la grandeza de su figura humana y por la asistencia del Espíritu de Dios, el viejo vino del espíritu en los odres nuevos de un mundo en colosal transformación de estructuras y de ilusiones.